

Una  
**INFLUENCER**  
y un giro inesperado

Parte 2



Hugo  
Sanz

*Una*  
**INFLUENCER**  
*y un giro inesperado*

Una influencer y un giro inesperado.

Hugo Sanz.

©Febrero, 2020.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

## Capítulo 20

## Capítulo 1

Un año después de esa idílica boda en las Maldivas...

No me podía creer que todos nuestros sueños e ilusiones se hubieran esfumado de esa manera y que Nelson me pidiera un tiempo.

¿Un tiempo? Eso suponía irme de su casa y volver a mi apartamento, en el que ahora lloraba a lágrima viva y sin entender nada.

A decir verdad, sí sabía qué pasaba, que era muy diferente a entender...

Nelson se hizo *influencer* y se dejó llevar por muchas babosas, que le regalaban los oídos y le inundaban los privados de provocaciones, hasta que cayó en las redes de una en concreto, Brenda.

Él no me lo quiso reconocer en ningún momento, pero yo hice mis propias indagaciones y sí, estaba con ella, se había encaprichado y yo sobraba en su vida, algo que me pillaba totalmente por sorpresa. No lo esperaba para nada, a pesar de ver que los que antes eran unos deseos muy intensos por mí, se iban marchitando por días. Sin embargo, yo prefería pensar que solo era cuestión del paso del tiempo y que era normal que nuestra inicial fogosidad fuera disminuyendo, como en todas las parejas ¡Ilusa de mí!

Estaba destrozada, aún no se lo había contado a nadie, no tenía ni fuerzas para hacerlo.

Comencé a colocar toda mi ropa en el vestidor. Tenía todo el dormitorio patas arriba, repleto de cajas, de recuerdos, de cosas que me pertenecían y que me había traído conmigo...

Tenía una llorera de esas que desgarran el alma, que encogen el corazón y que son imposibles de frenar.

En aquel punto de mi vida envidiaba a mis primas, que con tantísima ilusión estaban preparando

sus bodas. Sus chicos, Harry, el novio de Jenny, y Sacha, el de Patty, habían resultado dos auténticos amores y estaban de lo más entusiasmados con ellas.

Por su parte, mis primas estaban enamoradas hasta la médula y seguían cosechando éxitos con su negocio, mientras dedicaban muchos de sus ratos libres a hilvanar los detalles de un evento que sería el gran acontecimiento familiar del año.

En algunas ocasiones me unía a ellas y quedábamos para almorzar y hablar del tema, de modo que yo me sentía partícipe de su felicidad, algo que me alegraba muchísimo.

Para quienes también sonaban campanas de boda era para mi amigo Paul y su novio Hugo, un enlace que estaba llamado a ser el más divertido del mundo, pues el sentido del humor de ambos era único. Además, tenía visos de ser internacional porque se decía, se comentaba y se rumoreaba que era muy posible que se celebrara en La Habana, un escenario ideal donde los hubiera.

En Menorca, mi amigo Alex seguía sorteando las muchas indirectas muy directas de su novia Carolina. Ese decía que no pasaba por el altar ni hecho pedazos, aunque yo siempre le comentaba que torres más altas habían caído.

Su chica apoyaba la moción y decía que ese acababa casado y bien casado y, de ser así, yo haría encantada las maletas para ver cómo se daban el “sí, quiero”, pero sobre eso había todavía mucha tela que cortar.

Luego estaba el capítulo de los hombres maduros de mi vida, esos a los que adoraba y que tenían un puesto de honor en mi corazón. Pero vayamos por partes.

Mi padre y Amelie, que ya vivían juntos en Londres, acababan de estrenar paternidad y eran los flamantes progenitores de mi hermanito Alan, de cuatro meses de edad, un bellissimo y encantador bebé que me había robado el corazón desde el mismísimo momento de su llegada al mundo.

De hecho, era el “culpable” de que yo me dejara caer mucho más por su casa. Y es que, siempre que tenía un rato libre, me acercaba a estar con él y a llevarle alguna cucada que hiciera sus delicias.

Amelie decía que yo se lo iba a convertir en un consentido, pero es que, ¡caramba! No podía resistirme. El niño era un conquistador nato y yo caía rendida ante su preciosa mirada. No podía evitarlo, ni lo pretendía.

Mi padre siempre reía y afirmaba que por fin tenía la parejita y yo le contestaba que el hermanito se había hecho un poco de rogar, pero que nos había caído a todos como agua de mayo. Era el centro de atención de la familia.

En cuanto a mi tío, disfrutaba a tope de la vida con Celine, que también había logrado su traslado a Londres, como su amiga, para poder comenzar su vida en común. Ellos decían que no eran tan valientes como mi padre y Amelie y que se conformaban con su sobrino Alan.

Si la relación de mi padre y mi tío siempre había sido buena, el hecho de que sus mujeres, las parisinas de la familia, fueran tan buena amigas, no hizo sino redundar positivamente en ellos.

Pero no solo los que he mencionado hasta ahora eran inmensamente felices. Mis amigas, Andrea y Jakeline, vivían sus apasionantes historias de amor con sus adorados mexicanos, de quienes no se separaban ni a sol ni a sombra.

Ellos no descartaban boda, pero todavía no habían planteado nada en firme. Yo suponía que algún día llegaría e imaginaba alguna pedida impresionante y romántica, pues ambas parejas exhibían un lado salvaje, del que yo había participado en su día, pero también eran tremendamente apasionados entre ellos. A decir verdad, siempre parecían de lo más acaramelados.

Eso sí, que no tuvieran fecha de boda no quería decir que no hubieran dado el gran campanazo, porque hacía poco que Andrea nos anunció que la cigüeña venía en camino. Y desde entonces, todos estábamos pendientes de esa incipiente barriguita que nos iba a dar una compañerita de

juegos para Alan, pues ya sabíamos que sería una niña, ya que la feliz futura mamá estaba de unos cuantos meses.

Jakeline, por su parte, decía que ella no tenía prisa, que Andrea le fuera contado cómo era la aventura de ser madre y después ya se vería, pero que en principio le parecía que eso no estaba hecho para ella...Y Osvaldo le seguía el rollo, porque ese era un tranquilo total de la vida, de un infarto no se iba a morir, desde luego...

Ahora bien, tanto bebé y barriguita en nuestro entorno, hizo que mi amiga Megan sintiera de nuevo la llamada de la maternidad y, aunque todavía no tenían nada que anunciar, sí nos contaba, entre risas, que Peter y ella estaban haciendo todos los intentos habidos y por haber para darle un hermanito a Mariah.

¿Y Eric? No, a él no le había ido tan bien. Al contrario que a los demás, a los que la vida sentimental les sonreía, aquel que un día fue candidato a ocupar mi corazón junto con Nelson, estaba como yo, es decir, compuesto y sin novia.

Aunque lo cierto es que su romance con Brooke duró un tiempo, hacía meses que lo habían dejado. Y, a decir verdad, no lo vimos demasiado afectado en ningún momento. El caso es la chica era muy mona y tenía muchos valores, pero ninguno de nosotros terminaba de verlo con ella.

Ese día lo pasé sola, a la mañana siguiente me reuniría con mis abogados, a los que había rogado que me buscaran un hueco, ya que tenía que hablar urgentemente con ellos.

Le iba a plantar ya la demanda de divorcio a Nelson. Por supuesto lo suyo era de él y lo mío era para mí, así que solo había que disolver el vínculo matrimonial y a otra cosa, mariposa.

No, no me iba a esperar, había cosas que en la vida no se podían permitir, cada uno decidimos cuáles son y esta era una de ellas. A mí no me iba a decir que me fuera, que necesitaba tiempo para estar libremente perdiéndose en las sábanas de otra, ni en broma.

Con todo el dolor de mi corazón, tenía que comenzar una nueva vida, hacer borrón y cuenta nueva, resurgir de mis cenizas, esas que estaban ahora esparcidas por el suelo que pisaba. Me sentía una

perdedora, esa era la cruda realidad.

Me preparé un café y me encendí un cigarrillo. En ese momento no me duraba dos semanas un paquete, sino que me duraba dos días. Y así desde hacía varias semanas, que ya empezaba a tener claro que le pasaba algo a Nelson y a descubrir muchos de sus tejemanejes.

Miré mis redes y me di cuenta de que me había bloqueado. En cuanto vi que no salía ninguna publicación suya, descubrí que ya ni en las redes tenía cabida en su vida.

Solté el aire y me dije unas cuantas veces seguidas que eso no iba a poder conmigo, ni en broma, si tenía que levantarme lo haría, me sacudiría e iría hacia delante. Había perdido a mi madre y no me morí, no lo iba a hacer por un tío que conocía desde hacía tres años largos y que encima me había traicionado.

Tenía detrás de mí a una compañía aérea de prestigio internacional que me había ofrecido trayectos gratis en primera clase a cambio de publicidad, así que me iba a tomar en serio el viajar sola por una vez en mi vida y vivir una aventura.

A la mañana siguiente me reuní con mis abogados, dejé firmado el acuerdo por si él lo aceptaba así y no tener que llegar a pleito. Total, no había nada que repartir.

Por la tarde me llamaron del bufete diciendo que ya había pasado por allí a firmarlo ¡Había que joderse! Le había faltado tiempo.

Pues todo listo, a esperar que siguieran los trámites judiciales pertinentes que me permitieran tener la sentencia de divorcio en la mano.

Yo me quedé alucinando sin poderlo creer, pero me reí, por mis cojones que me reí, era lo más cínico que me había echado en la cara ¡Quién lo diría!

Menos mal que follaba bien, si no, vaya pérdida de tiempo a su lado...

Tenía pensamientos que me hacían llorar y otros que me hacía reír. Esa noche me costó la vida dormir. Me sentía bipolar, en ciertos momentos me venía arriba con mis proyectos y en otros estaba llorando a modo tendido, sintiendo la decepción en lo más hondo de mi corazón.

Llamé a mi padre y le comenté que al día siguiente iría a su casa a comer con ellos y a achuchar a mi hermano Alan.

Y, llegada la hora, me colé por sus puertas soltando el bombazo informativo del año...

— Nos estamos divorciando — las caras de mi padre y de Amelie fueron dignas de ser grabadas y puestas de Gif en el móvil.

Les expliqué todo, la verdad absoluta. Ya me importaba tres pitos lo que pensarán de él, realmente era la decepción en persona.

Pasé el día con ellos y con ese bebé que enamoraba mi alma, mi pequeño Alan, que se moría de la risa cuando yo le sacaba la lengua.

Tenía el corazón roto, pero algo me decía que me fuera sola, que disfrutara de una aventura y que volviera cuando mi corazón estuviera preparado para rehacer mi vida. Y por si eso fuera poco, esa decisión me permitiría la promoción de muchas marcas y me otorgaría más prestigio en las redes.

Se lo conté a mi padre y a su novia, que me marchaba inminentemente, que mi corazón me lo pedía, que necesitaba perderme unos días...

Me animaron a hacerlo, los dos, sonrientes y aprobando esa decisión valiente que había tomado.

Por la noche solicité los vuelos. Quería hacer un recorrido por tres países: Corea del Sur, Japón y Filipinas.

Contacté con una cadena que tenía hoteles en los tres sitios y que me había invitado a conocer los que quisiera. Recé para que me respondieran pronto, sobre todo, los de los vuelos.

Me dormí con esa ilusión, con esa emoción en el cuerpo...

Les había enviado un mensaje a mis primas para almorzar con ellas al día siguiente en un restaurante, les quería contar todo de primera mano. Antes aparecería por la peluquería de las niñas y se lo comunicaría también.



## Capítulo 2

Por la mañana ya tenía respuesta por parte de la compañía aérea y de los del hotel, de modo que confirmé, no lo dudé ni un segundo. En dos días comenzaría ese viaje, ¿de locos? Puede, pero lo cierto es que en cierto modo notaba que aliviaba mi pena.

De hecho, no era solo el viaje el que lo hacía, yo tenía la certeza de que la pena se diluiría pronto pues, había sido tanta la decepción que sufrí por la actitud de Nelson, que me serviría de gran ayuda. Al final, mi marido no era el hombre que yo creía.

Me puse mi cafelito. Era curioso, mucho, volver a estar en mi apartamento. Sin embargo, la sensación era en parte bonita. Se trataba de una vuelta a casa, y nunca mejor dicho.

Tenía que volver a poner mi vida en orden. Mi día a día en las últimas semanas había estado dominado por unas sospechas que no me permitían actuar con normalidad. Ahora volvería a ser yo misma.

Sabía que las chicas no tardarían en enterarse y me parecía que lo lógico era que lo supieran por mi propia boca. Seguíamos siendo uña y carne y yo me ponía en sus zapatos. Si les hubiera pasado a ellas, sin duda que lo habría querido saber cuanto antes.

Me vestí y salí camino de la pelu. Tomé aire al entrar, consciente de que no era plato de gusto lo que iba a decirles.

—¡Cariño, no te esperábamos! —Andrea salió a mi encuentro.

—¿Cómo está esa barriguita? ¿Qué dice hoy mi sobrinita? —le puse la mano en el vientre.

—Pues hoy un poco revolucionada, yo creo que va a salir como el padre—rio—No para de dar

patadas.

—Claro, claro, pues entonces tiene que ser como el padre, porque la madre es la mar de tranquilita—le di un beso.

—Muy graciosa, pero oye, ahora mismo salimos. Acabamos de enterarnos y estamos conmocionadas—Andrea disimulaba ante sus clientas.

—¡Gracias al cielo que has llegado Chloe! —Jakeline venía hacia mí. Pensábamos llamarte ahora mismo—Espera un momento. ¡Chicas, en un rato volvemos!

Salimos a tomar un café. Fue curioso, porque me había levantado con bastante mejor ánimo que el día anterior, pero encontrarme con las chicas, hizo que me diera el bajonazo.

—No me andaré con rodeos: se confirmaron mis sospechas.

—Sí, sí. El mal nacido de Nelson se lo ha dicho hace un rato a los chicos. ¡Así lo partiera un rayo! ¿En qué mierda está pensando? —Andrea estaba fuera de sí.

—Pues ni lo sé ni me importa...

—Pero nena, él no les ha dado detalles, ¿ha sido anoche?

—¿Anoche? No. Ya llevo unos días en casa.

—¿Unos días? ¿Y no nos has llamado?

—No, bastante tenéis vosotras con vuestras obligaciones y tal, yo podía valerme sola.

—¿Obligaciones? No te doy un chocado porque... Bueno no sé la razón. Sabes que tenemos personal en la pelu y hubiéramos podido estar contigo, tonta.

—Lo sé perfectamente, pero también necesitaba estar sola, recapacitar y aclarar mis ideas, ha sido todo muy *heavy*.

—Cuéntanos, lo vas a dejar sí o sí, ¿no?

—No, no es que lo vaya a dejar, es que ya lo ha dejado. Ayer mis abogados redactaron un convenio que dejó firmado en el mismo día. Y aquí paz y después gloria.

—¡Así se hacen las cosas! Con dos pares de cojones...

—Bueno, más bien de ovarios. Los hombres y todo lo relacionado con ellos me dan un poco de aversión en este momento—reí.

—No digas eso, tonta. No todos son iguales. Ha sido el desgraciado este, que se las daba de príncipe azul y te ha salido rana el muy hijo de la gran china—Andrea se salía del pellejo.

—¿Y era la Brenda esa de las narices? —preguntó Jakeline.

—Sí. Esa misma, pero vamos que ella no tiene la culpa, toda la culpa la tiene él, que es un gilipollas de padre y muy señor mío.

—Chloe no te preocupes. Sabes que no estás sola. Tienes mucha gente que te quiere y nosotras estamos como dos cabras, pero no te pensamos dejar. ¡Te va a caer una gorda! —soltó Andrea.

—¡Y tan gorda! —rio Jakeline, en referencia a su barriga.

—¡Ya te tocará a ti y me reiré yo, cabrona! —le contestó.

—¿A mí? No me hace un niño Osvaldo ni con un palo, vamos que no...

Yo las escuchaba y me encantaba. Eran los mismos trastos de siempre. Las quería con locura y sabía que harían lo posible porque yo estuviera mejor, aunque mis planes para los primeros días eran otros.

Les dije que les agradecía en el alma sus intenciones, pero que también había decidido viajar y les conté lo que acababa de cerrar. Pasaría esa primera fase del duelo lejos de los míos, pero con una tremenda ilusión por poner los pies en esos destinos.

Igual que hicieron mi padre y Amelie, las chicas me animaron muchísimo. Ellas sabían que en el fondo yo era muy independiente y que necesitaba algo así, algo que me alejara de aquel palo que la vida me acababa de dar.

Se empeñaron en que me tenía que quedar a comer con ellas, pero les conté mis planes de hacerlo con mis primas. Les pareció bien y nos despedimos, eso sí, me hicieron prometer que estaríamos en constante contacto durante mi viaje.

—¡Claro, me podéis seguir por las redes! —bromeé.

—Si tienes valor, no nos hables a diario para contarnos cómo estás verdaderamente, al margen de la cara que le muestres a tus seguidores. ¡Y eres mujer muerta!

—De sobra sabéis que sí, cabronas, no puedo vivir sin vosotras.

—Ni nosotras sin ti. Y ahora, que todavía queda tiempo para el almuerzo, te vienes con nosotras

a la peluquería, que te vamos a dejar perfectísima, para que partas de viaje divina de la muerte.

—¡Eso sí os lo acepto! Vamos que ya sabéis que antes muerta que sencilla.

—¡Esa es nuestra Chloe! —corearon.

Y ellas sí que eran mis chicas, mis niñas, mis mejores amigas y unos seres a los que adoraba...

Salí de allí divina, aunque era inevitable, mientras me alisaban el pelo notaba cómo las ojeras se habían instalado en mi rostro. ¡Demasiado bien lo llevaba! Estaba viviendo unos días convulsos, unos días que, un año antes, jamás hubiera imaginado...

Me dirigí a ver a mis primas y, antes de llegar, volví a tomar aire. Sonreía pensando que hubiera sido bastante más fácil dar una especie de rueda de prensa en la que hubiera dado la noticia a todos mis seres queridos, pero las cosas no funcionaban así.

—¡Prima, estamos aquí! —Jenny se levantaba y me hacía señas desde una de las mesas del fondo.

—¡Hola, guapas! —llegué a su altura y les di un beso.

—¿Vienes directa de la pelu? Estás radiante prima—cielos, sería de pelos y uñas, porque la cara la llevaba de velatorio. Claro está que llegué con las gafas de sol puestas.

Mientras me sentaba, ellas siguieron hablando por los codos. Estaban exultantes por lo de la boda y siempre les pasaba igual.

—Chloe, le estoy diciendo a mi hermana que el domingo nos tenemos que reunir los seis en mi casa—Patty parecía entusiasmada—Tenemos unos diseños de vestidos de una modista que está pegando fuerte que queremos que veas.

—Hombre claro, lo de tener una *influencer* en la familia nos tiene que servir para algo— afirmaba Jenny.

—Yo les echo un vistacito encantada, pero me da que va a tener que esperar un poco más la reunión. Y, además, puede que no sea tan concurrida—ellas la habían propuesto de las tres parejas.

—Chloe, ¿te pasa algo? —me estaba quitando las gafas de sol y, entre eso, y mis palabras, mis primas ya estaban entendiendo que las cosas iban mal.

—Sí, sí, Mucho me temo que hay novedades y no buenas. Aunque, en realidad, según como se mire, porque para estar engañada...

—¿Engañada, prima? —las caras de ambas era un poema. Por primera vez en mucho tiempo, las vi cabizbajas.

Las puse en antecedentes y se quedaron flipadas del todo. Al contrario que a Andrea y a Jakeline, a mis primas las había mantenido completamente ajenas a mis sospechas durante el tiempo que duraron.

Estuvieron escuchando y sus caras eran de no dar crédito. Los ojos es que se les salían de las órbitas a ambas.

—Prima, por Dios, pero no lo entiendo. ¿Por qué no nos lo has contado en todo este tiempo? Palabra que hubiéramos querido estar contigo y arroparte, lo tienes que haber pasado fatal—el gesto de Patty era de dolor.

—Gracias prima y lo sé, pero poneos en mi lugar, por favor. Yo no tenía claro hasta qué punto mis sospechas eran fundadas o no y lo último que quería era poner a mi familia en contra de mi

marido.

—Ya, prima, pero nosotras, además de tu familia, somos tus amigas. Te lo perdonamos, pero si no vuelve a ocurrir—me dijo Patty en broma, mientras ambas colocaban su mano sobre la mía.

—No puedo evitar sentirme súper culpable, prima. Si yo no hubiera empezado ese jueguito de mierda... Y encima luego, cuando tú dudabas entre Nelson y Eric, yo te animé al máximo a quedarte con Nelson, vaya que casi te tiré en sus brazos. ¡Maldita sea! —Jenny se sentía mal.

—Prima, prima, relax. Te prometo que no me arrepiento de nada de lo vivido. La vida son etapas. Es verdad que Nelson en realidad es un sinvergüenza, pero eso ninguna podíamos saberlo. Y por lo demás... ¿Te cuento una cosa?

—¿Qué?

—Que gracias a tu jueguito viví una serie de experiencias que en el cuerpo las llevo, vamos, ¡que me quiten lo bailado!

—Eso sí, prima, porque en ese tiempo viviste siete vidas en una...

Fue curioso. De aquel encuentro con mis primas saqué la conclusión de que yo era bastante más fuerte de lo que creía porque, pese a estar hecha polvo, era yo quien sacaba fuerzas de flaqueza para animar a Jenny y quitarle ese sentimiento de culpabilidad.

—Y ahora te puedes dedicar a viajar todo lo que te dé la gana, pero ya sabes que dentro de tres meses es la gran cita y a esa no puedes faltar por nada del mundo—me sonrieron.

—¿A la boda de mis primas preferidas? ¡No me la perdería ni harta de vino! Además, mi viaje es solo de unos días...

—Claro que somos tus primas preferidas, no tienes otras, ¡capulla!

—Pues por eso—también me sacaron la sonrisa.

Desde que mis primas y yo habíamos fumado la pipa de la paz, eran muchos los momentos buenos que habíamos compartido, tanto en reuniones de chicas, como en plan parejitas, aunque mucho me temía que esas últimas ya habían tocado a su fin.

El almuerzo nos dio mucho de sí. La verdad era que Jenny y Patty estaban indignadas, verdaderamente afectadas. La noticia les había dado de lleno.

No despedimos con un cariñoso abrazo y les agradecí muchísimo el estar ahí siempre.

—¡Pues como tú para nosotras, prima! —fueron sus últimas palabras antes de marcharse.

Rehusé su ofrecimiento de que pasáramos la tarde juntas porque, después de ponerlas al corriente de lo acontecido, algo que consideraba que era mi deber, necesitaba mi propio espacio.

Decían que una separación constituye un duelo con todas sus fases y, pese a mi fortaleza, yo era consciente de que aquello no iba a ser un camino de rosas.

La tarde invitaba a pasear y recorrí mis calles preferidas del centro de Londres. Miré algunos escaparates, pero curiosamente, lejos de fijarme ese día en mis predilectos, los de ropa, me quedé embobada con algunos de decoración.

Y es que, aunque mi apartamento estaba de lo más coqueto y yo lo había mantenido perfecto durante el tiempo que estuvo cerrado, era hora de innovar, dotándolo de algunos detalles

ornamentales que dieran un nuevo aire a algunas de mis fotos interiores.

Entré en una tienda en la que me llamó poderosamente la atención un gran espejo, muy moderno y original, alto, de suelo a techo, que quedaría genial en una de las columnas de mi salón. Además, me daría juego para esas imágenes.

Ni corta ni perezosa, lo dejé encargado sobre la marcha y concerté su entrega para la vuelta de mi viaje.

Un rato después me senté en una concurrida terraza a tomar algo. Notaba un nudo en mi estómago cuando veía a pasar a las parejas de la mano, incluso a las que llevaban niños pequeños. Ni siquiera eso me había dado tiempo a planear con Nelson.

Y es que, pensándolo bien, su traición había dado al traste con todo lo que yo pensaba que iba a ser mi vida, pero, en cualquier caso, mejor que hubiera ocurrido pronto que no tarde, ¡vaya padre que hubieran tenido mis hijos! Me había salvado por la campana...

Entre pitos y flautas, la tarde llegó a su fin. Había hecho por estar bastante tiempo fuera y llegar un tanto cansada a casa, pues tenía un cierto temor a la hora de dormir. Al fin y al cabo, decían que por la noche es cuando nos visitan todos los fantasmas y no me apetecía en absoluto que viniera a verme el de la traición de Nelson, evitando mi descanso.

Me metí en la cama y, afortunadamente, la paliza del día surtió efecto. Eso y la tila que me tomé antes de acostarme. Lo mejor era que, al dormir en mi cama, no notaba el olor a Nelson, pero inevitablemente, sí su ausencia. Rogué al universo que me permitiera descansar y me escuchó.

## Capítulo 3

Me desperté y miré a mi alrededor. Por unos momentos tuve que pensar dónde estaba. Había sido mucho tiempo durmiendo en el dormitorio de Nelson, que se convirtió en el nuestro. Y ahora estaba desubicada.

Eso sí, aunque la tristeza todavía hacía mucha mella en mí, me levanté con la emoción de la inminente partida hacia aquel viaje de ensueño al día siguiente.

Cafelito para mi cuerpo serrano y preparativos de maleta en marcha. Eso es lo que haría. Por muy hecho pedazos que estuviera mi corazón, si algo tenía claro era que mi imagen no podía resentirse. Yo era *influencer* y de altura, no una cualquiera. Me había costado mucho llegar a ocupar ese lugar en el mundillo y no estaba dispuesta a que aquello afectara a mi trabajo.

Obré en consecuencia y me puse manos a la obra. Abrí mi vestidor, donde todo volvía a estar colocado como antaño y empecé a descolgar las muchas prendas que deseaba llevarme. Eso sí, también tocaba estrenar y yo tenía un nombre en mente: Paul.

Mi visita no iba a cogerle por sorpresa pues la había concertado la noche anterior, ya que lo llamé al llegar a casa y lo puse al corriente. Se quedó de piedra y soltó tal clase de improperios con respecto al que había sido mi marido, que me tuve hasta que reír. Y es que Paul, era mucho Paul.

Tardé un rato en dejar las maletas organizadas. Yo, que siempre me lo quería llevar todo y lo que tenía por delante ¡tres países por recorrer! Luego hice que imperara la cordura, vale serían tres países, pero en cada uno de ellos estaría tres días, ¡que no cundiera el pánico! Aun así, llevaba bastantes cosas.

Terminé de organizar el equipaje y me reí, ¡siempre me pasaba lo mismo! Allí tenía una montaña para llevarme.

Me puse un atuendo de lo más deportivo y salí en busca de Paul. Llegué a su tienda, que estaba

en reformas y me lo encontré con Hugo.

—Mi niña, mi niña, nuestra vida se ha ido a pique—hizo un gesto como si fuera un mártir.

Cada vez tenía más pluma, era como si le creciera por la noche.

—La mía ya sé el motivo, pero ¿y la tuya?

—Por estas obras, con esos albañiles tan rudos por medio, que tienen unas manazas que lo parten todo. Me va a dar algo, cariño, necesito salir—se puso una mano en la frente y otra en la cintura, como si estuviera hecho polvo.

—Bueno, bueno, amigo, pero si te veo a ti peor que a mí...

—Puede ser, puede ser mi niña, no puedo con el caos y con el polvo...

—Bueno, bueno, eso de con el polvo, tendrías que especificar —reí.

—Pues hasta las ganas de eso se le han quitado estos días, Chloe, está inaguantable con lo de la obra—reía Hugo.

—¿A este? ¿Quitársele las ganas de follar? Eso lo tendría yo que ver por un agujerito...

—Hombre, niña, se me hace un poco extraño, pero si te a ti te va, te dejamos mirar—Hugo lanzó la propuesta. Es lo que tenían mis amigos, que el que no corría, volaba.

—No, no, gracias que era un decir—negué con la cabeza.

—Niño, no le des por saco a Chloe que la pobrecita tiene que estar fatal, ¿cómo has dormido?  
—me cogió las manos.

—Pues no te voy a engañar, he tendido noches mejores, pero he logrado conciliar el sueño...

—Así se hace, tú tienes ovarios para eso y para más, guapa. Que no me entere yo, y al desgraciado ese, ¡que le den morcillas!

—No sabes la noche que me ha dado con el tema, Chloe, fue enterarse y yo creo que maldijo hasta en arameo, a ese le tienen que haber pitado los oídos toda la noche...—me explicaba Hugo.

—Si es que no lo puedo entender, ¿qué mosca le ha picado al Nelson de las narices para ponerte los cuernos? ¡A ti, Chloe! ¡A ti! —no paraba de hacer aspavientos.

—Paul, pues sí que te lo has tomado a la tremenda, yo creo que estás hasta más afectado que yo...—Hugo afirmó con la cabeza, corroborando mis palabras.

—Si es que tú me dijiste que andabas con la mosca detrás de la oreja, pero yo pensaba que tenía que ser un error. No me lo explico, hay que ser gilipollas...

—Allá él, Paul—encendí un cigarrillo—Yo ahora, lo único que quiero, es hacer borrón y cuenta nueva. Hasta lo he dejado todo listo a nivel judicial.

—Ahí, muy bien Chloe, así le has dejado claro que se va a tomar por saco de tu vida. Y nunca más, ni escuches a esa serpiente. Yo, como lo vea por algún sitio, soy capaz de cogerlo por los pelos...

Hugo y yo nos echamos a reír, escuchándolo y pensando que era capaz, y capataz. Paul era muy fino y elegante, pero en lo tocante a mí, no partía peras y Nelson le había tocado la moral.

Cariño, hoy te quedas a comer con nosotros, que lo sepas y no acepto un no por respuesta.

—Bueno, pues si es así, para qué voy a decir nada. No se hable más.

—Sí, sí, ahora nos vamos a la tienda y allí te vas a probar un montón de trapitos que te van a dar vida. Vas a estar hecha un bombón. Bueno, tú ya lo eres, pero ya me entiendes, todavía más. Tú eres el bombón y yo te proporciono el envoltorio.

No puede evitar que su comentario sobre el bombón me recordara a aquella bonita anécdota el día de nuestra boda en la isla, cuando le envié a Nelson la foto picante que, de rebote, también vio Eric.

Lo que sí me ocurría en los últimos días era que, cada vez que se me venía un recuerdo a la cabeza, lo sentía como muy lejano, casi como si hubiera sucedido en otra vida. Y es que, la intensidad de los últimos acontecimientos, me había dado una nueva perspectiva de todo aquello. ¡Había que joderse!

Un rato después, nos dirigimos a la tienda y Hugo y yo nos tuvimos que reír con Paul, que parecía absolutamente amargado con los albañiles.

—¡Me muero si cae algo sobre ese maniquí! —se aferró a él—Por Dios, ¿quién lo ha puesto por medio? Estaba guardado en el almacén... ¿Es que nadie me escucha?

—Es que llevan todo el día escuchándote y ya no te hacen ni caso, mi *amol*—Hugo le dio un abrazo y él se abrazó a su novio como si estuviera en las últimas.

—Chloe, me matan. Ese maniquí es una pieza de colección. Lo trajo mi padre de París hace muchas, muchas décadas—el padre de Paul había puesto en marcha el negocio que él heredó.

—Tranquilo Paul, te prometo que, en cuanto vuelvan, tú y yo nos vamos a ir a un spa, a que te den allí las burbujitas y a recibir un buen masaje relajante.

—¿Un masaje dices? A mí me lo van a tener que dar desde allí hasta aquí—señalaba desde los pies hasta la punta del pelo.

—Ah no, si este lo que quiere es un buen masaje ya lo relajo yo luego. Le voy a dar un final feliz que se le van a quitar todas las tonterías...

En ese momento nos echamos a reír porque uno de los albañiles pasó por nuestro lado y puso cara de sorprendido,

—Ya sé que no miráis por dónde vais y así me tenéis esto, pero vamos, que os extrañe que yo soy gay y que este sea mi novio, por Dios, si se me ve la pluma desde tres calles más abajo...

Paul estaba totalmente revolucionado, buscando la ropa de baño.

—¡En mala hora he pensado en hacer obras, cariño! —me traía mogollón de prendas al probador.

—¿Y por qué lo has hecho?

—Porque es masoquista, te lo digo yo, porque el local estaba de lujo—reía Hugo.

—Yo creo que tu chico tiene razón—reí.

—Pero Chloe, tú lo sabes mejor que nadie por tu trabajo, hay que renovarse o morir, nena...

—Pues, por lo que veo, por la mala leche que te gastas, has elegido morir.... —nos echamos a reír.

Me probé cantidad de prendas, a cual más bonita y glamurosa, como siempre, y Paul las iba envolviendo cuidadosamente en las preciosas bolsas con su logo.

—Vas a ser la sensación allí donde pongas los pies y ahora vámonos a almorzar—extendió su brazo y me dio las bolsas.

El almuerzo con ellos me hizo olvidar en parte el complicado momento por el que estaba pasando.

—He escuchado no pocos rumores de que es posible que mi pareja de gays favorita se vaya a casar y que el enlace podría celebrarse en La Habana, ¿alguna confirmación oficial? —me hice la reportera y puse mis manos a modo de micrófono delante de la boca de Paul.

—Bueno, bueno, yo lo único que voy a confirmar es que, a su debido tiempo, y no falta mucho, soltaremos el bombazo, pues ahora estoy muy estresado—negaba con la cabeza.

Hugo y yo nos reímos y más cuando Paul volvió a coger la cancioncita de Nelson y se dedicó a darle un nuevo repaso, diciéndole de todo menos bonito.

Agradecí mucho el ratito con los chicos y, como siempre, aquella increíble ropa de baño, pero me despedí de ellos tan pronto como almorzamos.

Quería pasar la tarde en casa, adelantando temas de trabajo. Antes de cenar llamé a mi padre y me despedí de él, enviándole un beso para Amelie y pidiéndole alguna foto de Alan, pues casi todos los días me pasaba alguna.

Miré el móvil y tenía cantidad de mensajes de WhatsApp sin leer, de mis amigas, de mis primas,

de mi tío, que ya estaba también al tanto de la cuestión por sus hijas... Dedicué un rato a contestarlos todos, agradecida. Me sentía de lo más respaldada.

Cené un sándwich ligero mientras veía un programa de cotilleo que me gustaba bastante. Ciertamente no se dedicaban a arreglar el mundo, pero me reía mucho con todos los colaboradores. Miré el reloj y eran las once de la noche.

Para intentar dormir algo mejor, tomé una ducha relajante, tras la cual, me hice un ovillo y me metí en la cama. En el silencio de la noche, no pude evitar volver a sentir la sensación de soledad, que en ese caso se veía mitigada por la ilusión que me hacía partir al día siguiente. Cerré los ojos y pensé que todo iría bien...

## Capítulo 4

Los nervios a flor de piel, eso sentía...

Me tomaba el café mirando las maletas en el pasillo, me esperaban para emprender ese viaje que me llevaría como primer destino a Japón.

Me reí de pensar en lo loca que estaba haciendo eso, pero vaya, no me iba a quedar allí llorando las penas mientras él se acostaba con otra, así que a trabajar e inundar mis redes de nuevos lugares.

Llegué al aeropuerto en un taxi. Me fumé un cigarrillo antes de entrar y fui directa a facturar, ni tuve que esperar, eso de ir en primera clase era un chollo tremendo.

Volví a salir con un café que me había comprado y me fumé otro cigarrillo.

Los nervios los llevaba fatal, era una sensación extraña, hasta me estaba pasando por la cabeza volverme a mi casa y olvidarme de ese viaje asiático a solas.

Entré directa a pasar los controles y me fui a buscar la zona de embarque. Por el camino iba viendo tiendas, la mayor de mis tentaciones.

Abordé sin colas mientras que por otro lado iba entrando la clase turista. Me quedé impresionada al ver que aún no había nadie en primera clase ¿sería entera para mí en ese viaje? Reí mientras me echaba un *selfie* con la copa de cava que me había puesto en la mano la azafata y la subí a la red bajo la frase de que “así da gloria despegar con esta compañía”, por supuesto la etiqueté.

Ya pensé que iban a cerrar las puertas cuando, de repente, me quedé inmóvil y con la boca abierta mirando a esa sonrisa que se acercaba a mí.

— ¿¿¿Eric??? — pregunté sin cerrar la boca.

— Que yo sepa no tengo ningún hermano gemelo — sonrió poniendo su mochila de viaje en el maletero de a bordo.

Se agachó y me dio dos besos.

— ¿Qué haces aquí? — pregunté negando incrédula, agarrándole la mano.

Se sentó a mi lado.

— Pues mira, había dejado lo de chico de compañía, pero recibí una propuesta muy jugosa, acepté y aquí estoy — se encogió de hombros y dio una palmada con sus manos, sonriendo.

— Y será verdad...

— Ya sabes cómo son tus primas — me miró sin perder la sonrisa — pero esta vez puse la condición de que no sería secreto el contrato y que te lo contaría nada más verte — giró las manos.

— No me lo puedo creer — reí poniéndome las manos en la cara y negando, las mataba, de esta las mataba — Una cosa ¿y como sabías el vuelo que debías coger?

— Tú tienes la culpa — ladeó la cabeza — que les mandaste emocionada a tus primas los billetes de avión cuando los recibiste — rio, regalándome la sonrisa que un día me enamoró.

— Capullas...

Nos echamos a reír. Lo cierto es que era toda una sorpresa que estuviera allí, que ese viaje lo hiciera conmigo. Hacerlo representaba la oportunidad de poder estar a solas un tiempo, sabía que iba a estar en buena compañía.

— Una cosa, por curiosidad ¿Cuánto te pagaron? — solté una carcajada.

— Los vuelos, me pagaron los vuelos — se echó a reír y aún me los deben, pues hice la reserva con mi tarjeta — levantó la ceja.

— Qué barato te vendes — reí negando.

— ¿Ves? Es saber que voy a ir a Asia y perderme los nervios, no supe negociar — carraspeó.

— Ya... ¿Y no será todo esto una estrategia entre mis primas y tú? — lo miré imaginando lo que allí se había cocido.

— ¿Yo? Ni idea de lo que me hablas — se hizo el despistado y ya nos avisaron de que nos pusiéramos los cinturones, que íbamos a despegar. Sospechas confirmadas: la primera clase entera para nosotros.

— No me lo puedo creer, cómo me habéis liado — no podía dejar de negar mientras reía.

— No te iba a dejar sola, cuando me enteré por tus primas les pedí que me ayudaran, esa es la verdad — agarró mi mano y la apretó — No tenía nada mejor que hacer que pasar este momento contigo, no te iba a dejar sola por nada del mundo.

— Gracias, Eric — se me saltaron las lágrimas por eso tan bonito que me acababa de decir.

Quería hacer un viaje sola, pero con él sabía que iba a ser también divertido y ameno, que me quitaría muchos quebraderos de cabeza y me arroparía en los momentos de tristeza.

No sabía si hacía bien o mal en sentir esa alegría que se había dibujado en mi cara al tenerlo allí, pero yo quería vivirla.

— Siento mucho lo que te pasó — acarició mi mano cuando el avión despegaba.

— La vida es así — sonreí con tristeza.

— Pero las personas no deberían serlo.

— Ya, pero me tocó, toda decisión puede traer consecuencias y ahora solo tengo que asumirlas.

— Vales mucho, algo mejor te tendrá preparado la vida — acarició mi barbilla.

Bueno, para empezar la vida me tenía reservada esa sorpresa, que para nada era mala, sino todo lo contrario, muy succulenta.

Sentía un subidón tremendo durante el vuelo, además me reí mucho recordando las locuras que todos habíamos hecho en ese primer viaje a las Maldivas.

Recordé también el segundo viaje a las Maldivas por mi boda, esa frase que me dijo de que siempre sería la mujer de su vida, esa que en su día me dejó sin aliento. Pero no le dije nada, solo la recordé, aprovechando esa risa suelta que tenía.

El vuelo fue genial, se me pasó más rápido de lo que podía esperar, charlando y bromeando con Eric, que no hacía más que esforzarse para que no me diera tiempo a pensar y ponerme triste. Además, le di la misma pastilla que me tomé yo y de las doce horas y pico que duró, seis las pasamos durmiendo sin desvelarnos.

Aterrizamos en Japón y un taxi nos llevó hasta el alojamiento, donde informé al director de que iba con otra persona. No nos puso pega, ya que estaba advertido de que me dieran un buen trato. Rellenamos la ficha de entrada y nos acompañaron al bungalow, era un lugar con mucho encanto, situado en los alrededores de Tokio.

El bungalow era muy coqueto e inspirado en la cultura de ese país, frente a una piscina alargada que atravesaba toda la línea de cabañas que había en ese lado.

— Creo que no te entendió, nos dio uno con solo una cama de matrimonio — rio, apoyándose en una mesa.

— Es bien grande, no nos tenemos ni que rozar — carraspeé.

— Lástima — bromeó haciéndome un guiño que provocó un escalofrío por todo mi cuerpo.

— Bueno, nos vamos a la ciudad, que aquí recién amaneció y ya nos dimos una buena panzada de dormir en el avión — dije, nerviosa por lo que me había soltado en lo que consideré una broma, o no...

— Joder cómo huyes — reía — Déjame darme una ducha y cambiarme — volteó los ojos.

— Primero yo y te advierto que voy a cerrar el pestillo, que no me fio de ti ni un pelo — dije, abriendo una maleta.

— Precioso concepto que tienes de mí — carraspeó mirándome de reojo con los brazos cruzados.

— Espabila y saca las cosas de las maletas — reí.

— Me niego, en tres días nos vamos a Corea del Sur, así que dejo la maleta abierta, que está bien organizada — me hizo un guiño.

— Pues yo voy a hacer lo mismo con las mías, tienes razón — reí y me metí con la ropa en la ducha.

Me metí en el cuarto de baño, cerré la puerta, me apoyé en ella y suspiré sonriendo ¡Era increíble! No podía creerme que en ese viaje estuviera él ¿Podía haber empezado de mejor forma?

Me duché emocionada, no significaba que se me hubiera quitado de la mente Nelson, pero había sido tal la decepción y el dolor, que me dije que también tenía derecho a disfrutar de la vida. Además, para mí Eric siempre tuvo su lugar, se convirtió en un gran amigo y estuvo ahí en todo momento, pese a que me casé con Nelson.

Terminé de ducharme y entró él, mientras me miraba sonriente. Me volvió a salir esa sonrisa floja y más cuando señaló a su mejilla para que le diera un beso.

Se lo di...

— Ahora sí me puedo ir a duchar, pero yo no cierro el pestillo, solo como dato — me hizo un guiño y encajó la puerta.

Me encantaba, siempre me encantó, pues me provocaba un cosquilleo en el estómago que era impresionante.

Un poco después salió y yo estaba sentada en las escaleras del bungalow, fumando un cigarrillo.

— Te voy a controlar — se refirió al cigarrillo.

— Estoy de vacaciones — carraspeé.

— Me da igual, tienes dos cigarros al día, no más.

— Si hombre, ya me fumé uno al aterrizar y otro ahora, vamos que ya los consumí, ni en broma,

déjame que estoy con ansiedad — le saqué la lengua.

— Pues vamos a trabajar la ansiedad — se sentó a mi lado y le tiré el humo a la cara.

— Necesito una borrachera de esas que hace mucho que no cojo, bebérmelo todo y olvidarme del mundo — sonreí, mirándolo.

— Pues uno de estos días, el que quieras, me apunto — me echó la mano por encima y besó mi mejilla.

Nos fuimos hacia el *lobby* del hotel y cogimos un taxi hacia el centro. Ese día tocaba visitar lo más cercano, así que lo primero que hicimos fue dirigirnos al Palacio Imperial de Tokio, que era la residencia de la familia imperial.

Aprovechamos también para ver el santuario más polémico del mundo, *Yasukuni*.

Estuvimos paseando, echándonos fotos, probando todo tipo de comidas y asombrándonos con cuanto nos rodeaba. Era espectacular, sobre todo la juventud japonesa, pues impresionaba ver a los chicos vestidos con estilos tan diferentes. Era para alucinar, me encantaba su diversidad y atrevimiento.

Pasamos todo el día encandilados en aquella ciudad que nos impresionaba por todos los rincones.

Por la noche, y agotados con el cambio horario, a lo que había que sumar las horas de vuelo, volvimos temprano al hotel y nos tiramos en la cama, casi volando desde la entrada.

Nos pusimos boca arriba a reírnos.

— Deberíamos de cambiarnos — dije muerta de risa, sin poder moverme.

— Al menos quitarnos la ropa, no vamos a dormir así, incómodos — sonreía mirándome.

— Pues ni incómoda estoy, creo que me pesa más moverme para cambiarme que dormir así.

— Quita floja — tiró de mi falda y me la quitó, dejándome con la camiseta de tirantes.

— Vaya, menos mal que no tiraste de las bragas — reí pegándome a él, que se quitó el pantalón corto, la camiseta y se puso un pantalón de deporte fino por las rodillas y una camiseta.

Me tapé con las sábanas, ya que estaba el aire acondicionado refrescando bastante la habitación y él hizo lo mismo.

— Ven apóyate en mí, que te toco el pelo como te gusta — dijo pasando por debajo de mi cuello su mano y pegándome a su pecho.

— Dios qué placer — dije casi acurrucándome, mientras lo acariciaba.

— Pues relájate y verás cómo te quedas dormida en nada — besó mi frente.

— Pero no pares de tocarlo — reí — Y mañana me haces uno de esos que relajan.

— ¿Los de final feliz? — sonrió, acariciando mi cabeza.

— Ese no ¡idiota! — solté una carcajada.

— Vaya y yo que estaba dispuesto...

— Veo que no se te pasan las ganas — le tiré un bocado en el pecho, bromeando.

— Nunca, recuerda lo que te dije el día de tu boda — me impresionó que se acordara como yo lo había hecho tantas veces.

— No me sonrojes — me puse las manos en la cara.

— Siempre serás la mujer de mi vida — dijo en tono suave.

Y lo volvió a decir y me quedé en shock, acurrucada en él mientras acariciaba mi pelo y sentía que era el mismo de siempre, ese que un día me enamoró.



## Capítulo 5

Desperté abrazada a él, que tenía su mirada puesta en mí con una sonrisa.

— No me mires — tapé mi cara en su pecho.

— ¿Y eso? — acarició mi pelo.

— Me da vergüenza — reí.

— ¿En serio?

— Sí — afirmé con la cabeza.

— Eso me gusta — besó mi frente.

— Necesito un abrazo muy fuerte — dije con tristeza, me había levantado con sentimientos encontrados y bastante agobiada.

— Te doy todos los que quieras — me abrazó y puse mi cabeza sobre su cuello, le di un beso muy fuerte en él.

— Gracias, Eric — las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas, aunque quisiera aparentar fortaleza y estuviera en parte feliz por esa sorpresa, aún estaba muy tocada por todo lo que me había sucedido.

— Ey, no te quiero ver llorar — me echó el pelo hacia atrás y besó mi mejilla varias veces.

— Me levanté de lo más triste hoy — me sinceré, abrazándolo.

— ¿Quieres un café y uno de esos cigarrillos? — arqueó la ceja a modo de broma.

— Sí, por favor — respondí con tristeza.

Nos levantamos y llamó para que nos trajeran el desayuno a la habitación, además en la terraza

había una mesa. No era una zona privada, pues los demás podían pasar por allí, pero se estaba de lujo frente a la piscina.

Me senté en ella y me encendí un cigarrillo mientras miraba el móvil. Eric estaba en el baño cuando llegó el chico con una bandeja en la que traía una cafetera, zumo, pan, mermeladas, mantequilla y fruta.

Le di las gracias con un gesto de cabeza y sonriente.

Serví los dos cafés y no tardó en salir Eric.

— ¡Qué buena pinta tiene todo! — tocó con cariño mi cabeza y se sentó.

— Joder, ¡qué bien hueles! — ese perfume era la caña, fresco y de lo más agradable. El mismo que siempre usó.

— Me duele un poco el estómago — dijo acariciando mi mano por encima de la mesa.

— Ayer probamos mil cosas, lo raro es que no nos estemos cagando vivos. ¿Quieres que nos acerquemos a un médico?

— No, ya me ocurrió lo mismo en otros viajes, se me pasará, traje unos protectores que me acabo de tomar.

— ¿Quieres que nos quedemos hoy aquí?

— Tranquila, no me estoy muriendo, es un poco incómodo, pero nada más — se acercó desde su silla y me besó la mejilla.

— No te me mueras por Dios, sería ya lo único que me faltara — puse cara de resignación.

Desayunó fruta, casi no tocó el café, pero poco a poco comenzó a sentirse mejor, en lo que yo me fumé tres cigarrillos y él me miraba con esa cara de regañina característica en su persona.

Nos fuimos a pasear por los alrededores del hotel. Aquella era una zona muy exclusiva. En ella había negocios lujosos y edificios de lo más impecables, que derrochaban elegancia.

Eric ponía su mano por encima de mi hombro o me cogía directamente la mano. Me recordaba a esos momentos del primer día que pasé con él en Edimburgo, o por las Maldivas, cuando lo conocí.

Paramos en un establecimiento en el que hacían masajes en los pies y nos sentamos en los sillones, uno al lado del otro, disfrutando de aquello que nos estaban haciendo y que nos estaba dejando de lo más relajados. ¡Benditas manos de las chicas!

— Te juro que me han tocado los pies y parece que lo hicieron por todo el cuerpo, estoy de lo más relajada — dije cuando comenzamos a andar de nuevo.

— En los pies están los puntos más importantes del cuerpo, así que saben cómo llegar al resto a través de ellos.

— Ya podrían haber llegado a mi... — solté una carcajada mientras me miraba haciendo un gesto de susto.

— ¿Te lo hago yo? — no tardó en preguntar, riendo mientras cogía mi mano.

— ¡No empieces! — reí de lo más nerviosa.

Eso de haber estado fuera del mercado tres años lo notaba tela, me ruborizaba con todo, a pesar de que era Eric ¿O ese era el problema? Los nervios me podían.

Paseamos un montón, inclusive paramos tres veces a comer y beber algo. Me reí con él a no poder más, no me hacía falta que hablara para mirarlo y saber lo que me estaba diciendo, sobre todo respecto a los personajes que nos íbamos encontrando por el camino.

No sé dónde terminamos, el norte lo habíamos perdido por completo, así que por la noche cogimos un taxi que nos llevó directos al hotel y, por el trayecto que recorrimos, dedujimos los mucho que habíamos andado ese día.

— Ven — me agarró y me quitó el vestido para que no se me ocurriera acostarme con él. Se lo vio venir — ¿Te cojo una camiseta de las maletas? — preguntó mientras caí en la cama y me tapé pasando de lo que había dicho — Pues no hay camiseta — lo escuché decir mientras se cambiaba

la suya.

Yo estaba con las bragas y un sujetador de esos de algodón de estilo deportista, así que parecía que estaba en bikini y de lo más cómoda.

Eric se metió en la cama y me abrazó, como la noche anterior, besó mi cabeza.

Acariciaba mi espalda mientras yo intentaba dormir recostada sobre su hombro, me encantaban esas caricias tan suaves que me hacía con su otra mano.

— Me encanta — murmuré en voz alta.

— Me alegra — se giró un poco y besó mi mejilla.

Un silencio se hizo entre nosotros, aunque yo estaba más muerta que viva, noté cómo su mano acarició un poco más abajo de mi espalda y tocó con un ligero pellizco mi nalga, para luego apretarme contra él y besar mi frente.

Me quedé dormida con esas caricias a las que no puse impedimento alguno, sabía que sobre todo reinaba el cariño y por encima ya de eso, me sentía muy bien con él...

Despertamos en ese último día que estaríamos en Japón, pero con calma. No teníamos prisa por nada, nos dimos un abrazo en la cama y nos quedamos así un buen rato, mientras Eric besaba mi hombro y me apretaba fuerte contra él.

Estábamos de lado abrazados, mirándonos, sosteniendo esas miradas que hablaban por sí solas. En el fondo sabía que él estaba deseando besar mis labios, pero también entendía que yo no podía estar aún preparada y eso lo frenaba.

Yo lo deseaba, no me podía mentir a mí misma, pero algo me hacía echarme para atrás, sentía como si estuviera traicionando a alguien cuando la traicionada era yo.

Lo abracé fuerte, me puso encima de él riendo, me entró la risa mientras lo miraba, ya que notaba su miembro... Me daba igual, yo quería estar abrazada a él, mirarlo con intensidad y encontrar en su mirada esa calma que necesitaba.

Sus manos estaban en mis glúteos...

— Ni moverme quiero — reía sabiendo que cada vez que lo hacía me rozaba y mi respiración se agitaba.

— ¿No? — tosió para provocar ese movimiento.

— Eric — sonreí con tristeza.

— ¿Qué te pasa? — echó mi pelo hacia atrás.

— Ya lo sabes...

— Estás frenando lo que quieres hacer, lo sé, no te ves preparada o te sientes mal por lo precipitado que te resulta, pero no te preocupes que yo voy a tu ritmo — me dio un beso en los labios y se echó hacia atrás, riendo.

— ¡A mi ritmo! — reí resoplando, incrédula.

— Es un beso solo, lo sabes...

— No, no lo es — me tiré a su hombro y lo abracé fuerte — Llama para que traigan el desayuno, quiero un café — le besé el cuello.

— Ahora mismo — se levantó conmigo en brazos sin soltarme y llamó al servicio.

Colgó y me abrazó fuerte, con mucho cariño, bromeando y moviéndome a los lados.

— Dame un beso — dijo cerrando los ojos.

— ¡No! — reí.

— Venga, si hemos hecho orgías y todo — soltó poniéndose la mano en la boca, aguantando la risa.

— Y lo bien que me lo pasé... — solté una carcajada.

— Podemos repetir, me busco rápido dos asiáticos y montamos aquí un tinglado — decía sin soltar mi cintura y pegándome a él.

— Los asiáticos la tienen muy pequeña — bromeé.

— Bueno, ya volvió hasta exigente — negó, me agarró la cara con las manos, me dio un beso en la boca y salió para atender al de servicio, que ya estaba preparando la mesa exterior.

Y me había besado...

Solté el aire pues en el fondo lo deseaba, pero me daba mucho miedo a volverme a equivocar. Eso sí, por Eric me quedé sintiendo mucho y por más que me lo quise negar, nunca dejó de hacerlo una parte de mí.

Salí con una camiseta y me senté a desayunar ante su sonrisa, que me ponía de lo más nerviosa.

— No me mires — le advertí con el tenedor en la mano con el que cogía la fruta pelada.

— ¿Quién me lo prohíbe?

— ¡Yo! — reí recogiendo las piernas arriba de la silla.

— Tú y yo tenemos que hablar cara a cara — carraspeó.

— Ah no, que te conozco, eso me suena... — apreté los dientes.

— Ya lo veremos — me hizo un guiño, que provocó que revolotearan todas las mariposas de mi estómago.

— No me toques los ovarios — reí.

— Vaya, pero tendré que intentarlo ¿no?

Me encendí un cigarro y le tiré el humo a la cara.

— Ahora sí que te lo has buscado — dijo en tono de advertencia.

— Bueno, temblando estoy — le saqué la lengua.

— No creo que estés temblado, pero las mejillas parece que te vayan a explotar — levantó la ceja.

Y era la verdad, me ruborizaba sin poderlo remediar, me ponía como un tomate y eso era visible ante sus ojos, sabedor de que conseguía sacarme aún esos colores.

Pasamos un día precioso por la ciudad, haciendo visitas turísticas, viviendo momentos de lo más divertidos, muchos de los cuales dejé plasmados en mi cámara, mientras que otros se quedarían en mi corazón.

Por la noche cenamos en el hotel, en un restaurante que había al aire libre en el jardín, en un ambiente de lo más cálido y acogedor.

Eric estaba que brillaba por sí solo, no se le quitaba esa preciosa sonrisa de la cara. Me encantaba ver que se lo estaba pasando bien junto a mí.

Me acordaba muchas veces de Nelson, no voy a negarlo, pero me venía a la mente rápidamente que me dejó por otra y me daban ganas de pasarlo no ya bien, sino mejor.

— ¿En qué piensas? — preguntó mientras cogía sushi con los palillos.

— De vez en cuando me acuerdo...

— Te entiendo — me miró con esos ojos que me transmitían paz.

— Pero luego me acuerdo de lo que me hizo y se me pasa — me encogí de hombros con tristeza.

— Algún día no te dolerá al pensarlo.

— Eso espero — agarró mi mano por encima de la mesa y la apretó con cariño, como diciendo que ahí estaba él, conmigo, que no estaba sola.

Tras la cena nos fuimos a la habitación, me senté en las escalerillas de la entrada y me encendí un cigarrillo. Él entró a cambiarse y volvió, sentándose a mi lado y echando su mano por mi hombro.

— ¿Quieres ver las estrellas conmigo? — preguntó bromeando.

— Cualquiera ve aquí una con la de luz artificial que hay — reí, negando.

— Inteligente me has salido — me hizo un guiño.

Le saqué la lengua y le chupé la mejilla, él se reía y yo disfrutaba viendo que le provocaba unas risas con todo.

Nos fuimos a la cama. A la mañana siguiente salíamos para Corea del Sur, un país que estaba loca por conocer.

Me abracé a él como las dos noches anteriores, necesitaba sentir su calor, el arropo, el cariño, todo eso que me hacía poder dormir sin el dolor que sentía antes de este viaje y que me consumía lentamente.

A la pregunta de si me gustaría acostarme en plenitud con Eric, era sí y mil veces sí, pero el caso es que no me veía con fuerzas. Volvía a sentir como si hiciera algo malo por dejarme arrastrar a una situación así, como si estuviera fallando a alguien o le estuviera haciendo daño, así de idiota me sentía.

Él, hasta que me quedaba dormida, me acariciaba el pelo, besaba mi sien, me abrazaba mil veces, era de admirar la forma tan entregada con la que sabía cuidarme ese hombre.

Aquella noche me acosté haciéndome muchas preguntas, que me respondía con serias dudas. Era como si luchara por lo que quería, por lo que sentía o por lo que se suponía que estaba bien o mal, ese era mi quebradero de cabeza, el machacarme con cosas en las que ni debería pensar, con sentimientos encontrados que ya debería descartar.

Antes de dormir, me repetí muy seriamente que fuera feliz, que disfrutara de todo y dejara de lados tantos remordimientos...

## Capítulo 6

— Tenemos un vuelo, buenos días — me dijo mientras yo me acomodaba en su pecho.

— Buenos días, Eric — besé su pecho.

— ¿Qué tal has dormido?

— Genial, tienes un cuerpo muy confortable — reí pegándome a su cuello.

— Pues tú lo tienes muy potable — me pegó a él agarrando mi nalga y noté su miembro. Tuve que soltar hasta el aire de la excitación que me invadió.

Me besó y esa vez de forma intensa, con lengua, además de con esos besos cortos y seguidos que tanto me gustaban.

Estuvimos un rato así sin llegar a más. Los dos lo deseábamos, pero Eric entendía que yo venía de sentir mi corazón por los suelos y se notaba que no me quería arrastrar a la vorágine de perdernos en ese momento tan pasional que los dos deseábamos disfrutar. Eso sí, yo necesitaba que fuera a su debido tiempo.

— Tenemos que irnos — me agarró la mano y salimos de la cama.

Pidió el desayuno, que no tardaron en traernos. Ya lo teníamos todo listo, así que nos sentamos esos quince minutos que nos faltaban para que nos recogieran y nos llevaran hasta el aeropuerto.

— Tengo ganas de pisar Corea del Sur, siempre me llamó mucho la atención, Seúl debe de ser alucinante — me encendí un cigarrillo.

— Eres toda una viajera — sonreía.

— Pues anda que a ti te faltó tiempo — le saqué la lengua.

— No, ninguno, yo tampoco me quedo atrás.

Su mirada denotaba deseo, amor, cariño... me transmitía buena onda y me hacía sentir más viva que muerta.

Tenía el móvil colapsado de mensajes de mis primas, amigas y de mi padre, al que le respondí del tirón. En cuanto a los demás, iban a esperar, estaba disfrutando y quería desconectar de todo.

Terminamos de desayunar y salimos al *lobby* del hotel donde nos esperaba el coche.

Fue llegar al aeropuerto, facturar, ir a la puerta de embarque y entrar directamente. Llegar y pegar, como diría mi padre.

El vuelo iba a durar unas dos horas y media, así que nos acomodamos en esa primera clase y nos volvieron a poner otro desayuno. Era muy temprano, de modo que ni nos quejamos, lo volvimos a devorar todo.

— Tengo la sensación de que todos los días van a pasar en nada — le hice un gesto de tristeza.

— Bueno, los vamos a disfrutar a tope y sobre todo con ese final en Filipinas en el que nos hartaremos de sol, playa y relax — acarició mi mano y besó mi mejilla.

— Playa, relax, sol y alcohol ¿A qué me sonará?

— Ni idea — bromeaba — Pero me lo puedes refrescar allí.

— Ya, ya — solté una carcajada nerviosa.

— Esta vez sería todo diferente...

— No te entiendo.

— No te volvería a compartir con nadie — me miró de forma que derritió todo mi ser.

— Pues yo no me arrepiento de nada.

— Ni yo, pero te digo que hoy en día no podría.

— ¿Por ti? ¿Por mí?

— No podría ver cómo te toca otro hombre mientras yo te miro...

— Joder qué sentimental te has vuelto — reí — Tranquilo, no tengo los ánimos para acostarme con un hombre, cuanto y más con dos o tres — le di un beso.

— Puede — carraspeó y agarró mi cara para besar mis labios.

Me pasé el vuelo súper acaramelada con él, y él conmigo, pues lo cierto es que nos sentíamos bien el uno con el otro.

Cuando aterrizamos en Seúl salimos y, antes de coger un taxi, me fumé un cigarrillo ante su mirada de riña, pero de modo cariñoso. Me daba igual, me lo iba a fumar de todas formas.

Joder con el hotel, miré hacia arriba cuando lo vi y no me lo podía creer. Además de que era todo un lujo, no le faltaba un detalle. Estaba cuidado al máximo.

Nos dieron una habitación en la última planta con unas vistas panorámicas que eran para alucinar, con grandes cristaleras y el espacio suficiente para que corrieran caballos.

— Me muero, pedazo de foto para mi perfil — dije poniéndome de pie en el filo de esas cristaleras y él me echó una foto.

— Joder, quedó de maravilla — se acercó a enseñármela y aprovechó para cogerme en brazos y llevarme hasta la cama.

Se tiró encima de mí y nos comenzamos a besar. Aquello era morbo y lo demás eran tonterías, pero no fue más allá de eso y de unas cuantas de cosquillas que me gané.

De la mano, salimos a la calle, ¡Seúl nos esperaba! Aquel era un destino que de siempre me había entusiasmado, por lo exótico y desconocido que me resultaba.

Comenzar a recorrer sus calles me provocó una emoción inusitada. Lo primero que llamó nuestra atención es que se trataba de un lugar donde lo moderno y lo tradicional se daban la mano.

Y hablando de mano, la mía era la que no soltaba Eric, que me llevaba cogido, de lo más cariñoso, como era él. Y cuando me la soltaba, era para coger mi cintura y pegarme a la suya. A veces lo hacía tanto, que me daba la impresión de que éramos siameses. Se lo decía, entre risas.

Caminar por aquella ciudad suponía tomar conciencia de que es posible la convivencia entre palacios centenarios y lujosos rascacielos...

—Estoy flipando—lo miré a los ojos y flipé más. Yo lo decía por lo que estábamos viendo, pero su forma de mirarme me conmovió.

—Y más que vas a flipar—me besó los labios. Un nuevo beso robado que cada vez eran más frecuentes, y deseados, dicho sea de paso.

Lo primero que hicimos fue dirigirnos al santuario de *Jongmyo* y fue la monda porque no sabíamos que había distintos turnos de visita, en función del idioma. Total, que cuando entramos, era hora de la visita con guía coreana.

Al final me alegré porque, como era de esperar, no me enteré ni de media palabra, pero Eric estaba de lo más ocurrente esa mañana.

—No te preocupes, que te lo voy a explicar todo yo—tiraba de mí hacia él y me daba piquitos en los labios.

—Muy suelto te veo. No sé lo que me quieres explicar, pero miedo me da—reía...

—Paparruchas, ¿quién dijo miedo?

El asunto es que iba haciendo él de guía, soltando todas las tonterías que se le venían a la cabeza y provocando mi risa.

—Y, para terminar—señaló un rincón que estaba vacío en ese momento—este es el lugar donde las parejas enamoradas vienen a sellar su unión con un beso.

—Tú tienes más cara que espalda—reí.

—Pues verás cuando escuches que no puede ser un beso cualquiera. Para que surta efecto, tiene

que ser un súper besazo de...

—¡Un súper guantazo es lo que te vas a llevar tú de aquí! Venga—tiré de él.

—Bueno, qué se le va a hacer, me lo llevaré de recuerdo si es que me cae...

Y a la que se le caía, pero la baba, cuando tenía esos arranques tan graciosos, era a mí. Su forma de comportarse alegraba mucho mis días y, de momento, no me quería plantear nada más.

Eso sí, tenía que reconocer que en el aquel rincón no le hubiera dado un beso de pasión, sino siete o siete mil... Pero por otro lado estaba el hecho de que, si se lo daba, me había a costar mucho pararme... ¡Y solo faltaba que nos detuvieran!

Nos hicimos muchas fotos, tanto juntos, como otras que me hizo él a mí a solas, para mis perfiles.

—Te voy a decir una cosa—las miraba con atención—estás guapa en todas, desde el primer día del viaje, pero cada vez tienes mejor cara...

—Bueno, los días van pasando y ya me voy sintiendo mejor...

—¿Y algo tiene que ver en eso la compañía? —me guiñó el ojo.

—Bueno, un poquito, pero muy poquito, ¿eh? No te vayas a poner ancho—le saqué la lengua.

—Bueno, pues entonces te voy a dar un pellizquito en el culo, pero muy poquito, para que tampoco te pongas ancha tú...

Empezó a pellizcarme y yo salí corriendo y haciendo aspavientos, momento que aprovechó él para echarme unas fotos que quedaron simpaticísimas y a las que también les saqué partido en las redes.

Antes de ir a almorzar, paramos un rato en el parque *Tapgol*, una pequeña zona verde que me gustó mucho y en la que me apeteció hacer un kit-kat.

—Este parque sí que es moderno—le decía mientras, sentada, él acariciaba mi pelo.

—¿Parque? ¿Qué parque? —bromeaba él, como queriéndome decir que en realidad solo tenía ojos para mí y que el resto se la traía al paio.

Era para hacerle un monumento por los muchos esfuerzos que hacía porque yo me sintiera bien, aunque lo mejor del caso era que no parecía que le costara ningún trabajo, le salía de un modo totalmente natural.

Un rato después nos sentamos a comer. Lo curioso del caso es que allí te podías poner hasta la bandera de comida que no engordabas, pues los platos principales eran muy bajos en calorías.

—¿Qué vas a querer? —me preguntó, de lo más atento.

—Un poco de todo—contesté, sin pensar mucho.

—Ummmm. Una chica traviesa—murmuró, en tono libidinoso.

—Me he perdido, ¿de qué estamos hablando? De comida, ¿no?

—Sí, sí, soy yo, que me disperso—encogió los hombros.

—Pues no te disperses tú tanto y al grano—reí, señalándole la carta.

En el fondo me sentía de lo más tentada y halagada con sus insinuaciones. ¡Cómo para no! Eric estaba como un queso y no perdía oportunidad de soltar una de las suyas. Por mí, me lo hubiera comido allí enterito, encima de la mesa.

Pedimos unas sopas calientes y frías, que nos recomendaron encarecidamente que probáramos y el *Kimchi*, muy típico del lugar y que consistía en un plato de verduras fermentadas.

Por último, ya que llevábamos mucho apetito, quisimos probar la receta más conocida del lugar, el *Bibimbap*, una delicia de arroz al vapor con carnes y verdura.

Terminamos de comer y nos dirigimos a ver el Palacio *Changgyeonggug*. Y menos mal que habíamos repuesto fuerzas, porque se necesitaba un par de horas para recorrerlo.

A pesar de su inmensidad, no se necesitaba guía para verlo, aunque Eric dijo que no me preocupara, que yo seguía llevando el mío privado, que era él.

—Muchas cosas tienes tú para enseñarme, ¿no? —reía yo, ya que mi mejor humor me incitaba a picarlo un poquito.

—No lo sabes tú bien—se mordió el labio, con doble sentido.

—¿Es que has aprendido mucho en ese tiempo? —me pidió el cuerpo preguntarle, aunque sabía que no tenía ningún derecho a pedirle explicaciones. ¡Faltaría más!

—Ni la mitad de lo que hubiera aprendido contigo...

—Quita, quita, no tienes tú nada...

Lo pasamos sensacional también con aquella larguísima vistita que se estaba llevando, eso sí, buena parte de la tarde. Y por si todavía nos parecía poco, pagamos también un extra para ver los jardines.

—Aquí sí, las veo, vamos a hacernos más fotos—tiré de él.

—Sí, sí, no vaya a ser que volvamos sin ninguna—bromeó.

—Soy una *influencer*, ¿qué esperabas?

—Nada, nada, me lo he buscado yo solito—soltaba, mientras aprovechaba todos los rincones para sacarme preciosas instantáneas. Y ya luego se ponía él también, y las mejoraba. Sacamos unos *selfies* geniales.

Para la cena, Eric me tenía una sorpresa. ¡Hasta en un lugar tan recóndito del mundo era capaz de hacerlo!

—Pero ¿dónde vamos?

—Tú calla, que yo conozco bien esto—bromeaba, tirando de mí...

—Capaz eres...

—Ya hemos llegado, cenamos allí arriba—me señaló a la parte alta del *Jogno Tower*, que parecía no tener fin.

—¡No puedo creerlo! —solté, al verme allí arriba.

—¿Y eso?

—¿No has visto? Vaya vistas...

—Sí, pero yo llevo viéndolas todo el día, no es nada nuevo—me miró y guiñó el ojo.

—Tú estás sembradito hoy, ¿no?

—Hoy y siempre, *baby*—soltó con gracia.

Cenamos entre miradas cómplices. El escenario no podía ser mejor y la compañía tampoco. No sabía cómo agradecerle a la vida que finalmente se hubiera subido Eric en aquel avión, ¡bueno a la vida y a mis primas!

—¿En qué piensas?

—En que esta vez mis primas la han liado, pero para bien.

—¿Contenta entonces de que haya venido?

—Mucho—contesté sin vacilar.

Colocó su mano sobre la mía y lanzó un pequeño suspiro que me llegó al alma. Por muchas indirectas que me lanzara, aquel gesto sonaba tan natural y espontáneo... Eso era justo lo que me había faltado en mi vida con Nelson, la sinceridad y era lo que más valoraba.

—Lo de la cena ha sido un puntazo, gracias—le solté.

—¿Un puntazo? Un puntazo sería el que...

—¡Calla demonio, que te veo venir! —advertí, muerta de la risa. ¡Me las buscaba yo solita!

Llegamos al hotel muertos del cansancio. Le habíamos sacado mucho partido a la ciudad y nuestros pies echaban humo. Tras tomar una relajada ducha, cada uno por su lado, se empeñó en hacerme un masaje en ellos.

—¡Ummmm! Tienes unas manos que son para embalsamarlas.

—¿Qué dices? Que yo pienso vivir muchos años, tengo que dar mucha guerra todavía...

No obstante, no fue guerra, sino paz, la que me proporcionó una noche más en la que dormí abrazada a su cuello, sintiendo su respiración y notando a un Eric cercano al que cada vez deseaba más y más...

## Capítulo 7

— Ven aquí — dije cuando abrió los ojos. Yo llevaba un rato observándolo mientras dormía.

— ¿Estás mimosa? — preguntó en tono de lo más gracioso, mientras me abrazaba.

— No sé ni cómo estoy — sonreí besando su hombro.

— Falta de mucho amor — comenzó a besar toda mi cara, haciéndose el gracioso y yo me derretía.

— Bueno, tampoco estoy tan escasa — reí — Te tengo a ti.

— Siempre me has tenido, el caso es que no te diste cuenta — echaba mi pelo hacia atrás.

— Joder, no me pongas tonta — me acurruqué con eso que me acababa de decir que era de lo más tierno y real, pues ahí estaba después de tanto tiempo, a mi lado, en el otro lado del mundo.

— No, no te voy a poner tonta, te voy a ponerte muy risueña — y otra vez las cosquillas comenzaron a recorrer todo mi cuerpo.

Me sentía genial con él, sentía que ese hueco tan grande que me había dejado Nelson ya no suponía tanto vacío, increíble pero cierto.

Salimos a la calle a perdernos por aquella ciudad que para mí era impresionante. De todos los lugares del mundo en los que había estado, era uno de los que más me había gustado.

Me encantaba esa gastronomía soberbia, los contrastes y sobre todo ese día en el que estuvimos montando en metro, en bus... Queríamos probar todos los medios mientras descubríamos la ciudad y al final terminamos en el ayuntamiento, que era de lo más futurista, justo enfrente teníamos la Gran Plaza Ovalada, donde leí que tuvieron lugar los movimientos para conseguir la independencia, así que era un lugar que rezumaba historia.

— Es curioso que rodean el filo de los platos con verduras — dijo cuando nos los pusieron por delante.

— Más curioso es que estamos al lado del país más blindado del mundo — apreté los dientes.

— Me encantaría entrar...

— Y a mí, pero en realidad estaría todo el tiempo asustada.

— Bueno, yo también te pudo asustar — carraspeó, mirándome con esos ojos que me hacían babear.

— Tú no me darías miedo ni aunque por la noche aparecieras con un machete — reí.

— No mujer, eso no lo haría, con un martillo puede, pero con un machete no — soltó con un doble sentido que entendí y que provocó una carcajada en mí.

— A tu martillo déjalo en paz, que se está portando muy bien últimamente — hice una mueca.

— Mi martillo está en prisión preventiva — rio.

— Pues hasta que no te den el tercer grado lo veo mal...

— Vaya condena — dijo, bromeando y causándome una carcajada que me debieron escuchar hasta los del ayuntamiento.

El día fue precioso, como la noche, en la que desde el taxi observaba la vida nocturna de la ciudad.

Llegamos a la habitación y me fui directa a la ducha, aunque me moría de ganas de poder tirarme en la cama, estaba más que muerta.

Eric hizo la broma de intentar entrar conmigo al baño, pero casi le pego con la puerta en la cabeza. Me apetecía, pero algo me frenaba...

Cuando salí me lo encontré ya listo para entrar.

— Como te duermas, te despierto — me advirtió dándome un beso en los labios.

Y el caso es que me encontré dormida y no me desperté, pues cuando miré hacia su lado estaba durmiendo y al consultar la hora en el móvil me di cuenta de que eran las ocho de la mañana y nuestro último día en la ciudad.

Sentí que me dolía la cabeza un montón, me molestaba mirar para cualquier lado en el que hubiera un poco de luz. Me levanté con cuidado.

— ¿Dónde vas? — preguntó agarrando mi cintura.

— Creo que voy a tener un mal día.

— ¿Qué te pasa? — se incorporó rápidamente.

— Uno de esos dolores de cabeza que me dan y duran horas, voy a tomar la medicina.

— Espera que ahora mismo pido el desayuno y no te la tomas con el estómago vacío.

— Gracias.

No tardó ni un minuto en pedirlo y menos tardaron en traerlo.

Me tiré sobre el sofá de la habitación, a su lado, con la mesa delante, la luz de la habitación era escasa para que facilitara el que se me pasara.

Llegó el desayuno y lo puso sobre la mesa, se sentó a mi lado y me tomé las pastillas con el zumo de naranja.

Eric estaba atento a mí en todo momento, pero yo me sentía mal, verdaderamente mal.

Me quedé dormida después del desayuno y a la hora del almuerzo me despertó delicadamente. Me había traído una sopa que fue a buscar a un restaurante y un poco de sushi que nos encantaba.

— Ni te escuché salir, siento haberte hecho perder el día — lo abracé en aquel sofá.

— No seas tonta, de verdad te lo digo, yo ya vi todo lo que tenía que ver de Seúl y mañana nos

vamos a Filipinas. Sabes que amo la playa, así que descansa hoy y no te preocupes por nada.

Volví a quedarme dormida hasta las ocho de la tarde, bueno no dormía totalmente, el dolor iba aminorando, pero yo necesitaba estar relajada y a oscuras.

— Creo que estoy nueva, con la resaca del día, pero mejor.

— Me alegro, preciosa. Date una ducha, te vendrá genial.

— Vale, si quieres salimos a cenar a la calle.

— Claro, como quieras, lo que más te apetezca — me abrazaba tocando mi pelo.

Me duché y salimos a la calle. Me agarró la mano y tuvo muchísimos momentos de cariño hacia mí. Bueno, todos los momentos... Él era así, cariñoso, atento y muy dispuesto, era un caballero de los pies a la cabeza.

Cenamos en un lugar precioso, nada especial, pero en el que lo tenían todo expuesto de película. En cualquier caso, sin ostentaciones, pues los precios eran bajos, pero daba gusto cenar allí.

Yo estaba como atontada, ya que las pastillas me dejaban en ese estado tan peculiar. Eric lo notaba, pues iba a mi ritmo. Me hablaba con tranquilidad, con paciencia y me prodigaba muchas caricias en la mano por encima de la mesa.

De allí nos fuimos a pasear un rato, ya que habíamos pasado el día en la habitación, salvo el momento en el que él salió a comprar la comida.

La noche en Seúl me encantaba, llena de vida, pero todo tan impecable y sobrio que me llamaba la atención. La gente era de lo más educada, nada de bullicio ni de voces altas, era armonía la que se palpaba en todos los rincones.

Regresamos al hotel sobre las doce de la noche. Me reí, pues entré al ascensor justo cuando un trabajador le habló a Eric y se cerraron las puertas dejándolo solo, así que subí y lo esperé en la habitación.

Cuando subió me miró aguantando la risa.

— Pensé que volvías a huir de mi vida — rio.

— Si, eso intenté, pero veo que no hay forma — reí abrazándolo mientras lloraba de la carcajada que me había producido.

— Y encima te cambiaste ya y todo, anda que te quedaste preocupada — negaba.

— ¿Yo? ¿Preocupada? Ni que estuvieras en manos de los norcoreanos — negué riendo.

— Norcoreano te voy a dar yo — agarró mi cara y me besó.

El vuelo del día siguiente salía a primerísima hora de la mañana, así que dejamos todo bien recogido y nos acostamos entre abrazos y besos, pero aún no llegamos a nada. Me daba rabia que hubiera algo que me frenara a ello, pero tampoco podía evitarlo.

Me quedé tirada en su pecho y me vino a la mente todo lo vivido desde que lo conocí, junto a sus amigos, y pusieron patas arriba mi vida. No entendía cómo de la noche a la mañana todo había cambiado con Nelson, cómo fue comportándose diferente y cómo me pidió que me fuera de su casa, esa que era nuestro nido matrimonial.

## Capítulo 8

A las ocho de la mañana ya habíamos abordado el vuelo que nos llevaría a la Isla de Filipinas. El trayecto lo pasamos durmiendo, desde luego que falta de sueño no teníamos.

Allí nos recogió un coche privado del hotel en el que nos alojaríamos, una maravilla frente al mar de aguas turquesas, cristalinas, en un entorno envidiable. Era incluso mejor que en el que estuvimos en las Maldivas.

Nuestra habitación era independiente, como un bungalow mirando al mar desde un acantilado pequeño, con acceso directo a la playa privada del hotel que abarcaba arriba de esa cala.

El bungalow era diáfano, amplio, con una vista increíble a esas aguas. Una preciosidad, provista de una terraza con un *jacuzzi* rodeado de rocas, una pasada, además de una cama amplia de jardín y una mesa de madera alargada con unas banquetas a cada lado, que ocupaban el largo de la mesa.

Yo estaba alucinando y disfrutando de la copa de vino blanco que nos habían puesto sobre esa mesa, con una botella en un cubo de hielo.

— Yo me muero aquí, me quedo a vivir — dije, observándolo todo.

— Es una maravilla de esas que no te esperas — me agarró por detrás y besó mi cuello.

— Hay tantas cosas que uno no se espera — sonreí mirando al mar y recordando cuando apareció en el avión y me sorprendió gratamente.

Entramos y colocamos todas las prendas en la barra, en las baldas del armario y en sus cajones. En este hotel sí lo sacamos todo, nos pusimos los bañadores y salimos a la terraza, que era un auténtico deleite para la vista. A pesar de que desde dentro la vista era la misma, sentirla en libertad la hacía más espectacular.

Me senté sobre la mesa con los ojos puestos en esas aguas, con los pies en el taburete y la copa en la mano. Eric a mi lado de la misma manera, con su bañador y yo con mi bikini. En ese entorno la ropa sobraba, eso era lo que nos gustaba, el mar, el sol y el relax que nos regalaba aquel rincón del sur de Filipinas.

— Qué maravilla — mi mirada estaba incrustada en ese mar azulino que se veía impresionante desde esa altura.

— Es una pasada, si señor — me agarró por la cintura y puso su copa al lado.

Se echó más hacia atrás y me hizo un gesto con sus manos para que me sentara delante de él. Lo hice y me rodeó con sus manos, mientras sujetaba su copa, yo la mía, su cara apoyada en mi hombro.

— Joder, esta situación, entorno y vino ponen caliente a cualquiera — dije provocando una carcajada en él que no tardó en contagiarme.

— Si te digo que estaba pensando algo parecido...

— Entonces no soy la única con la mente sucia.

— Obvio que no, pero de todas formas creo que hay solución para todo — carraspeó.

— Ya te digo, el caso es tener valor para hacerlo — reí.

— ¿Qué te frena? — su tono fue cariñoso.

— Me siento culpable por todo, es la verdad, hasta por estar aquí contigo — me sinceré.

— Pero no le debes nada a nadie, debes pensar en ti. Estoy seguro de que estas frenando el hacerlo, a pesar de desearlo.

— Es así, ojalá no sintiera esta culpabilidad. No sabes el bien que me hizo verte en ese avión, no sabes cómo has levantado mi vida. Estaba por los suelos, huyendo de ese dolor que iría conmigo a cualquier parte, que eché en la maleta sin darme cuenta, pero contigo fue todo diferente, más liviano, más divertido. Me sacaste sonrisas que no esperaba que se dibujaran en mi cara tan pronto.

— Te han hecho daño, no te mereces estar así y reprimir lo que sientes, no fuiste tú quien lo dejó y no fue él quien actuó con sinceridad.

— Ya, es que debería hasta de odiarle.

— No conoces ese sentimiento, pero sí deberías dejarlo a un lado y mirar por ti, no perderte todo aquello que te brinda la vida y que estás dejando pasar por esa culpabilidad que no te pertenece.

— ¿Me estás diciendo que follemos?

— ¿Te apetece? — preguntó riendo.

— A mí desde que te vi en el avión — solté una carcajada.

— A mí todos los días desde que te conocí.

— Joder, pues sí que debes llevar calentitos los huevos — se me cayó hasta la copa al suelo del ataque de risa que me dio. Y lo mejor de todo es que cayó sobre el césped, de forma que ni se rompió.

— No lo sabes bien, estoy a punto de reventar — bromeó en un tono que no estaba acostumbrada en él, me moría de la risa.

Nos quedamos así un buen rato, luego llenamos las copas y nos fuimos al *jacuzzi* que estaba llamándonos a gritos, además me encendí un cigarro para fumármelo en él.

Me senté en un escalón de su interior y Eric en otro frente a mí, quedábamos de lado al mar, aquello era impresionante. Había puesto música en mi móvil, lo suyo era animar el ambiente.

Eric puso su copa a un lado del borde del *jacuzzi* y comenzó a hacerme un masaje en las piernas ¡Bendito masaje!

Estaba sonando la música de un puertorriqueño llamado Romeo, un tema que era de lo más bonito y que hacía más idílico todo aquello.

Ese masaje sí que me daba vida, me encantaba cómo tocaba mis gemelos y mis pies, mientras me miraba con esa sonrisa que hacía que me derritiera por completo al mismo tiempo que tomaba aquel vino.

— ¿Te imaginas quedarte aquí un mes?

— ¿Contigo? Me imagino toda la vida, aquí, los dos solos, lo veo, lo veo — me hizo un guiño.

— ¿Toda la vida aquí sin mi hermano? Me niego — reí.

— Ya vendrían a vernos — sonreía mientras seguía con ese masaje que me estaba dejando de lo más relajada.

— Qué tierno — le saqué la lengua bromeando y se echó hacia adelante poniéndose sobre mí y abrazándose.

Dejé mi copa a un lado y nos besamos apasionadamente, algo me decía que ya era hora de dejarme llevar y que no lo frenaría absolutamente nada.

Además, me moría por perderme en él, esa era la realidad, ya bastaba de poner barreras ante algo que los dos sentíamos y deseábamos en ese preciso instante.

Estuvimos un rato así entre arrumacos y luego nos tumbamos en la cama exterior.

Estaba boca arriba y Eric de lado con su pierna sobre mí, su mano acariciaba mi barriga mientras me miraba sonriente y levantaba su ceja. Yo sonreía como una niña pequeña que estaba deseando comer su helado favorito.

Deshizo el nudo delantero de la parte de arriba de mi bikini, que no tenía tirantes, y me quedé con los pechos al aire. Los miró con deseo y no tardó en comenzar a lamerlos, mientras quitaba los lazos de mi parte de bajo, dejándome desnuda ante él.

Un gemido salió de mi boca, ya estaba como una moto de excitada, él iba con calma y yo pedía a gritos contenidos que lo hiciera ya, sin dejar nada.

Fue bajando mientras me besaba hasta colocarse en medio de mis piernas, flexioné mis rodillas y abrió mis piernas.

Besaba mis partes mientras las tocaba y lamía, introducía su lengua, los dedos, acariciaba con

círculos mi clítoris y me llevaba a ese momento donde me ponía en tensión y recibía aquel tan ansiado orgasmo que deseaba de su mano.

No tardé en reponerme y sentarme encima de él. Comencé a moverme sintiendo ese miembro que tanto placer me proporcionaba, mirándonos a la cara, con gestos de placer absoluto. Volví a sentirme llena con Eric, a recordar esos momentos que pasé junto a él.

Terminamos fundidos en un abrazo, con su cabeza sobre mi hombro y con el olor de su piel, ese que hacía que me sintiera en el lugar correcto, con la persona idónea y con mi corazón de nuevo lleno.

Nos vestimos y pedimos que nos trajeran la comida al bungalow. Habíamos elegido dos chuletones a la barbacoa con patatas fritas. Necesitábamos coger fuerzas, éramos conscientes de que iban a ser tres días de lo más movidos y excitantes.

La vida me iba a sonreír, lo sabía, además mis perfiles se acrecentaban por momentos, las firmas me solicitaban y tenía una larga lista de espera. No podía irme mejor en lo laboral, en esa parcela que tanto amaba y adoraba.

Tras la comida nos fuimos a dormir un rato, abrazados, cómo no, era nuestro momento y sobre todo el punto de partida para dejar volar a nuestros corazones, esos que habíamos frenado en la anterior parte del viaje.

Nos despertamos por la tarde y vuelta a un momento de lo más erótico, sensual y divertido, pues hasta eso lo podía ocasionar él. Me encantaba sentirme a su merced, en sus manos, a lo que le iba surgiendo. Follaba de muerte, era indiscutible, además de ser de lo más atractivo y excitante.

Esa noche cenamos en un restaurante del *resort*, estaba precioso, lleno de velas, antorchas, en medio de ese paraje. La mitad miraba al mar y la otra mitad a una bonita montaña, aquello era un auténtico regalo para la vista.

Pedimos una botella de vino para la cena y disfrutamos de un baile típico de unas chicas autóctonas. Vaya un entorno alucinante, era imposible no disfrutar de cuanto nos rodeaba y ofrecían.

— ¿Qué te contó tu padre? — preguntó por la llamada que había recibido por WhatsApp unos

minutos antes de llegar al restaurante.

— Que Alan está todo el día riendo, que crece por momentos — reí.

— Ya lo vi en la foto que te envió hoy, en comparación con la del otro día.

— Es fascinante, mi bebé, qué ganas de abrazarlo.

— Es increíble la diferencia de edad entre vosotros — sonrió.

— Ya ves, cuando salga de marcha ya estoy yo casi retirándome.

— Más o menos como la diferencia entre tu padre y tú...

— Más o menos — reí — Aunque mi padre tiene más marcha que yo.

— Eso no lo dudo, no veas cómo aguantó él tío en las Maldivas — rio recordando ese viaje por mi boda con Nelson.

— Vaya boda más diversa — recordé riendo.

— Yo estuve todo el tiempo planeando la desaparición de Nelson y dar yo él “sí quiero”, pero no hubo manera — bromeó.

— Haberlo hecho — reí.

— Bueno, no te creas, eso era para que me echaras de menos este tiempo, pero veo que no — carraspeó.

— ¿Crees que no pensaba en ti? ¿Piensas que cuando nos reuníamos no me hacías sentir cosquillas?

— No, no lo sabía — levantó la ceja.

— Tuve que elegir, no me arrepiento, creo que la vida dejó lo mejor para el final — le hice un guiño.

— Pase lo que pase, jamás permitiré que te vayas con otro hombre — agarró la mano por encima de la mesa.

— ¿Me estás prometiendo amor eterno? — pregunté riendo.

— Totalmente, no te quepa duda — me señaló con la copa.

— Una cosa, “¿Y el anillo pá cuándo?” — pregunté bromeando.

— Lo tendrás, en breve lo tendrás — adoptó un gesto enigmático que me hizo sentir algo en la barriga.

— Estaba bromeando — volteé los ojos.

— Pues yo no — carraspeó mientras cortaba el chuletón.

Y es que me moría con sus cosas, me hacía babear ¿Y si era el comienzo de algo para siempre? Me encantaría, esa era la verdad, me volvía a sentir tan feliz que no quería pensar en la posibilidad de terminar otra vez algo así con Eric.

Después de la cena nos fuimos a la habitación, allí nos desnudamos juguetones y lo hicimos en lo alto de la mesa que había dentro del bungalow. Yo sentada y él de pie frente a mí, me encantaba, me gustaba demasiado, ahora me tocaba pensar en que el pasado había quedado atrás y el presente lo tenía ante mí.

## Capítulo 9

Desperté y miré hacia fuera. Eric me sonreía desde el exterior sentado disfrutando de un café, sonreí negando con la cabeza y me metí en el baño antes de salir a pegarme un homenaje como desayuno.

— Buenos días, madrugador — le di un beso mientras tocaba mi nalga y me fui a sentarme frente a él.

— ¿Qué tal dormiste?

— Bien, a pierna suelta — le di un sorbo al café.

— Ya te vi, además debiste soñar que hiciste karate o algo así, pues me llevé varios derechazos — levantó la ceja.

— ¿En serio?

— Sí — rio — Por cierto, creo que llegó el momento, debo contarte algo que debes saber — su tono hizo que mi corazón se encogiera y agarró mi mano por encima de la mesa.

— Sorpréndeme — mi tono sonó tembloroso.

— Vayamos por partes, déjame llegar hasta el final ¿Vale?

— Claro.

— Esto pasó hace un mes... Me llamaron de la empresa de acompañantes, de la que yo estaba desligado, pues lo dejé cuando hice lo de las Maldivas.

— Ajá...

— Me dijeron que sabían que no quería hacer nada, pero que había una fiesta muy próxima, de tres días, en la que yo ya había estado precisamente con Nelson en alguna ocasión anterior.

— Sí — dije temblorosa.

— Me dijeron que el caché era muy alto y que Nelson había aceptado.

— ¿Cómo? — pregunté boquiabierta.

— Eso me chocó mucho, yo sabía que lo había dejado y que tú no lo ibas a permitir, así que por curiosidad y por ver qué estaba pasando acepté.

— ¿Y él fue?

— Sí y al verme se vino muy arriba, comenzó a decir que íbamos a follar tanto o más que la anterior vez y que te había dicho a ti que estaba en un trabajo fotográfico en Milán.

— Lo recuerdo...

— Pues bebimos y yo le tiré de la lengua. Me contó que estaba liado con alguna que otra chica de la red, ya te digo que estaba muy subido, se creía el mejor, como dando a entender que te tenía en casa a modo de trofeo, pero que su vida continuaba, sin perderse esas juergas...

— Qué mala persona — negué incrédula.

— Yo lo grabé todo, hasta las orgías en las que participó durante esos días, en los que no paró en ningún momento...

— Me da asco.

— Y fui yo el que ocasioné vuestra ruptura.

— No entiendo.

— Lo amenacé y le envié los vídeos. Le dije que o te contaba toda la verdad sobre las chicas con las que se había liado y tenía relación, además de lo de ese trabajo que había vuelto a aceptar, o que te dejara. Lo siento, pero no podía permitir que se siguiera riendo de la mujer que yo amaba — dijo con tono de dolor.

— No te sientas culpable, me provoca náuseas. Nelson no es la persona que yo creía, no es ese hombre que me ganó llenando mis oídos con un montón de planes futuros donde todo era felicidad.

— No te merecías alguien así.

— Ahora te digo una cosa — quise bromear — Esto me lo podrías haber contado en el vuelo de Londres a Tokio y ya llevaríamos unos polvos de ventaja — reí a pesar del dolor de saber tanto de golpe.

— No, no quería que eso fuera lo que motivara algo entre nosotros, quería que fueras tú, tus propios deseos de que lo hiciéramos, sin necesidad de información adicional alguna.

— Gracias, Eric y perdona por lo gilipollas que fui al escogerle — se me saltaron las lágrimas y vino a sentarse a mi lado.

— Si lloras por el pasado te juro que me enfado, hiciste lo que tu corazón te dictó en ese momento y el corazón la caga muchas veces. Lo bueno es que al menos no te quedaste con las ganas, lo que él hizo te vale de lección, para estar más alerta.

— Sí, tienes razón — lo abracé y rompí a llorar para sacar todo el dolor que llevaba dentro de mí.

Maldito Nelson y maldita mi elección, aunque le diera la razón a lo que me decía Eric, me causaba repugnancia pensar que había estado viviendo con un hombre sin escrúpulos, que me amaba cero y al que le importaba una mierda. De lo contrario, hubiera tenido dignidad y no hubiera actuado así.

Seguimos desayunando, me invadió la tristeza, pero no por sentir por Nelson, ya me daba más asco que otra cosa. Aunque como persona lo quería, fuera ya de nuestra relación había pasado muchos buenos momentos a su lado, eso o que yo era gilipollas por esos sentimientos encontrados.

Pero ahora estaba junto a Eric que había sido todo un caballero y que se lo había echado todo a las espaldas, protegiéndome y estando ahí para levantarme de la caída sufrida por la presión que él mismo le metió con motivos a mi marido.

Mi marido.... Esa palabra sí que me ocasionaba repulsa.

Bajamos a la playa por esas escaleras de madera que nos llevaba directos a la cala desde nuestra cabaña.

El agua estaba perfecta, Eric se mostraba comprensivo con la tristeza que esa mañana se dibujaba en mi cara. Era difícil escuchar que tu marido se había tirado todo lo habido y por haber, además de seguir trabajando de acompañante. No solo eso, aprovechaba el trabajo para hacer más de las tuyas.

Había muy poca gente allí, era un *resort* ecológico muy exclusivo y en el que no se conocían las aglomeraciones, lo que nos permitía disfrutar del mar en su esplendor, los dos casi solos, a muchos metros alguna que otra persona más en el agua y unas cuatro en la orilla.

— Mañana nos vamos a ir a descubrir un poco la zona — me hizo un guiño y me pegó a él.

— Vale, pero hoy relax, tengo una tontaina en lo alto que no puedo con ella — me abrazó más fuerte.

— Chloe, es normal, pero tienes que soltar todo eso para avanzar y yo te acompañaré en todo momento en esa lucha por sacar lo feo que quedó dentro de ti — me besó y me eché a llorar de nuevo.

— Gracias, Eric, gracias.

Nos bañamos un rato y luego fuimos a tomar un coctel antes de comer a uno de los bares situado en los jardines.

Me iba animando, no quería caer de nuevo en las redes de la decepción, creía que era una de las más duras que podía vivir una persona y más si venía por parte de la persona que amabas, con la que te habías casado y con la que pensabas que ibas a vivir el resto de tu vida.

El coctel estaba delicioso, era granizado y tenía alcohol, un poco fuerte, pero con un toque afrutado que hacía de él una auténtica explosión de sabor.

Comimos en el restaurante. Era de servicio libre y te permitía pasearte, degustando todos los platos que habían elaborado, pillando lo que te llamara la atención. Decidimos prepararnos un

variado para probar, en el que incluimos todo lo que nos resultó apetecible.

La tarde la pasamos en la piscina, infinita, que además tenía un bar con una música, de lo más relajante, igual que el entorno, puro relax y paz.

Eric me miraba siempre con ojos de deseo y esa sonrisa que se le escapaba con mis miradas.

Resultaba tentador tenerlo cerca, muchísimo, daban ganas de estar todo el momento tocándolo, besándolo y abrazándolo. Bueno, realmente casi estábamos así, sentía que mi mundo era él, en esos momentos lo percibía como mi tabla de salvación, pero mi salvador no podía ser cualquiera, tenía que ser él y lo era.

Esa noche cenamos en la habitación, en la mesa exterior, bajo la luz de esa luna que alumbraba el mar haciendo de él un espectáculo.

Alquilamos una moto y nos fuimos a perdernos por ahí, me parecía de lo más emocionante y divertido, además ese país era una sorpresa constante.

Después aparcamos la moto y nos montamos en una barca que nos hizo un recorrido por unos manglares con casas a los lados, estábamos impresionados.

Filipinas no era un país turístico, eso lo hacía más bello y natural, todo lo que veíamos a nuestro paso por ese recorrido que hacíamos en la moto constituía un descubrimiento.

Entramos a una reserva privada para hacer *snorkel* y ver ese maravilloso fondo submarino en el que nos perdimos más de una hora, rodeados de la belleza que el mundo marino nos regalaba.

De allí nos fuimos a comer a un restaurante que encontramos en una de las playas que íbamos visitando en la isla.

Pedimos un gran pescado a la brasa, casi ocupaba toda la mesa, estaba delicioso, una maravilla para el paladar.

— ¿Qué te pasa? — le pregunté viendo su cara de placer mordisqueando aquel pescado.

— Lo mismo que a ti, un orgasmo gastronómico — rio.

— Ya veo que Filipinas es un orgasmo en muchos sentidos.

— Vamos a tener que volver rápidamente.

— Aún no nos hemos ido...

— ¿Y si nos quedamos un par de días más? — carraspeó.

— No me lo pensaría — reí.

Cuando volvimos al *resort* me comuniqué con la compañía aérea y no dudaron en cambiar el billete para dos días después, así que pedimos que nos trasladaran al día siguiente a Manila. Queríamos conocer la capital de la isla e hicimos una reserva a través de Internet, esa vez no pedí nada a los hoteles, deseaba decidirlo yo.

A la mañana siguiente nos llevaron a la capital y directos al alojamiento, de lo más exótico, en la ciudad. Contaba con una mezcla de lo más atrayente, en una de las zonas más seguras.

Paseamos antes de almorzar por los alrededores, no había mucho turismo como en los anteriores lugares que habíamos visitado en Tokio y Seúl. Nada que ver, tenía su atractivo, pero era muy diferente a lo anterior.

Ese día estaba nerviosa, más de lo que estaba antes de saber que íbamos a quedarnos en ese país algo más...

Me daba miedo, esa era la verdad, miedo a enfrentarme a una vuelta que difería bastante del momento en el que me fui, miedo a que algo enturbiara esa felicidad que los dos estábamos viviendo de nuevo. No me podía imaginar si también perdiera a Eric, no, además a Eric no podía ser, seguía manteniendo intactos los sentimientos que nacieron tres años atrás y algo me decía que el hombre de mi vida ya sería él.

Disfrutamos de un día diferente, relajado, reinaba el silencio entre nosotros, parecía como si él tuviera la misma sensación que yo.

Pasamos por delante de una joyería y tiró de mí hacia dentro. Pidió que le sacaran anillos y me

hizo escoger uno.

— Esto no tiene gracia — dije riendo, mientras miraba el que llevaba sobre el dedo.

— Claro que no, pero ya estoy harto de lo normal, de lo correcto, elige el que quiera y ya serás mi novia — aguantó la risa, mientras se cruzaba de brazos ante la sonrisa del joyero.

— El momento más romántico del mundo — volteé los ojos — me enamoré de este — dije mirándolo sobre mi dedo.

— Pues cóbramelo, se lo lleva puesto ya mi novia — le dijo en un perfecto inglés mientras el hombre sonreía, cogiendo la tarjeta para pasarla por el datáfono.

— Mucha suerte en esta nueva vida de compromiso — nos dijo el dependiente mientras nos daba el certificado y el justificante de pago.

— Alucino contigo — dije cuando salí de la joyería con el anillo puesto en mi dedo.

— ¿Y lo romántico que fue? — me echó la mano sobre el hombro y besó mi mejilla.

— Casi tengo un orgasmo de tanto amor — reí.

Y era verdad, así me sentía con él. Eric era puro amor y vida, me había devuelto la vida con esa sorpresa que me dio de ese modo tan inesperado.

Nos dedicamos a descubrir la ciudad, pateamos todo lo que nos interesaba ver y por la noche caímos rendidos, no sin antes hacer eso que tanto nos gustaba y que yo lo llamaba amor...

Al día siguiente salimos rumbo a Londres, cogidos de la mano en ese vuelo que sabíamos que nos llevaría de vuelta al lugar donde comenzaría a conocerse nuestra nueva historia de amor.

## Capítulo 10

Sin lugar a duda, la vuelta a Londres fue mucho más agradable con Eric de lo que hubiera sido de hacerla sola, como era mi intención inicial.

Según pisamos suelo londinense, cogimos un taxi. En ese momento, él volvió a la carga y yo es que me tronchaba de risa.

—Entonces, ¿no te apetece venir a mi casa hoy?

—Hoy no puedo, guapo, no insistas más. Te lo debo haber dicho como un millón de veces. Y eso tirando por corto—exageré.

—Bueno. Yo tenía que intentarlo ¿y si al millón y uno cambiabas de opinión?

—Imposible. Tengo que ir a ver a mi padre, que si no me va a desheredar...

—¡Dichoso dinero, es el que mueve el mundo! —me sacó la lengua y puso cara de niño malo total.

—En serio, no puedo. Ya sabes que es porque me apetece verlo, y al peque y a Amelie, claro.

—Ya lo sé. Si no fuera por eso, te raptaba o te decía que me adoptarás tú por un día, pero sé que no hay nada que hacer... Donde se pone el enano ese—se hizo el celoso con mi hermano—no se pone nadie.

—¡Hombre, claro! —reí—Lo adoro.

Entramos en bucle en una conversación que no iba a llevarnos a ninguna parte cuando ya estábamos en la puerta de mi casa.

—Señorita, aquí tiene sus maletas—se bajó a ayudarme e incluso le dijo al taxista que esperara y se empeñó en subirlas conmigo.

—Date prisa, que el taxímetro está corriendo—le sugerí.

—Que corra, me importa un huevo, no me pierdo este último beso—me dio uno, intenso y apasionado, en la misma puerta de mi apartamento y bajó.

No concretamos nada, pero sabíamos que no íbamos a tardar nada en vernos. Ya hablaríamos más tarde. Entre nosotros todo estaba fluyendo con mucha naturalidad.

Abrí la puerta del que volvía a ser mi hogar y noté una sensación muy distinta, reconfortante. Enseguida vinieron a mi mente los momentos tan amargos que había vivido allí en las últimas horas, antes de partir rumbo a mi aventura asiática. Era de locos. En cuestión de solo unos días, las heridas habían comenzado a cicatrizar a pasos agigantados.

Mentiría si dijera que la repugnante traición de Nelson ya no me dolía y que había pasado a la historia, pero lo que era innegable es que había vuelto mucho más recuperada. Y en esa recuperación tenía un papel clave Eric, ese que me había hecho recuperar la sonrisa en tiempo récord.

Metí las maletas en el dormitorio y me tumbé en el salón. Ya habíamos almorzado en el avión, de modo que me eché un rato. Me vendría fenomenal descansar un poco antes de ir a ver mi familia.

Cerré los ojos y a mi mente vinieron muchos de los momentos fascinantes que había vivido durante ese precioso viaje. Desde el mismo momento en el que apareció en el avión, para mi total sorpresa, hasta el que acabábamos de vivir en la puerta de mi casa, me había sentido en una nube con él.

A decir verdad, hacía tan solo unos minutos que lo había perdido de vista y ya lo echaba de menos. Estaba deseando que diera señales de vida y sabía que no tardaría en hacerlo. Efectivamente, no más de media hora transcurrió hasta que me llegó su precioso mensaje:

“Ya te empiezo a echar de menos, preciosa. Feliz tarde y nos vemos muy pronto”

Mi respuesta tampoco se hizo esperar:

“Yo también te echo de menos, guapo. Feliz tarde también”

Efectivamente, estaba en un momento de mi vida en el que, tras el palo de Nelson, necesitaba que Eric luchara por mí. Yo me dejaba llevar y estaba de lo más a gusto con él, pero me apetecía

mucho que se lo currara y que diera él los siguientes pasos.

De repente me eché a reír, vaya puñetera estaba hecha. Que se lo currara él decía, como si montarse en un avión rumbo a Asia sin ninguna pretensión inicial, solo por acompañarme, fuera moco de pavo. Y es que, al fin y al cabo, a él nadie le garantizaba que fuéramos a tener nada en aquel viaje y, aun así, no dudó en embarcarse.

Con esos bonitos pensamientos, debí quedarme frita. Abrí los ojos y pensé que era hora de tomar una ducha y salir para casa de mi padre.

Llegué y me recibió Amelie, con el pequeño Alan en brazos, que me echó los bracitos para que lo cogiera y por poco me lo como allí mismo.

—Pero gamberro, ¡si has crecido mucho estos días! —le sacaba la lengua y él carcajeaba.

—Tiene pasión contigo. Estaba llorando hasta hace un momento y ha sido verte y parece que se le ha alegrado el alma—me contaba su feliz mami.

—¡Si es que él sabe que su hermana se lo va a comer! —le hacía pedorretas en la barriga y ya es que se partía de risa.

—Pero bueno, ¿a quién tenemos aquí? —mi padre llegó a mi altura y me dio un abrazo enorme— Si es la viajera de mi hija mayor. No veas si tenía ganas de verte...

—Y yo a vosotros, papá, tengo muchas cosas que contaros.

—Y a juzgar por tu cara, yo diría que son buenas...

—Muy buenas—sonreí.

—Pues entonces, bien merecen ser contadas y escuchadas con un buen té—sugirió Amelie.

—¡Sabias palabras! —apunté.

Entre todos, pusimos en un momento la mesa, con té y pastas, y me dispuse a ponerlos al corriente.

—Lo primero que quiero que sepáis es que el viaje me ha venido fenomenal. Me ha servido para desconectar, para trabajar, para hacer turismo, para sanar y para...—hice una pausa antes de decirlo—para reencontrarme con una persona que había ocupado en el pasado un lugar en mi corazón y con la que estos días he vuelto a sentir aquella sensacional onda...

—Ya, ya, imagino quién es esa persona—la sonrisa de mi padre me indicó que sabía más de lo que yo pensaba y me quedé de piedra.

—¿En serio? —pregunté, mirando a Amelie, que también parecía confirmar las palabras de mi padre.

—Sí, hija. Sé que has estado con Eric.

—¡Papá! —me quedé un tanto alucinada por sus palabras.

—No me malinterpretes cariño. Sabes que no soy amigo de meterme en tus cosas. Es solo que...

—¿Qué? —pregunté poniendo los brazos en jarra a modo de regañina, en broma.

—Que tus primas me contaron lo que se les había ocurrido.

—¿Mis primas? Son mortales—negué con la cabeza.

—Sí, pero el caso es que las pobres, como ya la han liado tanto en otras ocasiones, en esta les daba hasta miedo...

—¿En serio?

—Sí, sí, quién las ha visto y quién las ve. Estaban deseando ayudarte, pero les daba pavor meter la pata y por eso recabaron mi opinión.

—Papá, a ti tampoco te reconozco, ¡mi padre de Celestina! —me eché a reír.

—Hombre, hija, no diría yo tanto... No me veo así, pero una ayudita...

—Ya, papi. Si además lo digo en broma, pero lo último que podía esperar es que tú estuvieras

detrás de un plan de estos.

—Pues mira, no se me hubiera ocurrido a mí llamar a ese muchacho, pero cuando tus primas me lo dijeron me pareció fenomenal.

—Ya, papi, pues sí que fue una gran idea. Sabes que iba con el chip de viajar sola, no me asustaba, todo lo contrario, pero tengo que reconocer que su compañía me ha venido de lujo...

—No me extraña, cariño. Ese chico te ha querido bien siempre...

—¿Tú piensas eso? —me encantaba escucharlo de alguien más. Después de tantas equivocaciones, sentía como que necesitaba un refuerzo en mis opiniones.

—Sí, hija, yo puedo parecer despistado, pero cuando estuvimos todos en Maldivas no se me pasó por alto la forma en la que te miraba...

¡Vaya con mi padre! Estaba claro que era un tipo inteligente. Y eso que él no tenía ni idea de aquel comentario final que me hizo Eric tras mi boda y que quedó para mí y para él.

—¿Tú también lo ves igual? —me dirigí a Amelie.

—Totalmente, Chloe. Yo también estaba al tanto de lo que iban a hacer tus primas y lo apoyé al cien por cien.

—Cielo santo, entonces la única que estaba en la inopia era yo... No me lo puedo creer...

Nos reímos mucho todos y les comenté los detalles de mi encuentro con Eric. Después les conté cómo se había desarrollado el viaje, obviando el tema de la intimidad, aunque ellos tontos no eran.

Estuvimos un buen rato mirando todas las fotos y ellos cogieron algunas ideas, quizás para hacer un viaje a los mismos lugares un poco más adelante.

—Bueno, Amelie, y eso por no contar que sé que te quedaste prendada del dormitorio de la lujuria en la casa de las Maldivas, cuando queráis me quedo unos días con mi hermano y para ya que os vais...

—¡No digas disparates, Chloe! —rio mi padre.

—¿Disparates, dices? Tenéis que ir papá, hay que coger ideas—bromeé, sacándole los colores.

Pasamos una tarde estupenda e insistieron en que me quedara a cenar. A decir verdad, no me apetecía demasiado meterme en casa sola, todavía estaba un poco sensible, de modo que me pareció una idea extraordinaria.

Incluso en un momento dado, decidimos dar un paseo antes de la hora de la cena por las inmediaciones de su casa, donde había un enorme parque, por el que estuvimos.

—Dejadme a mí el carrito un poco que no os voy a perder al niño, anda—les dije, para que pudieran ir un poco a su aire.

—Te lo agradezco—decía Amelie—Alan nos tiene locos, pero también se echa en falta un poco de intimidad.

—Pues venga, a lo vuestro—reiteré, mientras se cogían por la cintura e iban charlando de sus cosas, al mismo tiempo que yo le hacía monerías al salado de mi hermano, que no paraba de reír.

Después compartimos una animada cena en su casa, en la que me contaron que tenían planes para ese fin de semana con mi tío y Celine.

—Sí, sí, nos los vamos a llevar que están muy metidos en el tema de la boda de la boda de tus primas y los veo hasta estresados—me contaba mi padre.

—Eso pasa por hacer un bodorrio con cientos de invitados, ¿no os parece? —reí.

En ese momento pensé en lo distinta que sería a la boda que Nelson y yo celebramos en las Maldivas, que fue por todo lo alto, pero únicamente con los más íntimos.

Por unos instantes me asaltó la nostalgia e incluso ellos debieron darse cuenta, porque me quedé callada. Por mucho que Eric representara una nueva y gran ilusión en mi vida, la herida todavía estaba muy reciente.

Cambiamos rápidamente el tema y tocamos otros muchos, mientras observábamos embelesados a mi hermano, que no paraba de hacer monerías desde su cuquito para atraer nuestra atención.

Terminamos de cenar y me despedí.

De camino a casa pensé en que iba a ser la primera de muchas noches en la que dormiría sola. Me apetecía saber de Eric, pero no quería tomar la iniciativa. Miré el WhatsApp, y ¡me cachis! No había nada. Pensé que, con lo cansados que habíamos llegado, era posible que se hubiera quedado dormido.

Entré en casa y me dio un poquito de pena. Me sentí algo sola, aunque también era cierto que él bien insistió en que pasáramos el día juntos. Nada podía reprocharle. Abrí la cama y me metí en ella. Me encantaba aquel tacto suave de las sábanas sobre mi piel, aunque el contacto con el cuerpo de Eric del que había disfrutado en los últimos días sí que me podía.

Estaba intentando coger el sueño cuando sonó el teléfono. ¡¡¡Era él!!! Me hizo una ilusión enorme, creo que incluso me temblaron los dedos al descolgar.

—¿No creerías que me iba a dormir sin escucharte?

—Mas bien no quería creerlo—me sinceré.

—Por supuesto que no lo haría, ¿has pasado buena tarde?

—Muy buena, ¿y tú?

—No me puedo quejar, pero me faltabas tú, ¿cuándo vuelvo a verte?

—¿Te parece mañana por la tarde?

—Me parece, descansa cariño.

—Y tú, cielo. Hasta mañana.

Escuchar ese “cariño” de sus labios, me sabía a gloria. No tendríamos nada pactado ni lo necesitábamos. Lo único que sabía es que entre nosotros estaba volviendo a renacer un precioso sentimiento que quizá nunca debió morir, ¿o es que de hecho no llegó a hacerlo?



## Capítulo 11

Desperté con el maravilloso sonido de un WhatsApp de Eric, que iba camino del trabajo y me deseaba los buenos días. ¡Así daba gusto!

Ese mensaje supuso para mí un chute de adrenalina bestial, de modo que me desperecé y me puse a hacerme un café mientras pensaba en las muchas vueltas que daba la vida.

Abrí las redes y me tuve que reír. Algunas de mis seguidoras me comentaban que Alexa Parker, la *influencer* que me lo copiaba todo, acababa de anunciar próximo viaje a tierras asiáticas. ¿A qué me sonaría?

Esa tía era la originalidad en estado puro. Yo no sabía lo próximo que me iba a copiar. Realmente, me parecía patético y hasta me hacía gracia. No pensaba entrar en ninguna polémica. La que necesitaba promocionarse y a la que faltaban ideas era a ella. Si yo entraba en su juego, sería para beneficiarla y como que no me daba la gana.

Aquella mañana iría a ver a Paul y después comería con mis primas. Estaba deseando darles las gracias. Esta vez sí que me habían hecho un pedazo de favor y a sabiendas de ello, que era lo bonito del caso.

Me arreglé y me dispuse a dar un paseo, antes que nada. La mañana estaba espléndida e invitaba a salir. Pasé por un parque cercano y vi que acababan de colocar un cartel, anunciando un concierto de mi bachatero preferido, el que tocó en mi boda gracias a los chicos y cuya trayectoria era imparable.

No lo dudé. Me acerqué y me saqué un montón de *selfies* delante de los carteles. La composición de su concierto y mi imagen daría que hablar en las redes y de paso le haría promoción, aunque él no la necesitara, era una estrella rutilante.

Subí las fotos de inmediato, porque quedaron de lo más cuquis y enfilé para ver a Paul.

Llegué a su tienda y respiré al ver que no había ni rastro de obreros.

—¡Cielos, Paul! Pero ¿has visto esto? ¡¡Te ha quedado sensacional!!

—¡¡Mi niña!! ¡A mis brazos! ¿Te gusta el resultado?

—Pero ¿cómo no me va a gustar? Es espectacular. Te ha quedado de lujo, me fascina.

—Mi trabajo me ha costado, mira, mira—se echó mano a la cintura—Hasta los pantalones se me han quedado grandes. Esto ha sido horroroso. He pasado un calvario—se ponía la mano en la cabeza.

—¡No seas exagerado! —reí.

—¿Exagerado? Tengo anécdotas para escribir un libro. Si no he palmado de esta, ya no palmo. Ha sido horroroso, horroroso.

—¿Y Hugo? —eché un vistazo alrededor.

—Ya se ha incorporado a su trabajo. Se le han acabado las vacaciones. Por suerte, ha podido echarme un cable estos días, que ha estado libre, pero ¿y tú?

—Yo, ¿qué?

—Pues que mírate, vienes radiante. No sé lo que te noto, pero tú escondes algo—se me quedó mirando fijamente—¡Tú has follado, nena!

—Joder, Paul, ¡qué fino te ha quedado!

—Ni falta que hace, las cosas por su nombre y a ti te han dado lo tuyo, mi niña. Quiero detalles...

—A ver, se admiten apuestas...

—Espera que piense, ¿un asiático? Ay, nena, alguno se salva, pero a mí no me gustan para ti, parece que están todos estreñidos.

Lo dijo con esa parsimonia con la que decía él todas las cosas y que hacía que te tuvieras que reír a más poder, pues así era Paul.

—Frío, frío, es occidental y tú lo conoces.

—¿El canalla de Nelson ha vuelto a tocar a tu puerta? Mira que me dan ganas de atrincarlo por el pescuezo, al muy desgraciado. Dime que no ha vuelto a poner sus sucias garras sobre ti.

—No, no, tranquilo, ¡que te alteras muy pronto! No es nada de eso. Ha sido Eric.

—¿Eric? ¿Nuestro Eric? —la cara se le cambió al momento.

—El mismo que viste y calza.

—Eso ya me gusta más. Soy todo oídos—me soltó—Vámonos a tomar algo.

Nos sentamos en una terraza y pedimos unas cervezas con un aperitivo.

Le conté todo y es que no podía dejar de dar palmadas. Se puso nerviosito perdido y decía que era justo lo que Nelson se merecía y que además las cosas pasaban por algo y que había sucedido con la persona que más le podía fastidiar al que había sido mi marido.

—¿Tú crees?

—Totalmente y te voy a decir la razón. A él la petarda esa de la Brenda, con la que se ha ido, ni le va ni le viene. Para él es solo la novedad. Sin embargo, no es tonto y sabe que tú también estuviste muy colgada de Eric y que él sí puede hacerte feliz.

—No lo había pensado así.

—Pues claro, ¿y tú sabes en qué se traduce todo eso?

—Dime, que me estás ilustrando mucho, anda.

—Pues en un punto de no retorno, cielo. Cuando se entere, este va a saber que, para ti, a partir de ahora, como si se caga, y eso le va a picar tela, te lo digo yo.

—Bien pensado, yo no lo he hecho por eso, ni mucho menos, pero creo que he matado dos pájaros

de un tiro.

—Pues claro, cielo. Aísss, nuestras vidas se están convirtiendo en un sainete. Esto es como para hacer una serie, amiga.

Estuvimos hablando de una y mil cosas, aunque en realidad, de la parte más jugosa, su vida privada, no soltaba mucha prenda, el jodido.

—Oye, yo te cuento y tú no me cuentas, ¿esto cómo va? —adopté gesto de regañina.

—Ya sabrás, ya sabrás, todo a su debido tiempo. Y por cierto querida, hablando de todo, ni se te ocurra hacer planes para mañana por la noche. Has llegado justo a tiempo a Londres. Bueno, no es eso exactamente, ya he hecho yo porque te coincidiera aquí...

—¿Y eso? ¿Qué tenemos mañana por la noche?

—Tenemos una fiesta, en mi casa. Y no una fiesta cualquiera, más bien es la madre de todas las fiestas. Y no puedes faltar, no hace falta que te lo diga.

—¿Y eso?

—Pues nada, que me apetece reunir a mis amigos, así como a lo más granado del mundo de la moda, que sabes que es la gente con la que me codeo y con muchos me llevo fenomenal.

—Pues gracias por avisarme con tiempo—me eché a reír.

—Todavía tienes más de veinticuatro horas por delante. Con menos tiempo te han avisado de otros saraos y allí has estado, así que ahora no digas ni media palabra. Te pones tus mejores galas y ¡a sacar a pasear esa bonita sonrisa!

—Vale, vale, ¡Qué estrés! Eso sí, me llevo a Eric—advertido quedas.

—Sí, sí, con él no había podido hablar estos días, ¡qué granuja! Como que estaba recorriendo el mundo contigo. Las chicas ya están avisadas...

—¿Te refieres a Jakeline y Andrea?

—Sí, sí, a ellas y a sus chicos, esos que tanto me ponen. Vaya macizos los mexicanos...

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —reí.

—Ah bueno, y tus primas también vienen, claro. Vamos, que lo vamos a pasar de escándalo. Prepárate que vamos a salir de allí a cuatro patas. Bueno, vais a salir los demás, que es mi casa. ¡Ay, ya no sé ni lo que digo!

La obra habría terminado, pero mi amigo seguía de lo más estresado. Yo creía que estaba abordando muchos frentes al mismo tiempo, pero él aseguraba que estaba en un momento increíble de su vida y que tenía que aprovechar su buena racha.

Nos despedimos y quedamos para la fiesta del día siguiente.

Me fui en busca de mis primas, que ya estaban sentadas cuando llegué.

—¡Chicas! —me acerqué a ellas y les di un enorme abrazo y un montón de besos.

—Por tu reacción debemos suponer que esta vez hemos acertado—rieron.

—Sí, jodidas, alguna vez teníais que hacer algo que Dios os pudiera agradecer—bromeé.

—Dios y tú, ¿no? Porque, a juzgar por tu cara, se te han pasado las penas, tú vienes de darte el lote, lo llevas escrito en la frente—empezaron a corear.

Joder, al final me lo iba a tener que creer y todo. Se ve que se me notaba de lejos.

Pasamos un estupendo almuerzo, en el que las puse al corriente de absolutamente todo y tras el cual nos despedimos, con la intención de vernos el día siguiente en la fiesta. ¡Yo no paraba! Vaya vuelta a Londres movidita.

Llegué a casa y ya tenía un mensaje de Eric diciéndome que quedábamos a las seis. ¡Menudo trajín! Cielo santo. Escribí a las chicas. Sí o sí necesitaba cita para el día siguiente, en el que nos íbamos de fiesta.

Esperé a Eric en el portal de mi bloque, a pie de calle. La cosa estaba muy clara, si dejaba que subiera, ya no saldríamos y, aunque llevaba todo el día en la calle, me apetecía mucho darme un garbeo con él.

—¿Se puede estar más guapa? Sube anda—me abrió la puerta del coche.

—¡Hola, cielo, tú también vienes para comerte!

—Empieza así y no vamos a ninguna parte. Subimos zumbando, advierto.

—¿Esto cómo va? ¿Tú puedes piropearme y yo a ti no?

—Va de que, yo no sé si tú podrás reprimir tus deseos, pero yo te aseguro que no, me pones demasiado...—colocó su mano en mis muslos, pues llevaba una minifalda, y me estremecí—  
¿Tienes claro que esta noche no vuelves?

—Tenía una ligera sospecha. Llevo ropa interior de repuesto en el bolso y algunas cosas de higiene, por lo que pudiera pasar—lo miré encantada.

Poca duda había de que a los dos nos pasaba lo mismo. Por Asia nos habíamos acostumbrado a estar juntos y ahora nos costaba separarnos. Pensé que, sin comerlo y sin beberlo, tenía unas horas de lo más intensas por delante.

Nos fuimos a tomar algo y lo de nuestras miradas era ya un auténtico festival, al que acompañaban nuestras manos, entrelazadas todo el tiempo.

Estuvimos disfrutando un par de horas del ambiente y del bullicio de la calle y, prácticamente a la vez, comenzamos a decir que nos apetecía retirarnos.

Llegamos a su casa y me dio una impresión buenísima. El de Eric era un precioso ático, situado en un lujoso edificio. Al entrar en él comprobé que era tipo *loft*. Se trataba de una amplia estancia diáfana, con la única separación del baño y la terraza. Estaba todo perfectamente en orden, con gran cantidad de detalles que salpicaban una decoración eminentemente industrial.

—¡Guauuuuu! Me encanta—solté.

—¿De veras? Créeme que no es una casa que suela dejar indiferente, a unos les gusta mucho y a otros nada.

—Pues yo soy de los primeros.

—Me alegra. Como ves, se nota la influencia de la música por todas partes...

—Es cierto—cantidad de detalles aludían al tema musical, del que vivía y que, aparte, era su pasión—¿Pones música? Ya que estamos hablando de eso...

—Por supuesto, música y una copa para la señorita.

Me puso la copa en la mano y, una a una, fue regulando las diferentes lámparas vintage de la estancia, de modo que nos quedamos con una luz tenue de lo más insinuante.

—¡Vaya chulada! Esto incita a...

—¿A esto?

Sin más, Eric metió su mano por debajo de mi falda, llegando a mi cavidad íntima, sin preámbulos...

—Eso es sutileza—me mordí el labio.

—¿Sutileza? No sabemos lo que es ni nos interesa—me respondió con aquella voz grave que tanto me ponía.

No le faltaba razón. Cuando poníamos juntos la maquinaria del sexo, juntos formábamos demasiado. Ardíamos al solo contacto de nuestras pieles.

—Esto también es sutileza—eché mano a su miembro a través de aquellos pantalones chinos, de fina tela, tras la que ya se transparentaba la dureza y proporciones que aquello que tanto me gustaba estaba alcanzando.

—¿Nos sobra todo o es cosa mía? —me miró con aquella sonrisa golfa de medio lado que tanto me ponía.

—Nos sobra—expulsé el aire.

La rapidez con la que ambos despojamos al otro de la ropa fue asombrosa.

—Quizá debería ir más lento, pero hoy no puedo, lo siento. Ya he comprobado todo lo que tenía que comprobar.

—¿Y eso es...?

—Que ardes igual que yo—murmuró mientras me cogía en brazos y me encajaba en sus caderas, al tiempo que yo le rodeaba la cintura con mis piernas.

Una intensa y profunda embestida y mis uñas arañaron su espalda. Mi humedad impregnaba su sexo mientras salía y entraba de forma sincronizada, primero lenta, después más rápida y, por último, salvajemente.

Comencé a chillar y él me alentaba.

—¡Esa es la música que ya llevaba horas queriendo oír! La más insinuante de las melodías. Grita para mí, Chloe.

—¿Los vecinos? —susurré a su oído.

—¡Me importan una mierda los vecinos! Si quieren aprender, que entren y miren...

—¿Ya estás sugiriendo público? —pregunté mientras sus increíbles embestidas volvían a hacerme chillar.

—Lo único que sugiero es que te corras. Córrete para mí, Chloe.

—¿Crees que decido cuándo me pasa?

—Creo que sí.

—No va así. No sé si llegaré—me encantaba picarlo en el sexo. Sabía cómo volverlo loco.

—Entonces, tendré que decidirlo yo—comenzó a moverse todavía con más fuerza y yo creía que la bestial entrada de su miembro, a toda velocidad, me haría desmayar.

—¿Y ahora? ¿Crees que podrás correrte? —puso sus dedos sobre mi clítoris mientras ahogaba mis gritos con intensos besos.

Alcancé el clímax chillando en su garganta, gritando como si no hubiera mañana, que aquel sexo me llevaba al límite y que quería más.

—¿Quieres más? ¿Eso es lo que has dicho?

Dejó caer mi cabeza en el sofá, mientras mi cuerpo, ligeramente levantado, seguía la dirección de su implacable miembro. Antes de que pudiera reaccionar, volvió a dar un suave toque en mi cada vez más inflamado clítoris, llamando a un nuevo orgasmo que no tardó en acudir.

Mientras me corría, noté cómo, la forma en la que mi vagina lo estrangulaba en mi interior, comenzó a excitarlo hasta provocarle también un brutal orgasmo que le hizo vaciarse en mí.

Exhaustos, caímos el uno sobre el otro. Fue el inicio de una noche muy larga en el que las risas, la complicidad y el mejor de los sexos hicieron que viéramos pasar las horas sin visos de dormir. Una sola noche separados bastó para que decidiéramos devorarnos sin prestar atención al reloj. Ambos queríamos más y se notaba.

## Capítulo 12

Eric ya se había levantado cuando abrí los ojos. ¿Se podía ser más sigiloso? Lo más grande era que, al tratarse de una estancia diáfana, la cocina estaba integrada y él ya estaba allí, cafetera en mano y yo sin enterarme de absolutamente nada.

—¡Hola, guapo! —llegué a su altura tras ponerme la camiseta que llevaba la tarde anterior y unas bragas.

—¡Hola, cielo! Te preguntaría cómo has dormido, pero sería un mero formalismo—se echó a reír.

—Sí, he dormido profundamente. Creo que provocas en mí un efecto balsámico.

—¿Sí? Eso me gusta, me gusta—puso un café en mi mano y me indicó que me sentara en la mesa.

Pero yo estaba juguetona y quería provocarlo. De un salto, me subí en la encimera y abrí ligeramente mis piernas, exponiéndome ante él.

—¡A la mierda el café! —se levantó precipitadamente.

—¿Es de granito la encimera? Está un poco fría—lancé un gemido.

—La encimera no sé. Esto sí es de granito—me acercó su miembro, duro a reventar.

—Y, además, está caliente...

—No sabes tú cuánto...

Me bajó de la encimera y me dio la vuelta. Mientras con una mano me despojaba de la camiseta, con la otra lo hacía de las bragas. Una mano a mis senos, que pellizcaba con fuerza y otra a mi cadera, para dirigir el movimiento de una primera penetración, a la que sucederían otras muchas...

Fue la mejor música para estrenar una salvaje mañana en la que el estribillo lo pusieron nuestros

gemidos. De espaldas a él, noté su corrida, tras haber disfrutado yo también de un intenso orgasmo....

—No me mires con esa cara que ahora me tengo que ir—dije, mientras sirvió unos segundos cafés, pues los primeros se habían quedado helados.

—No te preocupes, yo también tengo asuntos que atender esta mañana. ¿Cómo pasas el día?

—Tengo que ir a la pelu y por la tarde me arreglaré tranquila en casa.

—Ok, paso por ti a las nueve.

—Quedamos en eso. Un beso.

Y detrás de ese beso, otro y detrás del otro, un montón más. La atracción era sublime, irresistible, inevitable...

Salí de su casa en dirección a la pelu de las chicas. Durante mi viaje, las había puesto al tanto de todo, al margen de que también lo sabían por sus chicos.

A lo tonto, eran ya las doce del mediodía, porque la noche había sido de aúpa y por la mañana se nos habían pegado las sábanas una barbaridad.

—¡Chloe, cielo! —corrieron a abrazarme y yo a ellas.

—¡Ganitas tenía de veros! Y a esta barriguita—toqué la de Andrea.

—Pues anda que nosotras de que nos cuentes...

—¿Almorzamos juntas?

—Claro, luego nos quedamos aquí y pedimos algo. Nos tienes que poner al día, pero bien...—A ver, a ver—me miraban.

—Ya sé lo que me vais a decir. Y sí, he follado, he follado—les dije en voz baja para que no se enteraran las clientas, pero antes de que lo dijeran ellas, porque aquello ya se había convertido en

*vox populi*. ¡Había que joderse!

—No hace falta que lo jures. Se te nota desde la puerta, cabrona.

Lo mío era como para mantenerlo en secreto, ¡la madre que me parió!

—A ti te hacen falta unas mechitas y...—Jakeline me iba mirando el pelo, mientras Andrea se iba fijando en mis manos y yo la veía decidiendo.

—Lo que os dé la real gana, hoy vengo dispuesta a dejarme hacer.

—Lo que hace un buen polvo—Andrea se dirigió a Jakeline.

—Jodida, ¿por qué no lo dices más alto? Si te parece pongo una pancarta en la calle...

—No hace falta, en la frente, lo llevas escrito en la frente...

¡Otra igual! ¿Se habrían puesto todos de acuerdo o de verdad se me notaba tanto?

Me dejé hacer y estaba encantada con mi cambio de look y con mis uñas, pues, dado que íbamos de fiesta, Andrea aplicó unos detalles brillantes sobre mi rojo pasión, al que yo no renunciaba ni a tiros.

—¡Por fin solas! —exclamó Jakeline cuando se fue la última clienta.

—¡Ya estás soltando por esa boca, capulla! Es muy fuerte—Andrea estaba de lo más teatrera.

—Sí que es fuerte sí...

—¡Y tanto! Como que al final nos veo celebrando una boda a tres, con los mexicanos—reía, haciéndose su película.

—Déjame de bodas, que ya he quedado yo hasta la punta del pelo de esas cuestiones—reí.

—Bueno, chica, pero tú no te cierras a nada, que la mancha de la mora con otra verde se quita—Jakeline y sus teorías.

—¡Que os den! Bueno a ti no sé, que con la barriguita...—miré a Andrea.

—Con la barriguita, ¿qué? Tengo a Andrés echando horas extras en la cama. El embarazo ha elevado mi libido.

—¿Más? ¿Eso es posible? —me puse bizca.

—Es, es, pero no te hagas la tonta que aquí la novedad es la tuya. Ya estás largando...

Las puse al día y las chicas estaban encantadas. Mientras, nos trajeron el almuerzo que habíamos encargado.

—Chicas, a mí esto me está trayendo unos recuerdos de las Maldivas que me están entrando sudores...—Andrea estaba como una moto.

—Y a mí...—reconoció Jakeline.

—A mí en el viaje también me ha pasado. Yo no sé qué clase de vida sexual teníamos antes de conocer a todos estos—reí.

—Ya no digas eso. Di qué clase de vida teníamos en general, porque yo es que ya, sin sexo a todas horas, no concibo nada—Andrea era la leche.

El rato con ellas se fue volando y es que más que mis amigas, las chicas eran ya como mis hermanas. Habíamos vivido demasiadas cosas juntas, ¡y de lo más intensas!

Después del almuerzo me fui para casa. La nochecita había sido un no parar y me apetecía echarme un rato para estar fresca en la fiesta. Estrenaría un vestido que me había hecho llegar una de mis firmas predilectas unos días antes de mi marcha a Asia, por lo que me había ahorrado una agotadora elección de última hora.

Antes de dormir leí y contesté un cariñoso mensaje de Eric. Estaba en todo. Desde luego que era un verdadero amor.

Llegó la hora de arreglarme y me lo tomé con tiempo. Puse música, me di una ducha y de fondo mi

admirado Elton John. Relax total.

Fue en ese momento cuando caí en que llevaba prácticamente todo el día sin acordarme de Nelson. ¿Era posible? Sin duda, porque había pasado. Posible, pero alucinante. Apenas podía creerlo. Era innegable que Eric había entrado en mi vida de nuevo con la fuerza de un ciclón.

Me maquillé con mimo. Me miraba al espejo y volvía a reconocer a la Chloe sonriente de siempre. Atrás quedaba aquella chica sombría en la que la traición de Nelson me convirtió durante unos días.

No era la primera fiesta organizada por Paul a la que acudía y yo sabía que la prensa se haría eco de ella, de modo que eché mano de todo mi arsenal de belleza para lucir lo más guapa posible. Aparte, tampoco lo iba a negar, se trataba del primer acto social al que acudía en compañía de Eric y me apetecía brillar con luz propia. Estaba realmente ilusionada.

Con el pelo y el maquillaje perfectos, me dispuse a subir en aquellas elegantísimas sandalias de pedrería que también me había hecho llegar una de las firmas de calzado más prestigiosas. Con mi fina pedicura, obra de Andrea, quedaban ideales. Tanto que me entretuve en sacarles una bonita y original foto que subir a las redes.

Me coloqué mi vestido. Largo y rojo, era una auténtica maravilla. Una pieza de colección elaborada en *georgette* elástico con encaje en el cuerpo. El drapeado de la fada causaba un efecto impresionante, al que también acompañaba su escote redondo con mangas francesas.

Mire el reloj e iban a dar las nueve. En cuestión de dos minutos, el mensaje de Eric me indicaba que ya estaba en la puerta. Noté que estaba nerviosa.

—¡No puede ser! —se bajó del coche para mirarme y su rostro reflejaba una emoción difícil de explicar.

—¡Tú también estás de infarto! —nunca lo había visto de esmoquin y lo cierto es que estaba para mojar pan.

Subimos a su coche y juntos nos bebimos las calles de Londres. Ante nosotros teníamos una noche única, que se nos antojaba memorable. En cierto modo y, aunque nada hubiéramos hablado, suponía nuestra presentación oficial como pareja. Es más, el hecho de que asistiera prensa al

evento, inmortalizaría la ocasión. Y nosotros estábamos dispuestos.

Llegamos a la fiesta y todos los ojos estaban puestos en Eric y en mí. Paul vino a nuestro encuentro.

—Cariño, muero contigo. De hecho, creo que he pasado a mejor vida, porque lo que tengo delante es un ángel. ¡¡Estás impresionante, Chloe!

—Gracias Paul, tú también estás guapísimo. Y en cuanto a la fiesta, no te digo nada, sabes que soy de las que defienden que no hay mejor anfitrión que tú. Por cierto, mira el regalito que te traigo— señalé a Eric.

—Ya lo he visto, ya. También vienes que quitas el hipo, por cierto. Bueno y ya hablaremos tú y yo. A la niña me la cuidas como se merece, ¿eh? Que yo por mi *influencer* favorita hago el pino puente.

—¡Chloe! —escuché a mis espaldas y parecía que todos se habían puesto de acuerdo. Allí estaban mis amigas con sus chicos y mis primas con los suyos.

—¡Cuánta belleza junta! —exclamé—mientras todos nos íbamos besando.

—Sí, pero la belleza de tu amiga viene esta noche que no veas de impertinente—Jakeline me lo dijo bajito en el oído.

—Os estoy escuchando. Estoy embarazada, no sorda—Andrea parecía cabreada.

—¿Qué te pasa? Cuéntame—le cogí la mano.

—Que no cabía en ningún vestido—su cara era de enfado total.

—Pero mujer, ya estás casi de cinco meses. No pretenderás estar como una sílfide.

—Ya, pero yo estoy acostumbrada a destacar y estoy negra...

—Dile tú algo, por Dios, que me la está pegando mortal—Andrés pedía socorro.

—Y encima, no te puedo ni emborrachar para que se te pase—solté.

—Eso tú anímame, dime también que no puedo beber—negaba ella con la cabeza.

Terminamos todos riendo. Un rato después ya éramos muchos los invitados que habíamos llegado y la fiesta estaba en su máximo. su apogeo. La gente lo estaba pasando fenomenal y los chicos de la prensa hacían su trabajo.

Algunos de ellos no dudaron en preguntarme por Nelson y por mi nuevo acompañante y yo esquivé las preguntas con la mejor de mis sonrisas y con la callada por respuesta. Todavía no me sentía preparada para hacer comentarios al respecto en público.

Como era de esperar, Paul lo tenía todo calculado al milímetro. Las bandejas con exquisiteces iban pasando por doquier, a ninguno nos faltaba una copa en la mano de los mejores vinos, la música era perfecta y la velada estaba resultando de lo más agradable y animada. Imposible ponerle una pega. Un nuevo éxito en manos de un anfitrión de diez.

En un momento dado pidió silencio a todos los presentes, comentando que tenía algo que anunciar. Prestamos la debida atención y enseguida me pareció que la noticia estaba cantada.

Hugo se acercó a él y ambos entrelazaron sus manos. Paul tomó la palabra.

—“Cariño, sabes que ya llevamos un tiempo juntos y no es la primera vez que te digo que eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Es más, si mi memoria no me falla, juraría que es lo último que te digo cada noche y lo primero que te repito cada mañana—provocó una risa en Hugo—Sé que a veces soy el tipo más impertinente del mundo, que todo me lo tomo a la tremenda, que soy un poquito hipocondríaco y que algunos días no me soporto ni yo, pero ya sabes lo que se dice de los genios y yo soy uno de ellos—provocó la risa de todos los presentes—Hoy he querido reunir aquí a nuestros amigos para hacerlos partícipes de lo que ya te he pedido en privado. Me quiero casar contigo y, en homenaje a ti, deseo que sea en tu bellísima tierra, en La Habana. Amigos, estáis todos invitados”.

Rompimos a aplaudir y a las chicas se nos cayó una lagrimilla. Acabábamos de vivir un momento emocionante donde lo hubiera. Se casaba uno de nuestros mejores amigos y estábamos exultantes de felicidad.

Todas las parejas nos cogimos de la mano en ese momento. Paul y Hugo vinieron hacia nosotros y

los colmamos de felicitaciones. Ya nos veíamos juntos, rumbo a La Habana, de la misma forma que ellos vinieron con nosotros a las Maldivas. Estábamos viviendo una noche realmente especial, en la que la dicha era la protagonista.

Llevados por la emotividad del momento, Eric se acercó y me dio un apasionado beso. Los demás nos miraron sonrientes. Yo me dejé llevar. A esas alturas no tenía nadie a quien rendirle cuentas, por lo que podía hacer de mi capa un sayo.

Cuando separamos nuestros labios, vimos las caras de aprobación de todos, que no podían estar más contentos de que estuviésemos juntos. Sin embargo, detrás de ellas, vi una cara que no esperaba, una cara que no reflejaba lo mismo que las demás, una cara que parecía absolutamente descompuesta por nuestro beso, ¡¡era la de Nelson!!

Yo debí quedar pálida como la cera, pues nuestros amigos miraron en la misma dirección que yo lo estaba haciendo, lo mismo que hizo Eric, y también lo vieron. Sin mediar palabra, Nelson salió de la fiesta al galope.

Quedé impactada. Era la última persona a la que esperaba encontrarme esa noche. Es más, él sabía perfectamente que yo acudiría a la fiesta de Paul y, dadas las circunstancias, no sabía a santo de qué deseaba propiciar un encuentro que, a todas luces, me parecía de lo más inoportuno.

Si he de ser sincera, la fiesta terminó para mí en ese momento. Ciertamente permanecimos allí durante un rato más, pero yo quedé tocada y hundida ante una visión que no entendía.

¿Por qué habría aparecido Nelson aun a sabiendas de que yo estaría allí? ¿Por qué vendría solo? ¿Por qué se aproximaría hasta nosotros hasta el punto de ver ese beso tan de cerca?

Aquella noche me quedé a dormir en casa de Eric y, aunque hicimos el amor, mi cuerpo iba por un lado y mi alma por otro. Eran muchos los interrogantes sin respuesta que tenía en mi cabeza.

En el silencio de la madrugada, pensé que, pese a que yo creía tenerlo superado, la aparición de Nelson me había afectado, y no poco. Me costó mucho conciliar el sueño, tumbada sobre el regazo de Eric, el hombre que me había devuelto la sonrisa y que ignoraba lo que pasaba por mi mente en esos momentos.

## Capítulo 13

El día amaneció y con él una sensación rara en mí. ¿Qué había pasado la noche pasada? No me lo podía quitar de la cabeza.

—¿Estás bien, mi niña? —Eric de tonto no tenía ni un pelo y enseguida se percató de que yo estaba extraña.

—No sé, es una sensación rara, pero no te preocupes, que ya se me pasará.

—Imagino por dónde viene. Fue algo raro. Es innegable, pero no te preocupes, preciosa.

—No, no me preocupo—lo estreché contra mí y entendí que no podía estar en mejor compañía, siempre tan atento, servicial y cariñoso, mi chico.

Pese a ello, fue una semana un tanto distinta, para qué negarlo. A pesar de que con Eric cada día fluían más las cosas, en determinados momentos recordaba la escena y me quedaba un poquito pillada.

En cierto modo, y aunque no debiera importarme un pimiento, sentía como si necesitara una última conversación con Nelson, en la que cerrara definitivamente ese capítulo de mi vida, para abrir con toda la ilusión e intensidad el nuevo que estaba viviendo con Eric.

Por suerte, no pasó demasiado tiempo, ya que en torno a una semana después me topé con él por la calle, o eso creía yo. De hecho, me confirmó que había estado recorriendo durante algunos días las zonas que yo solía frecuentar, para ver si nos encontrábamos.

Yo no podía entenderlo, porque para mí hubiera sido más sencillo que simplemente me hubiera llamado para quedar, pero me explicó que se le hacía demasiado complicado y que prefería hacerlo así, de un modo improvisado, abordándome cuando me viera.

Por otra parte, eso no me cuadraba demasiado con su proceder del último día, cuando apareció por la fiesta de Paul, pero él me comentó que necesitaba pedirme perdón, no para que volviera con él, sino porque sabía que había obrado mal. Y, por lo visto, esa noche había reunido fuerzas para tratar de que yo lo perdonara y, junto a mí, el resto de nuestros amigos.

Él tenía el pensamiento de que, pese a que nuestra relación estuviera ya rota, ambos habíamos ocupado un lugar importante en la vida del otro, y le apetecía que lo siguiéramos admitiendo en nuestro grupo, pero por lo visto se sentía muy avergonzado. Yo eso podía entenderlo, ¡cielos, había liado la de Dios!

—Pero hay una cosa que no entiendo Nelson, si hiciste el esfuerzo de ir hasta la fiesta para eso, ¿por qué saliste corriendo?

—Porque, aunque yo ya sabía que no era nadie para pedirte ninguna explicación, me quedé petrificado al ver cómo te besabas apasionadamente con Eric.

Era lógico, una cosa es que actuara como lo hizo y otra que no se le removiera absolutamente nada al ver mis labios fundidos con los de su antiguo rival y amigo, Eric. Al menos en eso demostraba un ápice de humanidad.

Al final, y aunque yo estaba dolida hasta la saciedad con él, valoré su valentía y le dije que tenía mi perdón y que contara también con el de nuestros amigos, pues los conocía bien, incluido el de Eric.

Curiosamente, a quien más le costó perdonarle, si es que realmente lo hizo, fue a nuestro amigo Paul, pues él decía que lo que me hicieran a mí, le dolía en sus propias carnes, era muy sentido. En cualquier caso, yo le dije que, si de verdad me quería, hiciera de tripas corazón y admitiera a Nelson en nuestro entorno, cosa que él aceptó.

He de reconocer que me fue mucho más fácil perdonar a Nelson gracias a que tenía la nueva ilusión de Eric en mi vida, pues mi relación me hacía feliz hasta decir basta. Con Eric todo iba a las mil maravillas y ya habíamos decidido que viviríamos juntos, pues no nos apetecía lo más mínimo separarnos por las noches. ¡Hubiera sido ridículo!

Las semanas fueron pasando de lo más plácidas, entre días increíblemente felices, plagados de salidas y de momentos impresionantes en casa, de esos que te hacen valorar las cosas más pequeñas de la vida.

En el ámbito familiar, se acercaba la gran boda doble, la de mis primas, a las que yo cada vez sentía más cercanas, y que recabaron mi opinión para multitud de detalles del enlace, entre ellos sus vestidos, que terminamos de perfilar entre las tres.

Y hablando de familia, el zalamero de mi hermano seguía ocupando uno de los lugares de honor en mi corazoncito y, por día que pasaba, estaba más mono. Llamar nuestra atracción era su pasatiempo favorito y el mío era comerme su preciosa cara a besos cada vez que lo veía.

Volviendo al tema estrella de la temporada, todos andábamos un poco alborotados con la boda, incluso mi padre, pero en particular mi tío, Celine, mis primas y sus chicos, que para eso eran los protagonistas.

Unos días antes del enlace, todo eran carreras, preparativos y llamadas cruzadas entre nosotras. Yo trataba de calmarlas y me hacía muchísima gracia comprobar que cada vez estaban más nerviosas.

—Primas, pero si ya lo tenemos todo bajo control, ¡no va a pasar nada malo! —solía reír.

—Eso nunca se sabe—contestaban ellas, hechas un manojito de nervios.

—Nada, nada a disfrutar que todo va a salir perfecto—les solía comentar yo.

Y más o menos tenía razón. Recuerdo que mantuve de nuevo aquella conversación con ellas el día antes de la boda y les tuve que dar la razón en que a veces las cosas no son blancas o negras, sino que puede haber medias tintas.

En aquella ocasión, eran unos nubarrones bastante oscuros los que amenazaban con arruinar nuestra gran cita. Yo quería ser positiva y pensar que se iban a ir por donde mismo habían venido, pero parecía que las previsiones meteorológicas no estaban de acuerdo conmigo. El destino tenía otros planes, y ante eso, poco podía hacer yo.

## Capítulo 14

—Eric, por lo que tú más quieras... Dime que no son truenos lo que estoy escuchando.

—Vayamos por partes amor. Lo que más quiero, eres tú y lo sabes, pero que eso son truenos, lo son—sonrió.

Me levanté de un salto y, ¡cielos! No daba crédito. Miré por la ventana y vi Mordor, ¡era todo oscuridad!

En ese momento sonó el teléfono y era Jenny.

—Prima, mi hermana y yo estamos que nos morimos. Nos va a dar algo. ¿Tú has visto la que está cayendo? ¿Cómo nos vamos a casar así?

—Chuzos de punta, prima, chuzos de punta, pero estoy segura de que en un rato el día va a estar maravilloso...

—Estamos muy nerviosas, prima. Mi hermana está atacada, tomándose una tila.

—Tranquilidad en las masas, en un rato estoy allí.

—Sí, por favor, vente ya, que nos va a dar algo...

—Venga, cojo todos los bártulos y vuelo.

Apenas había colgado cuando sonó el teléfono. Era Paul.

—Nena, ¿lo has visto? Es un jodido desastre... A mí me da algo si me ocurre lo mismo en mi día.

—No empieces a sufrir Paul y encima, puñetero, si tú te casas en La Habana, ¡el tuyo va a ser un día radiante!

—Dios te escuche Chloe, porque yo estoy atacadito de ver el plan de estas dos pobres, ¡se van a

poner como sopas!

—Anda ya, en nada va a abrir el día...

—¿Abrir? Tú espera. Por lo visto esto es un ciclón que ha entrado con toda la mala leche del mundo. Se espera que caiga la monumental a lo largo del día. Yo creo que ha sido el karma, por lo que te hicieron pasar en su día.

—¡Joder, Paul! Vaya pájaro de mal agüero que estás hecho. Y no digas eso, pobrecitas, que ya de eso hace mucho y ahora son un amor conmigo. ¿No tienes nada bueno que contarme? Que voy con prisa, hombre...

—Bueno sí, que voy a ir guapísimo. Hecho un pincel, ya me verás. Y mi *influencer* favorita, ¿cómo va a ir?

—A ti te lo voy a contar yo, anda petardo, tira—reí.

—Una cosa niña, que me está diciendo Hugo que les digas a Patty y a Jenny que “novia mojada, novia afortunada”.

—Se lo diré, pero no sé yo si eso las va a consolar mucho....

Colgué el teléfono y le di un beso a Eric.

—Cariño, mis primas están de infarto. Cojo todas mis cosas y me voy a casa de mi tío, que ellas salen de allí.

—Ok amor, te llevo.

Dios mío, yo era en ese momento una *influencer* a la carrera. Eché un vistazo a todo lo que tenía que llevarme. No me dejaba nada. O al menos eso creía.

Me bajé del coche y quedé con Eric en que me recogía a las doce. De otro modo, íbamos a ser demasiados en la casa y ya se sabe lo que se dice. “Cuanto menos bulto, más claridad”.

Entré y mis primas se echaron a mis brazos.

—¿No nos podía haber tocado un día como el tuyo, prima? —preguntó Jenny.

—Pues mira para lo que me ha servido. Mejor que hoy llueva y os dure toda la vida que lo mío, un día muy bonito y todo lo que queráis, pero duró un suspiro—reí porque a esas alturas ya era agua pasada.

Y hablando de agua, eso es que seguía cayendo a mares del cielo.

Tomamos un café con mi tío y Celine en la cocina. Ella tenía también un rollo extraordinario con mis primas y trataba de tranquilizarlas.

—Bueno chicas, ¿Quién quiere una boda convencional? La vuestra va a ser diferente...

—¡Y tan diferente! Tanto que vamos a llegar chorreando las dos...

—De eso nada, primas. No lo vamos a consentir. Ya buscaremos soluciones.

Llamé a Eric y le dije que se pusiera en contacto con Paul para ver dónde podíamos conseguir algunos bonitos paraguas para novias.

—No te preocupes, que yo me encargo de todo y luego os los llevo—era de lo más servicial. ¿Compro dos?

—Compra como doscientos, mi amor, porque está cayendo la más grande e igual tenemos que taparlas con más de uno.

—¿Qué le decías a Eric, prima?

—Nada, nada, que da la impresión de que llueve un poco menos... Hice como que me asomaba tras las cortinas. Un poco menos, ¡y una mierda!

Llamaron a la puerta y eran Andrea y Jakeline, que venían a arreglar a las chicas.

—Porque sois vosotras que, si no, andando salgo yo a arreglar una novia con esto—se señaló la barriguita, que ya era una barrigota.

—Venga, venga, no te hagas la víctima, que las vamos a poner preciosísimas—Jakeline venía muy animada.

Nos fuimos todas al antiguo dormitorio de mis primas, el que ocupaban en casa de mi tío cuando eran jóvenes, que era enorme. Allí estaríamos a gusto.

—Yo necesitaría algo fuerte para quitarme los nervios—Jenny no podía disimular.

—Y yo—Patty tenía también cara de preocupación.

—Si queréis llamamos a vuestros novios y que os echen dos buenos polvos—Andrea no tenía remedio.

—¿Tú sabes lo que nos vendría fenomenal ahora, hermana?

—¿Qué, Jenny?

—Un porrito para cada una, como aquellos que fumábamos en Jamaica.

—¡Anda, lo teníais muy calladito! —exclamé.

—Hombre claro, prima, a ver si te crees que solo has sido tú la que has hecho travesuras de viaje.

—Ella y nosotras querrás decir, ¿no? —Andrea siempre decía la última palabra.

Fue un momento gracioso, en el que a todas se nos quedó cara de bobas pensando en lo mucho que habíamos descubierto en nuestras andanzas por el mundo.

Andrea empezó a decir cosas de las suyas y, en un periquete, estábamos todas muertas de la risa y sin acordarnos de la lluvia.

Celine iba y venía continuamente y mi tío tenía vetado el acceso hasta que las chicas estuvieran listas.

Iba a ser un día muy emotivo para la familia en el que, además, como se casaban las dos, mi tío apadrinaría a Jenny y mi padre a Patty. Las madrinas serían las madres de sus chicos.

La mañana se desarrolló entre bromas y pasó volando. Yo a cada momento me asomaba a la ventana y no decía ni esta boca es mía, pero veía que se avecinaba el diluvio universal conforme iba llegando la hora de salir.

Mientras las chicas daban los últimos retoques a mis primas, yo me vestí, con la idea de ayudarlas después a ellas.

Al ser una boda de día, había elegido un vestido corto en crespón con mangas tipo farol y escote envolvente, en tonos pastel y con flor en el hombro, que remataba con una pabela en los mismos tonos. Era una auténtica preciosidad.

A todas les encantó y me dijeron que fuera un momento a que mi tío me sacara unas fotos para las redes. Eso hice.

Después, las cuatro, pues Celine se unió a nosotras en ese momento, las ayudamos a ponerse aquellos dos preciosísimos vestidos. Finalmente, se habían decantado por dos versiones de un mismo modelo, con falda corte princesa, que combinaban encaje y tul fluido y suave. Ambos se diferenciaban en los escotes, aunque presentaban idéntica espalda y llevaban un cuerpo de encaje de lo más romántico y femenino.

—¡Primas estáis realmente espectaculares! ¡Vais a dejar a vuestros chicos sentados de culo!

En ese momento llegó mi padre, que me dijo en bajito que cada vez caía más fuerte. Mi tío y él no paraban de piropoear a mis primas, que estaban guapísimas y de lo más combinadas entre sí.

La salida de su casa no suponía mayor problema, pues mi tío tenía garaje subterráneo y mis primas no tenían que pisar la calle.

Eric vino por mí y pasamos por Amelie y mi hermanito Alan.

—¡Pero mi vida, si estás hecho un caramelito! —flipé cuando lo vi.

—Pues el caramelito no se quería vestir y me la ha dado mortal—reía Amelie, quien tenía mucha paciencia con él, pero aquel día estaba de los nervios.

—¿Y eso, mi amor? —le preguntaba yo.

—Tú crees que te va a contestar, ¿verdad? —a Eric le hacía mucha gracia como yo le hablaba.

—Son los dientes que le están saliendo y pasa malas noches. Y luego durante el día está impertinente.

—¿Eres un pequeño impertinente como el tío Paul?

—¡No, por Dios! — Eric se echaba las manos a la cabeza—Como él no, que cada día está más paranoico, ¿no te parece?

—Es un encanto, pero se le va la pinza. No puede evitarlo, es muy excéntrico. Lo mejor es que Hugo lo lleva muy bien...

—Sí, tiene el cielo ganado—reímos todos.

—Bueno, Alan y tú tienes que portarte bien también o a tu mami se le van a quitar las ganas de darte un hermanito—la miré, buscándola.

—¿Un hermanito? Por Dios, que ya no tengo edad. Yo creo que ya lo que le pega es un primito. Ahí lo dejo...

Eric y yo nos miramos, ¡huy lo que nos había dicho!

Llegamos a la puerta de la iglesia y era innegable. El caos estaba servido. El coche de las novias, con mi padre y tío dentro, estaba aparcado, pero no había quien saliera de él.

—Yo llevo ahí los paraguas, aunque a mí entender, lo de menos es la lluvia, lo peor es el viento—comentaba Eric.

Y tenía razón. Era un viento huracanado que esparcía agua a diestro y siniestro. A todos nos dio la risa floja y no podíamos parar. Imaginábamos que en el coche de ellos estarían igual o peor. Los llamamos por teléfono.

—Primas, que dice Eric que, si lo necesitáis, va por dos trajes de buzo, pero que os casáis—reí

para animarlas.

—¡Ay, prima, que no sabemos si reír o llorar! — tenían puesto el manos libres y las escuchábamos histéricas. Al final también les dio la risa floja—Y, por cierto, ¿no ha venido nadie? Porque en la puerta no hay ni un alma...

—Pero hijas de mi vida, ¿quién se va a quedar en la puerta? Estarán todos dentro de la iglesia, ¿no te fastidia!

Quince minutos después estábamos en las mismas, comunicándonos todos con el interior de la iglesia por teléfono, con el oficiante desesperado.

—Hay que echar mano de la solución de emergencia—me miró Eric.

—¿A qué te refieres? ¿Abortamos la boda o metemos el coche en la iglesia?

—Lo de meter el coche no habría sido mala idea, de no ser por lo de las escalinatas, que no sé yo... No mujer, he pensado en todo. Se bajó con el paraguas y salió del maletero unos grandes plásticos, no sin antes llamar a algunos de los chicos para que vinieran a ayudarlo.

Y así fue, como bajo los plásticos, mis primas, mi padre y mi tío, llegaron intactos hasta la iglesia. Faltábamos Amelie, Alan y yo, por lo que los chicos, gentilmente, repitieron la operación.

Eso sí, los que terminaron completamente chorreando fueron ellos y, mientras se oficiaba la ceremonia, tuvieron que ir a cambiarse.

La ceremonia fue mi emotiva, podría decirse que doblemente emotiva. Mi tío y mi padre estaban también exultantes.

Hubo un momento especial cuando entonaron el “*si hay alguien que esté en contra de esta unión...*”, porque todos los que estuvieron en mi boda con Nelson me miraban, recordando el momento carraspeos. Fue de lo más divertido. Sentí esa sensación de que, a toro pasado, ya es fácil reírte de todo.

Paul y Hugo estaban de lo más implicados en la ceremonia. Se notaba que ellos eran los próximos y que ya estaban como muy metidos en el papel.

A la hora de darse el “*sí quiero*”, mi prima Jenny tuvo que repetir el suyo, porque a mi hermanito justo le dio por balbucear algo y lo hizo tan fuerte, que no se escuchó a la novia. ¡Anécdota al canto, no tenía otro momento para comenzar a hablar!

Yo me levanté y lo paseé un poco, distrayéndolo por la iglesia, mientras él me sonreía.

Por suerte, cuando la ceremonia terminó, nos asomamos y el tiempo había tenido a bien darnos una tregua. Finalmente, todo salió genial, ¡ya solo faltaba la fiesta!

Fue en ese momento cuando llegó un segundo coche, de estilo vintage, igual que el que había llevado a mis primas a la iglesia, para que cada pareja se fuera en uno.

Después de recibir todas las felicitaciones, mis primas se fundieron en un abrazo, del que no tardaron en hacerme partícipe. ¡Después de todo no podíamos vivir las unas sin las otras!

Llegamos al precioso palacete donde se celebraría. La de mis primas era una boda muy distinta a lo que fue la mía. La de ellas era una boda multitudinaria, celebrada en uno de los escenarios más *chic* de Londres.

La decoración resumaba elegancia, en un ambiente ideal dominado por la exquisita combinación de espejos, candelabros, flores blancas, velas y mantelerías. Mis primas apostaron por un estilo atemporal que supuso todo un acierto.

Nos sentamos en una mesa todos los amigos. Andrea y Jakeline con Andrés y Osvaldo, Paul con Hugo, Megan con Peter y Eric conmigo. Antes de que sirvieran el primer plato, nos hicimos una foto y se la enviamos a Alex y a Carolina, que estaban en Menorca. Enseguida nos sugirieron que nos cogiéramos una buena borrachera por ellos.

—Yo no concibo una boda sin beber—decía Andrea, poniéndose las manos en la cabeza.

—Cariño, no te preocupes, que yo me lo bebo todo por ti—a Andrés le encantaba provocarla y ya eran ganas.

—¿Sí? Pues sabes que te digo, que cuando el niño tenga unos mesecitos te lo voy a dejar un fin de semana entero, por gracioso. Y me voy a ir con las chicas a cogerme la borrachera del siglo.

—¡Yo me apunto! —levantó Megan la mano la primera.

Nos quedamos todos mirándonos, un poco asombrados y nos echamos a reír.

—Culpa vuestra—nos señaló Peter—Me la habéis pervertido. Está desconocida. Me la habéis cambiado...

—Yo también me apunto dijo Jakeline.

—Y yo no voy a ser menos—lo tenía claro.

—Menudo peligro que debéis tener todas juntas por ahí—soltó Andrés.

—Claro, no como vosotros, que siempre habéis sido unas hermanitas de la caridad...

Lo estábamos pasando sensacional. El momento de lanzar los ramos fue muy especial, porque mis primas dijeron en el último momento que no los lanzaban, que sus ramos tenían dueños.

Y así fue como Jenny le entregó el suyo a Paul y Patty hizo lo propio con Hugo.

Paul no pudo evitarlo y las lágrimas resbalaron por sus mejillas mientras se abrazaba a mis primas.

—No me lo pongáis más sensible que al final lo voy a tener que recoger con una cucharilla, está hecho un flan—Hugo tenía más paciencia que Jobs.

A la hora del baile, comenzó el típico desmadre de siempre que nos juntábamos. Las copas iban y venían y la cara de Andrea era un auténtico poema, pero pese a eso lo estaba pasando sensacional, lo que pasaba es que si no se quejaba no era ella.

Paul y Hugo la estaban liando parda y Megan y Peter les seguían todas las bromas. Al final, el formalito de Peter se nos estaba dando también la vuelta como un calcetín.

Los ya maridos de mis primas también estaban que se salían del pellejo y de lo más simpáticos.

La música era muy variada y, en un momento dado, mis primas subieron al escenario para proponer un duelo musical, chicos contra chicas, que fue la monda.

Nos lo pasamos archifenomenal porque lo dimos todos y el jurado, compuesto por el resto de invitados, lo dejó en tablas.

De tanto baile, tuvimos un susto porque Andrea notó algo, que parecían ser unas contracciones y, como todavía no había llegado el momento, nos dejó helados.

La sentamos en una silla y Andrés decía que se le había pasado toda la borrachera de golpe, vaya, que se había acojonado vivo.

—Nena, nena, tú tranquilita que ya te veía dando a luz aquí y a mí me da un síncope—Paul la cogía por el brazo.

—Sí, sí, tú eres como para parir—se reía ella.

—¿Yo? La naturaleza sabe muy bien lo que hace, porque yo me veo con una barriga y me tiro por la azotea, ¡qué miedo! —no paraba él de gesticular.

Eric y yo mirábamos a nuestro alrededor encantados, y él me abrazaba. Era impresionante cómo cambiaban las tornas en tan poco tiempo. Hicimos alguna referencia al día de mi boda, fue inevitable.

—Yo cuando vi la dichosa fotito del bombón que le pasaste a Nelson, maldije en arameo, me puso malo para todo el día—reía.

—¡Y anda que te faltó tiempo para contestar!

—Oye, yo me dejé caer, ¿y si hubieses cambiado de opinión en el último momento?

—No te creas que no hubo momentos de ese viaje que me dieron un buen pellizco—le guiñé el ojo.

—¿Un pellizco así? —me dio uno fuerte en el culo.

—Estate quieto, que me pones...

—Eso es lo que quiero...

Empezamos a bailar una canción lenta, de lo más cercanos, casi podíamos sincronizar el latido de nuestros corazones, éramos felices y lo notábamos a cada momento, nos habíamos convertido en uno solo...

La fiesta se prolongó hasta altas horas de la madrugada, si bien hasta el final solo nos quedamos los jóvenes, con mil copas de más y unas ganas de pasarlo bien impresionantes.

Después del susto inicial del día, todo fue como la seda. Antes de irnos, mis primas me dieron una y mil veces las gracias por la ayuda que les había prestado para que su gran día fuera perfecto, cosa que yo hice encantada.

Eric y yo nos despedimos de ellas deseándoles la más ardiente de las noches, una como la que nosotros estábamos a punto de vivir. Y es que, si cualquier día hervíamos, lo cerquita que estuvimos bailando aquel durante horas hizo de nuestros cuerpos uno, tan pronto como llegamos a casa.

## Capítulo 15

Desde luego que en el grupo no salíamos de un sarao y ya estábamos inmersos en otro. Después de la preciosa boda de mis primas que, pese a lo complicado del comienzo del día, terminó saliendo de dulce ¡¡Ya estábamos preparando la siguiente!

Paul y Hugo se casaban en Cuba esas Navidades y los del grupo decíamos que la auténtica revolución cubana iba a tener lugar cuando nosotros pusiéramos un pie allí.

Fueron unos meses preciosos en los que mi relación con Eric se afianzó al máximo. Nuestro día a día era encantador y el capítulo de Nelson lo di definitivamente por zanjado. ¿Quién se acordaba? No, en serio. Tampoco quería olvidar los muchos momentos buenos que viví con él y no le guardaba el más mínimo rencor.

Es más, él había comenzado a acudir a algunas de nuestras reuniones y los chicos lo trataban como a uno más. Tanto era así que Paul y Hugo lo invitaron a su boda.

El día que lo hicieron fue desternillante, porque en realidad Paul lo hacía por mí y como que le entregó la invitación a regañadientes. Extendió la mano para dársela sin parecer nada convencido y daba la sensación de que se la iba a quitar en cualquier momento para salir corriendo, ¡era la monda!

Casi que Hugo tuvo que darle un empujoncito para que la soltara y Paul que no terminaba de hacerlo.

Nelson me miraba como diciendo que aquello era el colmo del surrealismo y yo negaba con la cabeza, muerta de la risa, como indicándole que eso se lo había ganado a pulso por golfo. Lo que no pasara en mi grupo de amigos, no pasaba en ningún sitio.

Nosotros no perdíamos la oportunidad de reunirnos, como siempre lo habíamos hecho, y cada vez nos alegraba más ver que todas las parejas dábamos pasos para adelante. El único que estaba solo era Nelson, pero, aparte de que se le estaba bien empleado, ese disfrutaba en aquellos momentos de una soltería que había buscado y con la que estaba encantado.

Tanto me aficioné a las bodas que no paraba de darles la lata a mi padre y a Amelie para que se

casaran también, cosa que ellos no descartaban en absoluto. Mis primas hacían lo mismo con mi tío y con Celine, de modo que, cada vez que nos reuníamos todos, ellos ya sabían que les iba a caer la monumental en ese sentido.

En realidad, estaban genial las dos parejas, por lo que nosotras éramos conscientes de que solo sería cosa de tiempo, pero claro, nos encantaba pinchar. Éramos tres trastos y, si no estábamos incordiando, no vivíamos.

Los mayores no vendrían a la boda de Cuba pues por la fecha y demás se les hacía un poco cuesta arriba, aparte de que con el pequeño Alan tampoco veían muy claro el acudir a una boda que tenía visos de ser el cachondeo del siglo.

Y hablando del pequeño Alan, cada día estaba más grande, y más zalamero. A mí me sacaba hasta las cerillas de los oídos, porque cosa que señalaba, cosa que yo le ponía en la mano. Lo mismo estaba un poco mal, pero yo no podía ni quería evitarlo, aquel enano me tenía babeando.

La tarde antes de partir hacia La Habana las chicas estuvimos tomando café.

—No veo la hora de estar ya subida en el avión—dije—¡Va a ser una locura!

—Una locura ha sido aguantar aquí a la amiga estos días en la pelu—Jakeline ponía gesto de resignación.

—¿Qué tendrás tú que decir de mí, so petarda? —Andrea la miró con cara de asesina.

—Nada, nada, que yo ya tenía claro que no iba a tener niños, pero ahora ya del todo. Después de verte el humor...

—¿Te callas o te callo? —las dos eran viscerales hasta la médula.

—Chicas, chicas, un poquito de por favor. Tengamos la fiesta en paz—reí.

—Es que esta no entiende que las hormonas se revolucionan a tope, ya verás tú algún día—me señaló.

—Pues sí, pero que ahora lo que tienes que hacer es relajarte y olvidarte de todo. ¿Te tengo que

ayudar en algo?

—Nada, nada. Amelie tiene el cielo ganado con eso de quedarse a la niña para que nos vayamos a La Habana.

—A ella no le importa. Es muy dulce y le encantan los niños. Además, como ellos se quedaban, por lo de Alan, pues que les daba lo mismo.

—Sí, sí, pero telita, que no es lo mismo uno que dos. Y más mi Jessica, que con los cólicos nocturnos llora por tres.

—¿Sigue con ellos?

—Sí, sí, les ha cogido cariño. No los suelta y por las noches es peor...

—Dile, dile lo que has hecho, lo de la grabación...—le recordó Jakeline, viendo que ya se había calmado un poco.

—Pues que he grabado el puñetero llanto de por la noche y me lo he puesto de tono en el móvil.

—¿Y eso?

—Pues por si me dan ganas de tener otro niño en algún momento. Entonces lo escucharé y se me pasará. Así era ella.... —me tuve que reír a tope con sus cosas.

—Oye, ¿y Paul? ¿Has hablado con él? —me preguntó Jakeline.

—Acabo de hacerlo. Está atacadito. Si notáis turbulencias en el avión no es el tiempo, es él que va pegando botes...

—¡Capaz es!

Y es que nuestro amigo seguía tan excéntrico como siempre e incluso más, porque estaba disfrutando de un éxito rotundo en su negocio, pero decía que eso lo presionaba a tope. Total, que entre eso y los muchos preparativos de la boda, había estado que era otro al que había que echar de comer aparte.

Pensé que, entre sus nervios y los de Andrea, eran candidatos ideales a engancharse entre ellos esos días. Menos mal que nos adorábamos y, aunque pudiéramos tener nuestros más y nuestros menos, entre nosotros nunca llegaba la sangre al río.

Aquella noche, Eric y yo disputamos un asalto sexual de altura, que quedó en tablas, pues estábamos de lo más excitados con la idea de poner juntos los pies en la sugerente Cuba. Una nueva ocasión para traernos impresionantes recuerdos de las situaciones que viviríamos el uno con el otro, pero también en compañía de nuestros amigos.

## Capítulo 16

— ¡Me da! — gritó Paul en el avión cuando despegó.

Nos echamos todos a reír. Desde el día anterior, que se había casado por el juzgado con Hugo en Londres, estaba hecho un flan y más ahora que íbamos todos a La Habana a celebrar el enlace.

Miré a Eric que se moría de la risa.

— Nos la van a liar en La Habana, lo estoy viendo venir — me decía negando.

— Se la van a liar ellos mismos — dijo entre el hueco de los dos asientos de delante mi amiga Andrea que iba junto a su pareja Andrés sentada.

— Verás, la hostia que le doy y lo silencio todo el viaje — dijo Jenny que estaba a mi lado en el otro lado del pasillo y junto a ella su marido Harry, seguidos de Sacha y Patty que ya quedaban al otro lado.

Íbamos repletos, hasta Nelson, ese hombre que entendió al igual que todos que, a pesar de ser un bala perdida era de nuestro equipo, ese que habíamos creado entre todos, una pandilla de locos, empezando por mis primas que lo liaron todo y que no me arrepentía de que lo hubieran hecho. Ahora estaba bien, me sentía muy llena.

Mis primas con sus maridos, mis amigas con sus mexicanos, Nelson, Megan y Peter sin Mariah, al igual que Andrea y Andrés que dejaron a su bebé Jessica en tierra, los novios, Alex y su novia Carolina que ya eran parte importante en los eventos y se apuntaban a todo, diecisiete personas de camino para Cuba de boda ¿Se podía tener más peligro?

— ¡¡¡Vivan los novios!!! — gritó de nuevo Paul cuando el avión se estabilizó del ascenso.

La madre que lo parió, él mismo se animaba, por supuesto que todos vitoreamos el ¡Viva!.

Algo que me hizo mucha gracia fue que íbamos en primera clase, pero abarrotada por nosotros, así que los chicos comenzaron a liarla con las azafatas, obvio.

Ellas, de lo más simpáticas, negaban sonriendo por las cosas que les decían y las chicas le seguíamos el rollo a los chicos, bueno, menos a Nelson, ese les tiraba los trastos de verdad y con él iban a tener un vuelo muy intenso.

Y hablando de vuelo, durante su transcurso no durmió ni Dios, además era de día todo el tiempo, pues salimos a las once de la mañana y aterrizábamos en Cuba a la hora del almuerzo.

Cuando aterrizamos en La Habana salimos los primeros, pasamos el control y ya estábamos en esa isla tan deseada.

Un bus pequeño nos trasladó a un hotel cerca del malecón y de la zona de la Plaza de la Catedral, muy famosa y de paso obligatorio para todos los turistas.

Nos dieron las habitaciones en la misma planta, juntas unas a otras o enfrente.

— Joder cómo está la chica de la limpieza — dijo Nelson girándose a mirarla antes de entrar.

— Mientras no mires a mi prometida vamos bien — respondió Eric abriendo la puerta.

— Si necesitáis un trío me avisáis — sugirió sonriendo ampliamente desde la puerta de la suya.

Eric negó riendo mientras entraba y yo le saqué el dedo antes de entrar.

— Este se lleva una hostia antes de volver a Londres — reía Eric.

— A estas alturas no seas celoso — negué.

— Esta vez por mi Chloe, me cargo a quien sea — me hizo un guiño y me agarró tirándome en la cama.

Los golpes en la puerta no tardaron en dar el aviso, mis primas ya listas para irnos a la terraza del hotel a almorzar y darnos un baño.

Bajamos todos y pedimos cervezas. Estaban muy buenas, se llamaban Bucanero y eran las que vendían por toda la isla.

— Amor mío, no mires más al camarero ese que al final os meto a los dos — dijo Paul a su marido Hugo.

— A mí no me vayas a joder el viaje, que uno está casado, pero no ciego — le dijo con un tono de chulería.

— El viaje no te voy a joder, pero a ti por todos lados — le hizo un guiño y tiró un bocado al aire.

— Joder, cómo está el patio — dijo Jakeline dando un trago grande a la cerveza.

— Te vas a ahogar — añadió con segundas Andrea.

— Joder qué mal te sentó ser madre — soltó Jakeline, mirándola con asco provocando una risa en todos.

— Anda y que te den — le respondió Andrea cuando nos dimos cuenta de que estaba Nelson tonteando con una camarera cubana.

— Ese al final estoy viendo que deja un cúmulo de hijos repartidos por la ciudad — dijo Hugo mirándolo, alucinando — Vida podemos proponerlo para trío.

— Pues mira no estaría mal, pero te jodes conmigo solo mejor, que ya sabes que soy muy celoso — hizo un gesto con la cara de orgullo.

Ese día lo pasamos de muerte a pesar del cansancio que teníamos en nuestros cuerpos, estábamos para sopitas y buen vino, pero aquello se nos fue de las manos. Tras la comida comenzamos con los mojitos y acabamos tarde en el exterior del hotel bailando a ritmo del grupo cubano que amenizaba la noche.

— Yo me equivoqué de novio, no quería un mexicano, quería un cubano — me dijo Andrea al oído, bromeando.

— Anda, tira para allá, que te meto — dije muerta de risa.

— A mí no me echas, que en Cuba tengo poder — dijo levantando el dedo.

— Calla, calla que aún salimos detenidas — le puso la mano en la boca Jakeline.

— Si supieras que tengo influencia con el régimen — chuleó haciendo un guiño.

— Con el régimen de dietas será — negué.

Los chicos estaban todos apoyados en la barra, inclusive Alex, su novia Carolina no se separaba de mi lado y era muy simpática, seguía con la idea de que él le pidiera matrimonio, pero este seguía esquivándola con sus bromas.

— Verás, verás la hostia que le doy a ese — dijo Jakeline, mirando al novio que hablaba con una trabajadora cubana.

— Pues te vas a pasar todo el viaje repartiendo hostias pues esto acaba de empezar — le dijo Patty.

— Pero chicas ¿disfrutamos del baile? — me puse a mover mis caderas a modo salsa de lo más sensual, levantando la copa y todas comenzaron a seguirme.

No me podía reír más con mis primas, bailando con esos bañadores sexys, sus pareos a la cintura y unos taconazos. Mis amigas las miraban y me miraban muertas de risa, pero a ellas les daba igual decían que nosotras éramos “anti sexys” y seguían moviendo sus *airbags*, esos que llevaban en la delantera.

Y no, no podía ser, pero temíamos que fuera... Alguien cayó a la piscina y sonó como un estruendo, nos asomamos y no... Bueno sí, no podían ser otros que Osvaldo y Andrés, lo peor de todo fue que lo hicieron intencionadamente y se pusieron a bailar en medio de la piscina, agarrados, la música que venía por parte del grupo cubano.

— Desde luego, qué vergüenza que el padre de mi hija monte esos numeritos — decía Andrea sorbiendo la cañita de la copa.

— Exagerada eres hija, mira, hasta el personal del hotel pasa de ellos — dijo Patty acercándose a las dos — Jenny ven saca el móvil y graba — decía muerta de risa.

Miré a Carolina y nos entendimos, así que dejamos a un lado los mojitos y nos lazamos también en bomba a la piscina.

Por supuesto se fueron tirando todos, los diecisiete estábamos dentro del agua, hasta mis primas se bajaron de los tacones y lo hicieron.

Todos nos miraban, pero a nosotros nos daba igual ya que no nos conocía ni Dios, de modo que podíamos liarla parda.

Menos mal que todavía al día siguiente no era la boda, si no, íbamos a ir finos de resaca.

Eric me miraba mordisqueando su labio, me acerqué a él y lo besé con efusividad y todos se pusieron a aplaudir haciendo un círculo. Lo nuestro era para echarnos de comer aparte, yo rezaba porque no nos echaran del hotel.

Alex se puso en el borde de la piscina a cantar una canción que decía que se cantaba por toda España y decía algo así: *“Alcohol, alcohol, alcohol, hemos venido a emborracharnos y el resultado nos da igual”*.

Y ahí fuimos, algunos en un español desastroso, pero todos intentábamos cantar ese *“Alcohol, alcohol”*, hasta que casi lo conseguimos y todo, pero no, la cosa se desmadró y se decía de todo menos la letra que nos enseñaba. Sobre todo, Nelson, que decía *“amor”* en vez de *“alcohol”*, cosa que nos hizo reír a todos mucho.

No, aquello no terminó allí, terminó mucho peor con Paul llorando y diciendo que Hugo había tonteado con otro, todos consolándolo y mis primas llorando con él, estaban montando un drama de una alucinación de Paul y lo peor era que mis primas, borrachas lo vivían tanto como él.

— Y yo que pensaba que tus primas ya se habían enmendado — me dijo Nelson al oído, provocándome una carcajada.

— Qué va, les pasa como a ti, en la vida os enmendaréis — solté otra carcajada.

— Yo soy un amor, el capullo es tu novio que me obligó a ir a esa fiesta de compañía para tenderme una trampa — dijo en mi oído.

— Tira para allá si no quieres llevarte una patada en los cojones — dije riendo.

— Un día te lo demostraré — se fue riendo a coger otro mojito.

— ¿Qué dice ese? — preguntó Jakeline señalando a Nelson con la cara.

— Que está gracioso — negué riendo.

— Eso lo soluciono yo mandándole dos roperos empotrados de seguridad que se lo lleven a la cama — dijo levantando el dedo.

— Si están buenos que me lleven a mí — reí mirando a Eric que charlaba con Alex, mirando al número que estaba formando Paul llorando y mis primas con él.

Lo peor de todo que Hugo se fue a una hamaca lejos de nosotros, solo, y tan solo, era de noche y la gente estaba en la zona de las mesas de la terraza donde estaban los músicos.

Huy la llorera que tenía Paul, yo me reía, total, más que dolor lo que tenía era una borrachera del diez y por ende le provocó la susodicha llorera.

Esa noche nos fuimos a la cama como una cuba y nunca mejor dicho. En el ascensor, lio Paul la de Dios vomitando, corrimos a las habitaciones antes de que nos vieran.

Me tiré en la cama sin cambiarme, con el bikini, y quedando dormida conforme iba cayendo en ella, estaba muerta, no podía con mi cuerpo.

## Capítulo 17

Y pasó lo que tenía que pasar...

Desperté y ya la estaban liando en alguna habitación, el ruido podía escucharlo desde la mía. Eric y yo nos miramos.

Salí al pasillo y el escándalo me llevó a la habitación de Hugo y Paul. Sonreí negando, a veinticuatro horas de su celebración y estaban que se mataban.

Solté aire y di tres buenos golpes. Abrió Hugo y me hizo un gesto como de que no lo aguantaba.

— A ver ¿Qué pasa aquí?

— Nada, los celos de este — dijo Hugo.

— Me parece perfecto, pero estamos en Cuba, que no estamos en Roma y eso... Aquí calor, bailes y disfrutar — me dirigí a Paul.

— ¿Nadie puede entender mis nervios? — movía la cabeza mientras resoplaba.

— Ya os podéis vestir y nos vamos a desayunar. Tenéis cinco minutos.

Salí de allí y fui tocando todas las puertas y gritando que “a desayunar”, Eric se rio al verme entrar, ya que me había escuchado llamar a todas y cada una de ellas.

— ¿No tienes resaca? — me preguntó riendo.

— ¿Yo? — Ni la más mínima, loca estoy por echar alcohol al cuerpo de nuevo — le saqué la lengua.

Me puse un vestido de tirantes de gasa, corto y fino, y debajo el bikini. La Habana nos esperaba y yo pensaba disfrutar de aquel viaje.

Bajamos al restaurante, donde teníamos la mesa preparada para todos, ya el hotel tenía constancia

de que nos debía poner cada mañana la mesa de ese modo.

Llegué junto a Eric y allí estaban Hugo y Paul, con más mala cara que uno con fiebre, detrás de nosotros llegaron mis primas y sus parejas, no tardaron en aparecer los demás.

Paul tenía la cara que le llegaba al suelo.

— Más vale que cambies el careto, que a este paso mañana nos vamos de funeral en vez de boda — soltó Andrea mientras lo miraba negando. ¡Yo esperaba que no se liara!

— Celebraré mañana la boda porque habéis venido todos, si no cogía la maleta y me iba para Londres — dijo con un aire de chulería y poniendo su cara mirando hacia arriba.

— Esa no es la actitud — dijo Nelson, que aún no se había pronunciado y estaba con una resaca imperial.

— No, no es la actitud, la actitud debe ser como la tuya, follarse a todo lo que se menea — respondió enfadado Paul y nos miramos todos riendo.

— Soy libre — sonrió Nelson.

— También te las tirabas de casado — hizo una mueca y ahí sí que nos reímos todos, vamos a esas alturas a mí ni me dolía.

— Me preparó una trampa este — dijo Nelson señalando a Eric, mientras todos llorábamos de la risa y Eric negaba mirándolo por la jeta que tenía.

— Joder qué vida más movida tenéis — soltó Megan mientras mordisqueaba el pan.

— Vida, si quieres hacemos algo para darle fiesta a nuestras vidas — le respondió el marido apretando los dientes.

— ¿Te soltó la cremallera el estar en Cuba? — le preguntó con cara de asco.

— Vida, no, no, es porque no te aburras — carraspeó.

— Verás, chaval, verás — decía afirmando, enfadada.

— ¡Haya paz! — gritó Jenny — Ahora que me he vuelto buena no podéis provocarme, que ya sabéis que me vengo arriba y la lío.

— Joder tú quieta, hermana — le dijo Patty, tocándole la mano y mirándola, resoplando.

— ¡Vivan los novios! — gritó Nelson, aplaudiendo de pie mirando a todo el restaurante, que al percatarse de que estábamos de boda, gritó en coro el ¡Vivan!

A esto que se levanta Paul y mira a todos los de la sala, hace con un gesto que se callen y me temí lo peor.

— Nos casamos por lo civil antes de venir y aquí hemos venido a celebrarlo, pero os puedo decir a todos que mañana seguramente en vez de celebrar la boda lo que haremos es celebrar un funeral ¡Advertidos quedáis! — su tono serio y exagerado hizo reír a todo el restaurante.

— ¡Siéntate coño! — le exigió Andrea que estaba al lado, agarrando su mano y empujándolo.

— ¡Déjame! Es mi momento — miró de nuevo a toda la sala — Mañana estáis todos invitados al desayuno pre-celebración, que será aquí — dijo con toda la jeta cuando todos los del hotel llevaban incluido el desayuno.

La gente se reía y aplaudía emocionada, vamos que estaban todos en la isla con una alegría en el cuerpo que no podían con ella.

Nelson estaba sentado apoyando su codo en la mesa y la frente en su mano, llorando de la risa, pero es que la había liado él toda.

Una cosa tenía clara, que esas vacaciones iban a ser de lo más movidas.

El día lo pasamos por La Habana, tomando mojitos, viendo esa ciudad que era impresionante de recorrer, ya que te encontrabas contrastes muy llamativos. Casas reformadas preciosas con una fachada colonial de lo más espectacular y al lado otras totalmente derruidas, sin cristales y también habitadas, esas cosas me chocaban mucho.

Paul iba todo el tiempo vigilando a Hugo, una pesadez, si no fuera porque era mi amigo le daba una colleja que lo mandaba de vuelta a su ciudad, pero ya estábamos allí y teníamos al día siguiente que celebrar el enlace.

Aquella jornada fue medio normal, digo medio pues era una locura, cuando uno no la liaba lo hacía el otro, pero había muy buen rollo. Además, Nelson iba tonteando con todas las que se encontraba por el camino, fuera cubana, española, británica o canadiense, todas le gustaban y yo pensaba que bendito cambio había hecho.

Y llegó el día de la boda....

Me levanté y me puse mi vestido para la ocasión, bueno, el mismo que llevaríamos todas, que íbamos a acudir con idéntica indumentaria, al igual que los chicos, que lucirían pantalón de lino en color crema y una camisa guayabera de magas cortas de un tono tierra un poco más intenso que el pantalón.

Nuestros vestidos eran en tono crema y ropa palo, unos tirantes extrafinos y el cuerpo del vestido suelto con un lazo en la cintura, a un lado, y la falda hasta la rodilla caída en tablas. Me veía preciosa y Eric no dejaba de piropearme, aunque él estaba también para comérselo.

Llegamos al desayuno y estaban todos menos los novios.

— Dijeron que los avisáramos cuando estuviéramos todos — dijo Jenny y se fue a recepción a llamar a la habitación.

— No veas con los novios, ayer se mataban y hoy quieren aparecer relucientes — bromeé riendo.

Estábamos guapísimos. A decir verdad, se veía todo espectacular, no podía ser de otra manera con lo bien que estudiamos los atuendos.

Jenny volvió y cinco minutos después aparecieron Paul y Hugo de la mano, los dos bellos a rabiar, morenos, iguales vestidos, con un traje en blanco y las corbatas color tierra y rosa palo, a conjunto con todos nosotros.

Todo el restaurante se levantó y comenzó a aplaudir, además de gritar los consabidos ¡vivan los novios!

Los camareros rápidamente les hicieron un pasillo mientras les aplaudían sonriendo, joder hasta me emocioné al verlos y me puse a llorar como una niña pequeña.

Fue un desayuno de lo más divertido y emotivo.

Salimos y unos coches antiguos nos llevaron hasta la plaza de la Catedral, donde el restaurante nos tenía preparada en el exterior una mesa para todos nosotros y el grupo cubano que estaba cantando les dedicó una preciosa canción ante la emoción de todos y sobre todo la de Paul y Hugo.

Comenzamos a brindar y a beber, aquello estaba de lo más animado, además de que tirábamos unas fotos espectaculares, por fin ese día los novios tenían el humor y el amor de la mano, así sí podían disfrutar de su día.

Eric estaba de lo más cariñoso y atento, moría de amor por él, soñaba con que un día nosotros pudiéramos unir nuestros caminos y forjar ese amor que día a día iba acrecentándose.

De allí nos fuimos a la Bodeguita del Medio, donde la liamos con un grupo que no paró de cantarnos canciones mientras nos hartábamos de mojitos, que tenían fama de ser los mejores del mundo, merecida, a juzgar por lo deliciosos que estaban.

Ese día lo pasamos de bar en bar. Almorzamos en un restaurante muy bonito de otro hotel de lujo y luego seguimos la fiesta por La Habana, esa que terminó a altas horas con todos en el malecón junto a algunos músicos que tocaban con sus guitarras en esa zona tan animada.

Eric y Nelson estaban borrachos como cubas, no paraban de reír hablando entre ellos y yo, que estaba de lo más bebida también, miré a mis amigas y a mis primas. Les hice un guiño y sabían que algo tramaba.

Me fui para los dos, toqueteando con mis dedos su pelo, y me acerqué a ellos mordisqueándome el labio y haciéndome la sugerente.

— Estaba pensando que Cuba puede ser un perfecto lugar para recordar la época de los tríos — los miré sin esbozar sonrisa alguna, para que se lo creyeran.

— Por mí sin problemas — dijo Nelson sonriendo, levantando las manos.

— ¡Y una mierda! — le salió a Eric del corazón y agarrándome contra él en plan de que era suya y nada más que suya.

— ¡Qué rollo de viaje! — exclame echándome a reír y marchando de nuevo junto a las niñas y dejando a Eric negando mientras reía.

— Nada, que no hay trío — les dije a mis amigas, llorando de la risa.

— ¿En serio le has dicho eso? — preguntó Jakeline, aguantando la risa.

— Ajá...

— No sé cómo Eric te aguanta — rio Andrea — Fijo que Nelson ni puso problemas.

— Dispuestísimo — reí.

— Pobre Eric, debe estar flipando, no para de mirar para acá — dijo Hugo agarrándome por el cuello.

— Yo os había regalado para esta noche un buen *boy* cubano, pero creo que tu marido no te dejará — le bromeé a Hugo.

— A ese me lo mandas al descansillo del hotel, que ya me escapo yo y le doy tema que te quema — rio.

— ¿Qué habláis? — preguntó Paul acercándose al vernos riendo.

— Tu marido, que dice que te ama más que a su propia vida — intervino Megan para que no la liáramos.

— Más le vale, si no puerta — dijo Paul en plan chulesco.

— Anda, qué romántico me saliste — negó Hugo.

Estuvimos hasta las dos de la mañana de un día largo, divertido, lleno de momentos que quedarían en nuestros corazones para siempre.

Regresamos al hotel cantando, nos tuvieron que callar por supuesto, pero nuestros cuerpos habían vivido un día inolvidable y lo sabíamos.

Y cómo no, después del buen rollo de la boda nos quedaban tres días más en Cuba que fueron tipo montaña rusa y ahora os explico por qué...

El primer día después de la boda, Nelson conoció a una cubana, pero que iba de turista y se alojaba en el hotel, vivía en Miami. Se engancharon en ese momento y no volvimos a saber más de él hasta el día de regreso, que apareció por el desayuno, sonriente.

— Me lo he pasado en grande, me voy a tener que ir a vivir a Miami — decía negando y nervioso, ante la risa de todos.

— Desde luego hijo que cualquier día te tiras a la Estatua de la Libertad — dijo Paul, poniéndose la mano en la cara a modo de resignación.

— Bueno, si se deja...

Ese ya no tenía remedio, teníamos que aceptarlo, así, tal como era él...

Por otro lado, los novios... Paul y Hugo.

Los tres días sucesivos fueron de mal en peor, así mismo, yo pensaba que regresaban directos a firmar el divorcio...

Al día siguiente conocieron en la puerta del hotel, donde salieron a comprar maní, a un chico cubano con el que se tomaron unos mojitos y les propuso un trío al que Hugo y Paul aceptaron, pese a las reticencias iniciales de Paul, que finalmente cedió.

Se fueron a casa de ese chico, en la que no había nadie, y cuando terminaron la fiesta les pidió doscientos dólares por los servicios, imaginad la que les entró por el cuerpo a los tortolitos y la que se pudo liar...

Así que los dos siguientes días los pasaron discutiendo y peleando, se echaban la culpa el uno al otro de lo que sucedió y de cómo los engañaron.

Los demás al principio nos reíamos, pero luego ya nos agobiaban con esas peleas y con los interminables insultos que se dedicaban el uno al otro. Sin embargo, el día de regreso aparecieron felices, de la mano y como si no hubiera pasado nada.

Luego, mis primas...

Estaban locas con sus chicos, con su recién estrenado matrimonio y con el lote de follar, bailar y disfrutar que decían que se habían dado en la isla, además de la cantidad de fotos que llevaban para subir a las redes luciendo modelos de su propia tienda, a la que yo ya también le hacía publicidad, gratuita. Solo me quedaba la ropa, había que tratar bien a la familia por muy cabronas que hubieran intentado ser las dos en un momento de nuestras vidas.

Quedaron entusiasmadas con la experiencia que habían vivido en La Habana.

Después, mis amigas...

Andrea y Jakeline se pasaron los últimos días disfrutando de sus mexicanos favoritos, para matarlas, decían que habían hecho una orgía los cuatro con un cubano de los que trabajaban en el hotel. No sabíamos si era verdad o mentira, pero todos lo decían muy convincentes y no reculaban para nada, así que se lo pasaron sexualmente bien.

Solo Andrea se venía de vez en cuando abajo, ya que no conseguía quitarse de la cabeza a su recién nacida hija, a la que echaba mucho de menos. Por lo demás se lo pasaron genial y disfrutaron de una isla a la que prometían volver en otra ocasión.

Alex y Carolina eran la encarnación de la lucha por ese compromiso que ella quería adquirir y que él toreaba, como decía ella.

Se lo pasaron genial, estaban felices. En el fondo a él se le caía la baba con ella y había encontrado todo aquello que necesitaba en una mujer, y que Carolina tenía.

Rezumaban alegría de compartir otro momento con su pandilla internacional, como nos llamaban ellos.

Mi amiga Megan y su marido disfrutaron como de una especie de segunda luna de miel, se sentía

ella más viva que nunca y agradecida por esos momentos tan divertidos, emotivos y preciosos que había vivido en ese viaje.

Eric y yo lo vivimos a lo grande, tanto en lo pasional como en lo divertido y cultural, pues esa ciudad estaba llena de historia y en medio de una política que los tenía enfrentados al gobierno más poderoso, el americano.

Pero me encantó, la gente sonreía, bailaba, vibraba y eso se notaba en sus calles. A pesar de las circunstancias no perdían la sonrisa, un pueblo que hacía reflexionar a cuantos turistas pasaban por la isla.

Yo amaba a Eric cada día más y estaba convencida de que esta vez era para siempre...

## Capítulo 18

La vuelta de la Habana supuso entrar en contacto con la realidad para todos nosotros. Y costó, para qué nos íbamos a engañar. Lo habíamos pasado de fábula, habíamos desconectado al cien por cien y nos habíamos hecho todavía más una piña, si es que eso era posible.

Nos despedimos al bajar del avión y quedamos en vernos en unos días, como así ocurrió. Estábamos en unas fechas entrañables, de lo más familiares, que vivimos al máximo.

Y llegó enero y con él un montón de buenos propósitos para el año que acababa de entrar. En lo profesional, a Eric y a mí nos iba de película. En lo personal, nos llevábamos fenomenal, entre nosotros no había ni sombra de duda en nada, sentíamos una química bestial y, en general, podíamos decir que la vida nos sonreía.

Cada día en común era una nueva aventura y ni siquiera solíamos hacer planes de futuro, íbamos improvisando y disfrutando de todo lo que nos rodeaba sobre la marcha. En definitiva, no se podía ser más felices, ¿o sí?

Una tarde de viernes de finales de enero, Eric me sorprendió.

—Preciosa, echa unas cosas en una bolsa que nos vamos hasta el domingo.

—¿Sí?

—Claro, ya sabes que soy de improvisar.

—Y a mí, que no me gusta una sorpresa, pues ya ves—reí.

Conforme íbamos saliendo de Londres, huíamos del mundanal ruido. Pronto me di cuenta de que la idea de Eric era dirigirnos a alguna zona de la campiña británica, donde disfrutaríamos de un par de días apartados y a solas, con la sola compañía del otro.

No era la primera vez que hacíamos una de esas escapadas, que tanto me gustaban, de modo que mi entusiasmo iba *in crescendo*. Por el camino, Eric y yo cantábamos en todo momento. Eran ocasiones de lo más divertidas y el hecho de ser inesperada me volvía loca.

—¡Te como esa cara! —le solté mientras iba conduciendo, ¿por qué me ponía tanto verlo al volante? Bueno y, realmente, cómo no me ponía verlo. Si es que lo devoraría en todas las situaciones...

—¿Qué te pasa? —se mordió el labio.

—Que haría que pararas en la cuneta y...—me puse las manos en la cara y me reí. ¡Aquello era una locura constante!

—Paro ahora mismo.

—¡No me hagas caso, anda tira!

—Lástima—me guiñó el ojo.

—No te preocupes que luego te doy lo tuyo...

Llegamos a nuestro destino y, como siempre, Eric había dado en el clavo. Allí respiraríamos aire fresco, en aquellos impresionantes y relajados parajes. Me bajé del coche.

—Se nos va a poner el cutis aquí la mar de estirado—reí, sin duda que nos iba a dar el aire fresco, más bien el viento helado.

—No te preocupes, cielo, que traemos ropa de abrigo y, además, algo me dice que no vamos a estar demasiado tiempo fuera.

Algo se lo decía a él y algo me lo dijo a mí cuando entramos en aquella formidable casa rural, provista de la más acogedora de las chimeneas. Se trataba de una preciosa edificación de piedra, con unos increíbles acabados en confortable madera en el interior. Vamos, para meterse dentro y perder la llave, desde luego.

—¿Te gusta, nena?

—¿Bromeas? Es alucinante.

—Pues si tanto te gusta, algún día podríamos comprarnos una segunda residencia de estas, para los fines de semana. Yo todavía conservo el piso de Edimburgo y no me importaría invertirlo como parte de pago...

—Bueno, no te digo yo que no, pero antes tendríamos que comprobar el nivel de confort—tiré de él hacia el sofá y empezamos a besarnos.

—¿Enciendo antes la chimenea?

—Buena idea.

La encendió y competimos con ella. A decir verdad, no sé si quemaban más sus llamas o las nuestras. Solo sé que mi chico tenía unas ideas que me encantaban y que teníamos por delante un fin de semana de lo más romántico y acogedor.

Cuando desfogamos, pusimos rumbo a un pueblo cercano en el que nos abastecimos de todo. Un rato después, preparamos una cena ligera y nos tumbamos en el cómodo sofá, bajo unas mantitas y con el arroje de las llamas, a ver una de nuestras pelis favoritas, una comedia con la que carcajearnos a placer.

Al día siguiente lo pasamos también fenomenal, pues la mañana transcurrió haciendo lo que mejor sabíamos, el amor, tras lo cual, Eric me invitó a almorzar a un precioso restaurante rural cercano, en el que degustamos las delicias de la zona y un postre dulce que me entusiasmó.

Anocheceía temprano y, para cuando el sol se fue, nosotros ya estábamos de vuelta en la casa, felizmente instalados y preparando una romántica cena que planeamos para poner la guinda del pastel al sábado.

Pero la guinda no fue la cena, la guinda fue que, antes de que la misma terminara, bajo la luz de las velas y con la preciosa vista de sus emocionados ojos delante, comprobé, con la mayor de las ilusiones, que mi chico sacó una cajita en cuyo interior había un precioso anillo.

La anécdota que quedó para la posteridad fue que, antes de que él preguntara nada, yo ya había saltado encima suya y, dándole un interminable beso, le dije que sí, que me casaría con él, entre risas, abrazos y caricias...

Proyectamos nuestra boda para el siguiente verano y yo me sentí la más dichosa de los mortales...

## Capítulo 19

Unos días antes de nuestra boda habíamos recibido la llamada de Andrea y Jakeline, diciendo que iban a reunir a los amigos en una fiesta temática sobre México en un restaurante que habían reservado para eventos.

Nos pedían que nos pusiéramos la ropa que nos enviarían el día anterior. Aquello era para flipar, recibimos el paquete con la indumentaria, y consistía en el vestido típico de mexicana para nosotras y lo mismo para los chicos.

Total, que como conocíamos sus locuras, acudimos encantados la mañana del día que nos citaron, ataviados de mexicanos en honor a la tierra de sus maridos, y por ende de mi chico, que se moría de la risa con la ocurrencia de mis amigas.

Llegamos y nos recibieron unos mariachis y unos camareros vestidos de mexicanos, ofreciéndonos cervezas de marca de la misma tierra.

Todo el lugar estaba perfectamente en armonía con México, no faltaba detalle alguno, se debían de haber dejado una pasta. ¿A santo de qué? Seguramente de nada, ellas eran así y de vez en cuando les gustaba tirar la casa por la ventana.

Nos pasaron a un jardín donde al fondo habían instalado una pérgola y nos hicieron poner en una especie de pasillo. En ese momento caí y casi que ya me lo estaba viendo venir cuando llegaron mis amigas de la mano de sus chicos, vestidas preciosas de novia y sonrientes con sus ramos en la mano.

¡Se casan! — gritamos todos, poniéndonos la mano en la boca.

Se dirigieron hasta la pérgola, donde habían instalado un micro y Andrés habló por los cuatro.

— Nos hemos reunido hoy aquí para anunciaros que el lunes nos casamos por lo civil y lo celebramos con nuestros familiares cercanos, que estuvieron aquí esta semana y se fueron ayer.

Nos pusimos a murmurar, riendo incrédulos.

— ¡Vivan los novios! — gritó Nelson.

— Dejádme acabar — reía — Pues el caso es que hoy queremos celebrarlo con vosotros, a ritmo mexicano, y compartir que ya somos marido y mujer, Jakeline y Osvaldo, así como Andrea y yo.

Todos aplaudimos emocionados. Yo no me podía creer lo callado que lo habían tenido, que aquello lo hubieran preparado tan bonito, diferente y haciendo honor al país de nuestros queridos chicos.

— Al final nos casamos los últimos — dije al oído de Eric, riendo.

— No, no, espero que aquellos dos no lo hagan antes que nosotros, que ya no hay tiempo de por medio — se refirió a Alex y Carolina que cómo no, acudieron a la invitación. Las chicas los habían invitado también y para el resto fue una grata sorpresa verlos allí.

— Hostias, es verdad, pero Alex no cuele y menos tan rápido — reí.

La fiesta fue preciosa. Se celebró en los jardines, el día estaba gris pero no feo, se podía estar cómodos, además había una terraza techada con más mesas y barras.

La comida fue por supuesto mexicana, Paul y Hugo no paraban de liarla, estaban ese día de lo más graciosos y hablando en mexicano, entonando para imitar a los chicos.

— Diles a los mariachis que canten algo en inglés — dijo Alex bromeando a Andrea.

— Calla que cobras — le tiró con una servilleta.

— Joder es para ponerlos a prueba — reía — Aunque la de “Despacito” se la sabrán ¿no? Esa es internacional, hasta los británicos la habéis cantado — reía.

Y se enteró uno de los camareros. Vi cómo se dirigía a los mariachis y les decía que cantaran esa y lo hicieron...

La que se lio, me moría de la risa de ver el arte con el que cambiaban el ritmo de la canción y le daban un aire de lo más mexicano.

Nos levantamos todos a bailar alrededor de esa mesa, dejándonos la piel en un feliz día en el que mis amigas por fin conseguían el sueño de ser las mujeres de Andrés y Osvaldo, además en una boda conjunta, aquella fue una sorpresa de lo más bonita.

Pasamos un día espectacular, que terminó a altas horas de la madrugada, quedando en vernos en el siguiente enlace, el nuestro, para el que faltaban muy pocos días, propiciando que tuviéramos muchos, muchos nervios...

## Capítulo 20

¿Era posible? Lo era. Allí íbamos, dos años después de mi primera boda, rumbo a la segunda, en Florida. Miré a Eric y me perdí en sus preciosos ojos.

Y es que la vida nos sonreía. De nuevo podríamos haber fletado un avión solo para nosotros, porque volábamos todos los que fuimos camino de las Maldivas, salvo Brooke, que desapareció de nuestras vidas. Y, como novedad, Nelson nos traía a Isabella, su novia.

Su presencia allí con ella era la prueba evidente de que el tiempo todo lo cura y con su paso volvimos a ser el grupo unido de antaño. Eso sí, ahora teníamos la suerte de que también nos acompañaran mi hermanito Alan, que ya estaba hecho un mozalbete que no corría, sino volaba, Jessica, la preciosa peque de Andrea y Andrés, y Mariah, la hija de Megan y Peter.

Eric y yo, de nuevo quisimos apostar por algo original y decidimos casarnos ese verano en *Disney*, recreando una auténtica boda de princesas que haría las delicias de mis seguidoras.

Llegamos al hotel principal, el del interior del parque, donde habíamos reservado habitaciones para todos nuestros invitados y una *suite* para nosotros.

—Esta vez no te casas con un milloneti, pero también os habéis dejado caer bien—soltó Alex—  
¿O es que pagas tú? —miró a Nelson.

—¿Yo? No jodas—rio él.

—Eres la discreción personificada Alex—Carolina negaba con la cabeza.

—¿Discreción? ¿Y eso para qué sirve? —era un caso nuestro amigo.

—Decidme por favor que lo tenéis todo preparado para mañana, porque las fotos tienen que quedar de fábula—advertí.

Todos asintieron y me quedé algo más tranquila. A diferencia de en mi boda con Nelson, en esta estaba atacadita de los nervios. ¿Significaría eso algo?

—Tranquila prima, que nosotras estamos en todo y te vamos a ayudar, no te preocupes—me cogió la mano Jenny.

—Sí, cariño, porque yo esta vez no creas que vengo para muchos fandangos—Megan estaba algo pálida. Ahora la embarazada era ella.

—¿Esto se contagia? —Eric la miraba y se reía—Porque ya está alcanzando proporciones de epidemia en el grupo.

—Espero que no, porque a mí no me pillan para eso. Vamos, es que lo tengo clarísimo—Jakeline prefería disfrutar de los hijos de los demás.

—Pues yo no lo sé, pero casi que no me importaría—miré a Eric con amor.

—A mí tampoco, mi vida. Sabes que te lo digo en broma—me encantará el día que vea a una Chloe en miniatura danzando por ahí.

—O a un Eric en miniatura...

Pues hablando de esas futuras miniaturas, vamos a la entrada del parque, que ya están los que serán sus abuelos al llegar—miró Eric el mensaje que le habían puesto sus padres en el móvil.

Os acompaño, que quiero conocer ya a mis consuegros—dijo mi padre.

Yo ya conocía a la familia de Eric porque les habíamos hecho una visita en México, pero ellos no habían pisado Londres nunca.

Su familia era muy cariñosa y, aunque a su madre en un primer momento le afectó un poco que su hijo se fuera a vivir tan lejos, ya lo tenía más que asumido.

Les dimos el encuentro y al volver al hotel hicimos las presentaciones. La madre de Eric se quedó embobada con Alan y él con ella, de modo que le dijo a Amelie que se relajara un poco durante el viaje, que ella se encargaba del peque. Las dos hicieron muy buenas migas.

El resto de la tarde la pasamos en el parque. Los niños estaban de lo más entusiasmados, sobre todo Alan y Mariah, porque Jessica era demasiado pequeñita, aunque el colorido y los personajes

provocaban en ella unas tremendas carcajadas.

Y si los niños lo estaban pasando bien, los mayores no digamos. Igual que pasó en las Maldivas, Alex y Eric parecían estar en connivencia en todo momento y no paraban de liarla. ¡Eran dos niños atrapados en el cuerpo de dos adultos!

—Estos dos van a hacer que nos echen del parque, Chloe, cariño—Paul me llevaba cogida del brazo—¿De verdad que me vas a hacer la faena de que tenga que esperar a mañana para ver tu vestido?

—Paul, es la tradición, dicen que de otra forma da mala suerte.

—¡Pues será por la que tuviste en la primera! —rio y provocó mi risa—¡Ahí tenía toda la razón!

—Desde luego, no se te ocurre nada bueno...

—Hija mía, si es que, en vez de sangre, parece que tienes horchata, ¡le tengo yo más coraje que tú al Nelson de las narices, míralo!

La escena no tenía desperdicio porque Nelson iba delante con su chica y Paul iba detrás, imitando su forma de andar...

—Pues eso seguro, porque yo no le tengo ningún coraje—dije con toda la sinceridad del mundo—Ya sabes que ahora somos todos buenos amigos...

—Unas tragaderas muy grandes es lo que tenéis, porque a mí me hacen lo que ese te hizo a ti y andando lo tengo yo como amigo—volteó los ojos.

—Pero Paul, es que tú eres muy visceral. Reconócelo...

—¿Él? Para nada, para nada—Hugo se acercó y se unió a la conversación.

Elegimos para cenar un restaurante donde estaban haciendo un precioso espectáculo que atrajo la atención de los peques. A nosotros nos daba exactamente igual, estábamos en *Disney* y eso ya era más que suficiente.

—Pues yo mañana, voy a coger la que no pude coger en la boda de ellas—señaló Andrea a mis primas—Me vais a recoger del suelo—advirtió.

Y la creíamos. Con la perra que había cogido la otra vez por no poder beber, no había duda...

—Esta vez la que me quedo sin beber soy yo—decía Megan, mientras Mariah acercaba amorosamente su cabecita a la barriga de su mamá.

—Claro, es por el hermanito, ¿a qué sí? —preguntaba la peque.

—Sí, por el hermanito, mi amor.

—¡Qué monos! ¿Tú pronto vas por otro, Andrea? —la provoqué.

—Sí, en cuanto tú tengas siete—disparó con bala. ¡Éramos las de siempre!

Por la noche, los niños quedaron maravillados con el fascinante espectáculo que iluminó el cielo. Cogí al pequeño Alan en brazos mientras ambos señalábamos las luces. Al mismo tiempo, Eric me tenía cogida por la cintura y yo me sentía inmensamente dichosa.

Un rato después decidimos recogernos todos. El día siguiente iba a ser de lo más intenso y había que dormir, o al menos meterse en la cama.

—¿Y ese pijama? —preguntó Eric al verme con aquel dos piezas tan colorido que me había comprado en el parque, igual que el resto de las chicas.

—¿Esto? ¿No me dirás que te provoca? —me mordí el labio.

—La que me provocas eres tú y a base de bien.

Me cogió y, ¡ya estaba el lío! Tuvimos que controlar el tiempo porque comenzamos a probarnos en cada uno de los rincones de la *suite*, de seguir así, ¡nos daba despiertos el amanecer!

—Eric, Eric, hoy nos casamos—le di un beso en cuanto sonó la alarma.

—Pues ven aquí y celebramos la noche de bodas por adelantado—tiró de mí y noté que su

miembro estaba a reventar, parecía una barra de acero.

—No, que me lías y no nos casamos... Y yo estoy de los nervios.

—Ya te veo y me hace gracia. La anterior vez estabas muy tranquila y ahora pareces...

—Taquicárdica, parezco taquicárdica, que es como estoy.

El caso es que claro que hubo lío. En cuanto me lo insinuó, me subí encima de él y cabalgué hasta dar la función por terminada.

Bajamos con el resto a desayunar. Todos estaban súper alborotados y los niños encantados entre sus personajes favoritos.

—No nos podías haber traído a mejor sitio—me decía Amelie—Parece que no tenemos niño, va a lo suyo.

Y es que mi hermano no era capaz ni de sentarse de lo nervioso que estaba, yendo y viniendo y contoneando sus caderitas al ritmo de las canciones infantiles.

—¿Me lo como yo o te lo comes tú? —miré a Amelie, a quien también se le caía todo con su niño.

—Las dos, las dos—lo cogimos en brazos y es que se moría de risa.

Terminamos de desayunar y decidimos que, como todo estaba preparado, podíamos volver a pasear un rato por el parque. La boda sería de noche, por razones de logística.

Fuimos de atracción en atracción, pasándolo fenomenal.

—Ten cuidado Chloe y no me hagas el loco, no te vayas a torcer un tobillo antes de la gran cita—Paul me iba cogiendo del hombro.

—Pero ¿de qué tobillo me hablas? Déjame— yo iba por el parque feliz, como quien va flotando, sabiendo que en unas horas me convertiría en la esposa de Eric, eso que tantas veces había deseado en la vida.

—Yo, no es por nada, pero prefería las Maldivas, no te voy a engañar Chloe—me soltó Andrea.

—Ya, ya, es que aquello es más de tu estilo, pero no me negarás que este cambio de terció también ha tenido su encanto, ¿o no?

—Hombre, tiene su puntito, pero es más ñoño, aunque yo anoche triunfé con Andrés con el pijama que nos compramos.

—¡Anda! Y yo con Eric.

—Y yo con Osvaldo—se unió Jakeline a la conversación.

Y así todas. También Jenny, Patty, Carolina, Megan e Isabella, por no decir Amelie y Celine que se habían unido a la idea la tarde anterior. Total, que parecía que todas habíamos tenido jarana esa noche.

Después de pasar una mañana espléndida en el parque, buscamos otro sitio similar al de la cena para almorzar y lo pasamos de lujo, como siempre, con todos nosotros compitiendo por decir la mayor de las tonterías. Unas risas y un buen rollo que presidieron el último de los almuerzos de Eric y mío como solteros, bueno, en mi caso, como divorciada.

Tras el almuerzo, subimos a nuestras habitaciones. ¡¡Empezaban los preparativos de nuestra boda de cuento!!

Amelie y la madre de Eric, Sofia, se ofrecieron a encargarse también de Jessica y Mariah, de forma que sus mamis pudieran estar más a su aire y ayudarme.

A Eric le di una patada en el culo y lo mandé a prepararse con Osvaldo y con Andrés a alguna de sus habitaciones, de modo que las chicas fueron subiendo una a una a estar conmigo.

—Esto ya lo hemos vivido—decía Carolina cuando nos vio reunidas a todas—Pero con la diferencia de que hoy sí estás nerviosa.

—Es verdad, cabrona—me soltó Andrea en un alarde de finura de los suyos— Me da a mí que este sí que es el verdadero hombre de tu vida...

—Eso espero, que si no voy a acumular ex maridos como churros—reí.

—Hombre, con tal de que nos lleves a un sitio así de chulo cada dos por tres, como si te quieres casar cada año—Jakeline era muy práctica.

—¡La madre que os parió! No me gaféis, ¿eh? Que estoy temblando.

—¡¡No!! —corearon todas a la par—¿De verdad?

Allí estábamos todas las jóvenes salvo Isabella, la novia de Nelson, que era la más reciente de las incorporaciones al grupo y se quedó vistiéndose con su novio.

—¿Cómo la veis? —preguntó Jakeline.

—A mí me parece buena chica y muy mona—opiné.

—A mí tampoco es que me caiga mal, pero donde te pongas tú, bonita, que se quite esa—soltó Megan.

—Yo la veo bastante empanada, pero me parece que esa es la que le viene como anillo al dedo a Nelson, porque sabiendo cómo se las gasta, ojos que no ven, corazón que no padece—sentenció Andrea.

Y ahí casi que le dimos todas un poco la razón.

Lo de arreglarnos juntas para las bodas era ya toda una tradición entre nosotras y estábamos de lo más animadas.

Las chicas se encargaron, como siempre de mi pelo, del maquillaje, de las uñas... Y mis primas se encargaron de pedir que nos subieran unas copitas de champagne con las que brindamos, a excepción de Megan, que lo hizo con refresco.

Yo miraba mi vestido, que estaba colgado de la lámpara y es que apenas podía creerlo. Era un sueño hecho realidad. Lógicamente, para sentirme princesa por un día el vestido me tenía que acompañar y, desde luego que lo haría.

Para el gran día elegí el vestido de mis sueños. Su cuerpo de encaje entallado suavizaba la falda de sienna, la cual, gracias a su caída suave, formaba una forma romántica de corte A.

Su escote redondo era tan sensual como tradicional y llevaba un elaborado panel de encaje que recorría mi torso rompiendo con suavidad el cuerpo de fantasía. La espalda ilusión y la larguísima cola ponían el broche a un vestido que mis chicas coincidían conmigo en que era una maravilla.

En cuanto a la indumentaria de ellas, quisimos hacer algo especial y todas iban con un vestido idéntico, también de inspiración princesa, con el que quedarían monísimas.

Los chicos, por su parte, incluido Eric, vestirían esmoquin negro. La nota de color la darían mis complementos en rojo pasión, entre ellos el ramo de novia.

Alan y Mariah, cogidos de la mano, serían los encargados de llevar las alianzas. La única duda era si llegarían o no al enlace. ¡Mientras el trasto de mi hermano no se las tragase!

Por fin llegó el momento y vi mi reflejo en aquel impresionante espejo. Ya tenía al fotógrafo en la habitación, sacando las primeras instantáneas, que mis seguidoras recibirían en su momento con ansia.

Miré a todas mis chicas. Era el cortejo más bonito que jamás hubiera podido imaginar. Las abracé con toda la emoción del mundo. Sin ellas, mi vida no sería la misma.

A continuación, pensé que, de solo imaginarme que Mickey Mouse estaría en mi banquete de boda, me partía. El tema era de lo más cachondo.

Salimos y mi padre me abrazó, de lo más efusivo. Amelie se puso las manos en la boca y derramó una lagrimita, cosa que me dejó impactada. Sabía que me apreciaba mucho y yo a ella, pero un gesto así demostraba que entre nosotras había nacido algo verdaderamente bonito.

Bajamos al hall del hotel y allí estaba. Apenas podía creer que mi padre y yo fuéramos a ir hasta el altar en nuestra propia carroza de cristal de Cenicienta.

Las chicas daban saltitos cuando la vieron, apenas podían creerlo tampoco. Y es que la carroza era para babear. Todas quisieron hacerse un montón de fotos en ella antes de que partiéramos, incluso se subieron.

Cuando fue a ponerse en marcha, reparé en su carita. Mi hermano Alan se quedó llorando, señalando la carroza y loco por subir.

—¡Tú no puedes mi vida! Es solo para papá y la hermanita—le explicaba Amelie.

¿Y quién dictaba ese protocolo? Era mi boda y las cosas se harían a mi manera.

—Amelie, dame el niño.

—Pero cariño, no te preocupes, ya se le pasará.

—Me hace ilusión que venga con nosotros, de verdad.

—¿En serio? Sube caprichosillo—le dio un beso mientras lo subía—Y que sepas que tienes la mejor hermana del mundo—me guiñó el ojo.

Aquella preciosidad de carroza se puso en marcha y la carita de felicidad de mi hermano, sentado entre mi padre y yo, fue un gran regalo para mí.

Desde el interior de la carroza, miré al Castillo de Cenicienta. Por mucho que pudiera imaginar, no se me ocurría un escenario más fantástico en el que unir mi vida a la de Eric. Casarnos en él motivó que la boda fuera de noche, pues el parque debía estar cerrado.

Cuando llegamos, ya todos los nuestros nos esperaban. Entre el resto de los comentarios resonó el “wow” de Paul que provocó las risas de todos. Y es que mi amigo me quería muy bien y empezó a lanzarme besos.

Pero, como no podría ser de otra manera, mis ojos estaban puestos en los de Eric, cuya emocionada mirada me erizaba la piel.

Bajé de la carroza y empezaron a aplaudir. El nudo de mi garganta debió ser el que contuvo unas lágrimas que pugnaban por aflorar en mi rostro.

La cara de mi padre era de máxima orgullo al llevarme del brazo y fue curioso el momento en el que sobrepasamos a Nelson y me lanzó una sincera sonrisa. Es una gozada ver cómo el tiempo

cicatrizaba todas las heridas. Le devolví la sonrisa y seguí mirando al frente.

Delante de nosotros, Mariah llevaba al pequeño Alan de la mano y él no paraba de volverse para mirarme y decirme lo que, en su idioma, venía a ser “guapa”. Yo es que me lo quería comer.

Entramos en el magnífico castillo con los acordes de la versión de “*Can you feel the love tonight*” de mi adorado Elton John, de fondo. Todos mis vellos se pusieron de punta.

—Preciosa canción—le di un beso a Eric al llegar a su altura.

—Tú sí que eres preciosa. Eres la mujer más preciosa del mundo, de hecho. Estás de cine, mi vida. Eso sí, a Elton John no he podido traértelo, lo siento—rio.

El oficiante comenzó y yo creí que me moría de los nervios.

La ceremonia fue de cuento de hadas y el momento del “*puedes besar a la novia*”, digno de la más romántica de todas las pelis de *Disney*, fundiéndonos en un interminable beso, mientras yo levantaba la mano indicando la “V” de la victoria y causando la risa de todos los nuestros.

A la salida, estaban preparados para regarnos con una lluvia de pétalos de rosa rojos que dieron un espectacular colorido a un momento que quedó inmortalizado en las cámaras, pero sobre todo en nuestras retinas.

De la mano de Eric, las mariposas de mi estómago no paraban quietas mientras recorríamos el parque en busca de distintos lugares, a cual más increíble, para hacernos el reportaje de bodas más alegre del mundo en la factoría de los sueños.

La foto nocturna con el Castillo de la Cenicienta iluminado detrás y el cartel de “...*Y vivieron felices para siempre*”, quedó impresionante.

También me quedé flipada con el numerito que me hicieron de acercarme el zapatito de cristal para que me lo probara, ante las risas de Eric, moviendo la mano a modo de regañina y diciéndome que “si era capaz me fuera con el príncipe”.

Otra de las estampas que nos encantó fue la de la alfombra que nos pusieron camino del convite y en cuyas letras doradas podía leerse “*Hoy es nuestro cuento de hadas*”.

El convite fue, desde el principio hasta el final, mágico, justo como lo habíamos proyectado. No quisimos inspirarnos en ninguna película, sino que lo estuvo en un cuidadoso universo principesco.

Todos los detalles iban dejándonos boquiabiertos y estábamos disfrutando a tope de un enlace que derrochaba glamur por los cuatro costados.

Nos ofrecieron la copa de cava a la entrada al salón y brindamos por nosotros y por nuestros acompañantes.

De nuevo estábamos ante un enlace íntimo, pero en el que no faltaba ninguna de las personas importantes de nuestra vida, todas ellas como locas de contentas, yendo y viniendo.

—Precioso, mi niña, precioso todo. Me voy de aquí con el romanticismo a flor de piel. Tus seguidoras se van a volver locas, todas se van a dar un chocazo por venir a casarse aquí—me decía Paul.

—También disfrutamos mucho en la tuya, amigo...

—Sí, sí, la mía más loca...

—Bueno, bueno, nosotros es que también hemos sentado todos cabeza, pero antes las hemos hecho mortales.

—Pues muy bien Chloe, en el cuerpo lo llevas.

— Sí, sí, a mí que me quiten lo bailado...

—Y lo follado, nena y lo follado...

Madre mía, yo todo aquello creía haberlo vivido ya, reí. Y, hablando de cosas que ya habíamos vivido, se produjo otra escena que me resultó de lo más familiar, cuando Nelson se acercó a Eric.

—Te la llevaste compañero—le dio un abrazo.

—Va a ser que sí, pero tampoco te veo mal acompañado.

Sin embargo, a diferencia de en mi anterior boda, en la que Eric respondió, Nelson guardó silencio. Y, no diciendo nada, lo decía todo. ¡En el pecado había llevado la penitencia!

La cena fue un auténtico espectáculo para los sentidos pues, aparte de servirse una enorme variedad de exquisiteces, la presentación nos recordó por qué *Disney* es la factoría de los sueños.

Éramos tan pocos que nos sentamos alrededor de una preciosa mesa. Para los tres niños habían preparado una pequeñita al lado, con personajes que les cuidaban mientras sacaban sus risas, de forma que los mayores pudiéramos ir a nuestro aire.

—Brindo porque no nos vayamos de *Disney* sin echar un montón de polvos mágicos—levantó la copa Alex, cuando ya comenzó a estar un poco achispadillo, provocando las risas generales.

Su picante comentario fue el pistoletazo de salida para una serie de disparates como solo nosotros podíamos soltar.

La tarta estaba inspirada en la Bella y La Bestia, una de mis pelis favoritas de *Disney* y eso dio pie a que todos los chicos empezaran a meterse con Eric y todas las chicas lo defendiéramos, dando lugar a una guerra en la que hasta los panecillos terminaron volando. ¡Incluso los niños nos miraban como si estuviéramos locos!

Y es que un poco locos sí que estábamos, pero con aquella locura tan divertida en el cuerpo, ¿quién deseaba cordura?

Después de la cena, comenzaban las copas y el baile. Habíamos concertado un servicio de niñeras para que llevaran a los niños al hotel a dormir, mientras los mayores seguíamos la fiesta.

Eric y yo abrimos el baile nupcial con la banda sonora de “La Bella y la Bestia”, que bailamos de lo más acaramelados y que hizo que los ojos se nos pusieran vidriosos con la frase de “*siempre al arriesgar, puedes acertar tu elección final...*”

—Yo estoy seguro de que hemos acertado, mi vida—me decía al oído.

—Y yo también, cielo y yo también...

Bella, así era como me sentía en brazos de Eric y querida, mimada, respetada y un millón de sensaciones más, bonitas a más no poder...

Bailamos y bebimos durante horas. Miraba a todos mis amigos y sentía que los necesitaba a todos en mi vida, incluso a Nelson que, aunque ya estuviera cerrado, había representado también un capítulo muy importante de ella.

Horas después, dimos Eric y yo por finalizada la noche más emocionante de nuestras vidas, despidiéndonos de los nuestros.

—Ni se te ocurra entrar así. ¡Espera!

Llevábamos varias copas de más, pero yo sabía que no se le olvidaría. Me planté en la puerta de la *suite* y él me cogió entre sus fuertes brazos.

Cerró la puerta y empezó a bailar, mientras me sostenía en brazos.

—¡¡Por fin lo he logrado!! —chillaba feliz y su felicidad dibujaba mi alma.

Miraba sus ojos brillantes y sentía que podía reflejarme en ellos. La de Eric era una mirada limpia, una mirada cristalina y, en definitiva, una mirada en la que deseaba perderme todas las noches de mi vida. Y la que teníamos por delante, no era precisamente una noche cualquiera.

Hicimos el amor, sintiendo cómo se fundían nuestros cuerpos y nuestras almas, deseándonos, devorándonos y quemándonos en el más ardiente de los fuegos... el de nuestro deseo.

Terminamos y nos miramos a los ojos. Rezumábamos paz y felicidad. Eric reunía todos los valores que yo creía que debía tener el hombre de mi vida, y todavía le sobraban.

Me miró y lo miré. Lo adoraba. Eric sacaba lo mejor de mí y esa era la mejor señal de que con él no me había equivocado. Fue entonces cuando comprendí que, en la vida, las cartas no se juegan dos veces, pero sí podemos decidir jugar más de una partida. Y la mía con Eric era la que nos conduciría a la felicidad. En ese instante, caí en la cuenta de que mi historia bien podría titularse “una *influencer* y un giro inesperado”.

